

OLIVÉ-LECTURAS PARA LA NIÑEZ

LL
1900
OLI



N A 8
103



00078917



337
EMILIO R. OLIVÉ

5-5
16 junio

Lecturas

PARA

la Niñez

6749



LA PLATA

SESÉ, LARRAÑAGA Y RENOVALES, EDITORES

BUENOS AIRES—VICTORIA 838

1900

Biblioteca Nacional 112X170

ES PROPIEDAD DEL AUTOR

LA PLATA-SESÉ, LARRAÑAGA Y RENOVALES-BS. AIRES

Á MIS HIJOS
Y Á TODOS LOS NIÑOS
DEDICO
ESTAS PÁGINAS.

EL AUTOR.

ADVERTENCIA.

Con el objeto de hacer más útiles las lecturas á los niños, acostumbrándoles á pensar y á darse cuenta de lo leído, haciéndoles, al mismo tiempo, hallar nuevas ideas para que las expresen luego con su propio lenguaje, aconsejamos al Maestro el ejercicio de REFLEXIONES, que al terminar cada capítulo puede practicarse con provecho.

Sirvan como ejemplo los dos ejercicios que van á continuación, correspondientes á las dos primeras lecturas del presente libro. Cada Maestro puede variarlos y ampliarlos según las circunstancias y su especial modo de ver.

REFLEXIONES: 1. — *¿Os causa placer el pensar que ya sabéis leer? — ¿Estáis contentos de poseer un libro? — ¿Desedís tener otros? — ¿Cómo deben tratarse los libros? — ¿Podríais explicar lo que resulta de no saber leer?*

2. — *Manifestad la opinión que os habéis formado de la conducta de Anita. — Hablad de vuestra madre. — ¿Qué harías para tenerla contenta? — ¿Recordáis lo que vuestra madre hizo cuando estuviésteis enfermos? etc.*

CONSEJOS.

1. — Nunca tomes libros con manos sucias.
2. — Nunca mojes el dedo para volver una hoja.
3. — Nunca pongas el libro en la boca.
4. — Nunca ajes las esquinas.
5. — Nunca dejes el libro abierto.
6. — Nunca lo dejes sino en lugar seguro.
7. — Nunca dobles una hoja para señal.

DOMINGO F. SARMIENTO.

CONTENTS

CHAPTER I. THE TEACHER'S PERSONALITY	1
CHAPTER II. THE TEACHER'S PROFESSION	15
CHAPTER III. THE TEACHER'S DUTY	35
CHAPTER IV. THE TEACHER'S METHOD	55
CHAPTER V. THE TEACHER'S MATERIAL	75
CHAPTER VI. THE TEACHER'S ORGANIZATION	95
CHAPTER VII. THE TEACHER'S INFLUENCE	115
CHAPTER VIII. THE TEACHER'S REFORMATION	135
CHAPTER IX. THE TEACHER'S FUTURE	155
CHAPTER X. THE TEACHER'S CONCLUSION	175



1.

Saber leer.

TE imaginas tú, querido niño, lo que significa *saber leer*?

Probablemente aun en tu mente infantil no has alcanzado á medir la importancia que tiene el saber leer.

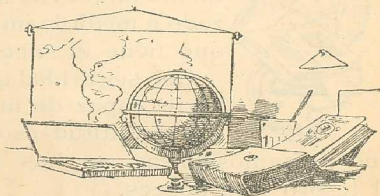
Con seguridad que, al hallarte capaz de interpretar con prontitud esos signos que llamamos letras, no has calculado el tesoro que posees.

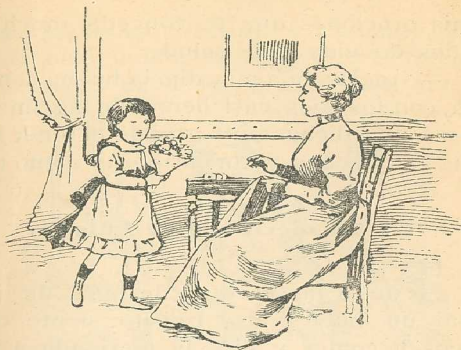
Saber leer es una felicidad!

Si, querido niño, saber leer es salir de la obscuridad para entrar donde hay luz; saber leer es combatir la ignorancia y abrirse paso en el camino de la sabiduría.

El hombre que no sabe leer es un desgraciado. A cada momento tiene que arrepentirse de su ignorancia; nunca podrá darse cuenta, por sí mismo, de lo que le escriban, ni de las cosas útiles y de los grandes hechos de virtud y abnegación que nos refieren esos bondadosos amigos que se llaman libros.

Lee, pues, con provecho, amiguito mío, que nadie te distraerá con mayor desinterés y provecho que un buen libro.





2 — El día de mamá.

MUY contenta está hoy Anita.

Se levantó al salir el Sol y se puso su mejor vestido.

En seguida corrió al cuarto de su mamá y dándola un fuerte abrazo y un beso cariñoso, la dijo:

—Buen día, mamá; como hoy es, el día de tu santo no he querido esperar que vinieras á despertarme.

Vengo á saludarte y á felicitarte en el día de hoy, después de pedir á Dios en

mis oraciones que te conceda muchos años de vida y de salud.

—Gracias, hija mía, dijo la buena señora, con los ojos casi llenos de lágrimas; —es una dicha muy grande el tener hijas tan buenas y tan cariñosas como tú.

3. — La merienda de Luisito.

ODAS las tardes, después de jugar un buen rato, Luisito siente deseos de comer y pide la merienda á su mamá.

La mamá le da, entonces, una buena rebanada de pan blanco y fresco, cubierta con una buena capa de manteca y un poco de azúcar.

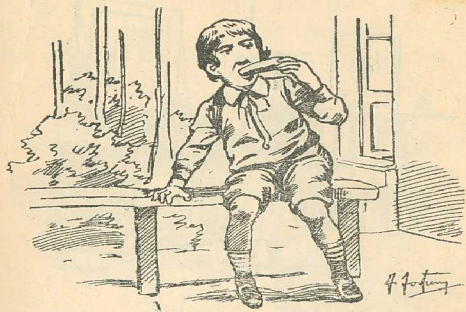
Basta mirarle la cara á Luisito para comprender cuánto le gusta su merienda.

La otra tarde, cuando la recibió de manos de su mamá, preguntó:

--¿Cómo se hace, mamá, este pan tan bueno?

—Muy fácilmente, hijo mío; el panadero hace una masa con harina, agua y

un poco de sal y *levadura*, y cuando todo está bien unido, la corta en pedazos, á los cuales da la forma del pan. Des-



pués de dejar en reposo durante un buen rato la masa, así dividida, la introduce en un horno muy caliente y allí se cuece.

El pan es el alimento vegetal *más nutritivo*, el más sano y agradable.

4. - El aseo.

MARÍA es una niñita de corta edad; pero que sabe cumplir con sus deberes como si fuera una persona mayor.

Da gusto y alegría verla siempre tan contenta, tan sana y tan limpia.

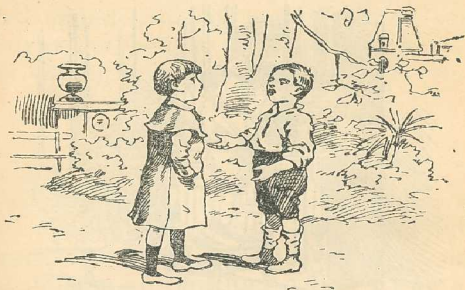


Su cabello bien peinado, su cara y sus manos siempre aseadas, sus vestidos sin la menor mancha ni rotura, dicen lo cuidadosa que esa niña es de su persona.

Según ella misma dice, no gasta para lavarse más que agua pura y fresca, en verano como en invierno, y no hace uso de otros *cosméticos* que no sean un buen jabón y una toalla bien limpia.

5. — Gustos diferentes.

No me gustan los días de lluvia, decía Osvaldo, porque no puedo jugar en el patio ni correr por el jardín.



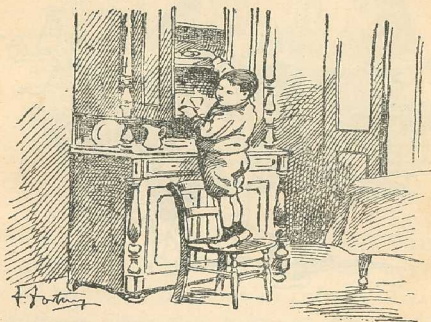
—Pues á mí me gustan mucho, le contestó Juanito, el hijo del jardinero.

—¿Y por qué? le preguntó Osvaldo.

—Porque así se moja la tierra y crecen las legumbres y las flores, evitándole á mi padre el trabajo de regarlas.

6. — El niño goloso.

A Raúl le gustaba mucho el comer cosas dulces. Su mamá le decía siem-



pre que no es bueno abusar de los alimentos que están hechos con mucho azúcar, porque causan graves enfermedades.

Pero Raúl no la hacía caso y, cuando ella no le veía, se aprovechaba para darse buenos atracones de masas y ca-

ramelos que compraba en la confitería con algunos centavos que los domingos le daba su papá.

Su desobediencia fué castigada. Un día se enfermó y estuvo tan mal, que su mamá temió que se muriera. Gracias á los remedios que le dieron y á los cuidados de su buena madre, pudo salvar del peligro y, desde entonces, se ha corregido por completo.

7. — La gratitud.

 UENTAN que una pobre mujer entró á un hospital muy enferma. Había perdido el habla completamente á causa de una enfermedad á la garganta y tenía que valerse de signos para hacerse comprender.

Después de algunos días de estar en la sala de enfermos y cuando ya creía que no volvería á recobrar la palabra, una noche notó, con gran alegría, que de su garganta salían frases bien pronunciadas.

A punto estuvo de echar á gritar y de conversar con sus compañeras de dolor; pero haciendo un esfuerzo, esperó á que llegara el día y el momento de la visita del médico.



Cuando éste llegó, encontró á la enferma con el rostro más animado y, como sabía que su curación era difícil, pero no imposible, supuso que alguna mejoría habría experimentado durante la noche anterior, y la preguntó:

—¿Cómo se siente usted hoy?

—Muy bien, doctor, y doy á usted muchísimas gracias por sus cuidados.

Al oirla, el médico quedó asombrado á la vez que muy contento del resultado de su curación, y la dijo:

—¿Y cómo es que pudiendo usted hablar no lo ha hecho usted esta noche manifestándoselo á su enfermera?

—Porque creí que, como una prueba de gratitud, las primeras palabras que yo pronunciara debían ser de reconocimiento hacia usted dándole las gracias por los cuidados que me ha prodigado.

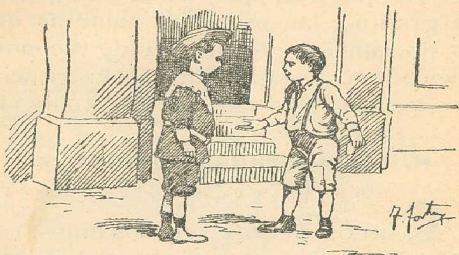
8. — Generosidad y honradez.

 CARLOS y Luís son dos niños, casi de igual edad, que concurren á la misma escuela.

Los padres del primero están en buena posición y pueden proporcionar ciertas comodidades á su hijo; los del segundo son pobres trabajadores que apenas tienen lo suficiente para darle de comer.

Luisito era un niño muy bueno; conocía su desgracia; pero nunca se quejaba porque sabía que no dependía de la voluntad de sus padres el hacerle más dichoso.

Concurría diariamente á la escuela con una ropita muy usada, llena de remiendos; pero eso si, muy limpia.



Carlos, que conocía su pobreza y le estimaba por su buen carácter, le ofreció un día un traje que él ya había usado y le rogó que pasara por su casa á recogerlo.

El pobre niño agradeció vivamente el ofrecimiento; pero nunca se animaba á pasar por la casa de Carlos.

Éste comprendió el temor de su amiguito y viendo que no lograba convencerle, decidió llevarle él mismo el traje á su casa.

Al día siguiente, Luís entregaba á su condiscípulo, al entrar á la escuela, un pequeño envoltorio, diciéndole:

—Me regalaste el traje; pero no puedo creer que sea mío lo que había en sus bolsillos.

Carlos desenvolvió el papel y halló en él su magnífico cortaplumas y un billete de dos pesos que había dejado olvidados en el traje que regaló.

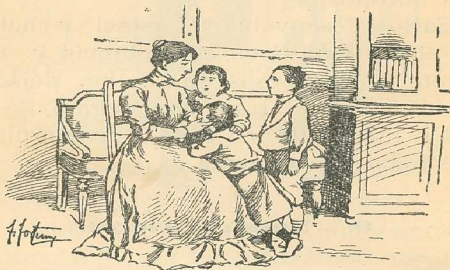
Un fuerte abrazo dado á su amiguito, fué toda su respuesta.

9. — Nuestros padres.

UANDO yo sea grande, decía Pepito, trabajaré para mis padres; todo lo que tengo sólo á ellos se lo debo y es justo que les recompense con mi cariño, con mi gratitud y con lo que pueda proporcionarles por medio de mi trabajo.

Por este modo de pensar comprenderéis, queridos niños, que Pepito es muy bueno, muy digno de ser imitado y que piensa muy cuerdamente.

No dudo que todos vosotros amáis á vuestros padres; pero dudo de que alguno de vosotros se haya dado cuenta exacta de cuánto ellos os quieren y de los sacrificios que por vosotros hacen.



Si lo supierais, si sólo llegarais á pensarlo, estoy seguro de que no seríais caprichosos, tercos é impertinentes y que no murmuraríais, ni lloraríais, ni pondríais mal gesto cuando ellos os reprenden.

No, no tenéis derecho para hacerlo; porque si vuestros padres os reprenden ó bien os prohíben algo es porque

os conviene, porque es para vuestro propio bienestar.

Cuando un padre impone un castigo á su hijo, estad seguros que no obra por capricho y que al imponerlo sufre más que el hijo que lo recibe.

Sed, pues, buenos y amantes de vuestros padres; alegrad su casa y evitadles los disgustos. De este modo llegaréis á corresponder en algo sus muchos sacrificios.

10. — La copa de leche.

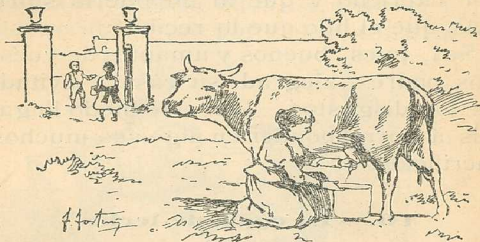
NA tarde muy linda de verano, en una casa quinta que está cerca de la ciudad, se veía á una mujer que ordeñaba una vaca.

Cerca del animal se hallaba una niña de unos ocho años de edad, mirando como se llenaba de leche, poco á poco, la jarra que con una mano sostenía la mujer.

Cuando estuvo llena la jarra, la niña la tomó con la intención de llevarla al comedor; pero se fijó recién que delante de

la puerta de la calle estaba un niño mal vestido, que la hacía señas con la mano.

La niña se le acercó y le preguntó:
—¿Qué deseas?



—Señorita, hace dos días que no como; mi mamá está muy enferma y mi papá hace mucho tiempo que murió. Vi que ustedes ordeñaban la vaca y pensé que no me negarían un vaso de leche.

—Ni uno, ni diez,—respondió la niña. Has hecho bien en llamarme.

Y haciendo pasar al niño, corrió ella hacia la casa para enterar á su mamá de lo que sucedía.

La buena señora se compadeció de la infeliz suerte de aquel niño, y, después

de ordenar que se le diera una merienda bastante abundante, le cargó de muchas cosas para su pobre madre.

El niño salió de aquella casa besando las manos de la señora y, llorando, bendecía á las que tan bien le habían tratado.

EJERCICIOS DE RECITACIÓN



Las moscas.

(FÁBULA).

A un panal de rica miel
Dos mil moscas acudieron,
Que por golosas murieron
Presas de patas en él.
Otras dentro de un pastel
Enterró su golosina.

*Así, si bien se examina,
Los humanos corazones
Perecen en la prisiones
Del vicio que los domina.*

SAMANIEGO.

11. — El vendedor de naranjas.

TODOS los días al dirigirme á la escuela, hallaba á mi paso á un niño pobremente vestido, llevando colgada en el brazo una canastilla, casi siempre, llena de naranjas.

En el semblante de aquel niño se reflejaba de continuo la tristeza, y esto me obligó á que una mañana le detuviera para hacerle algunas preguntas.

Hé aquí lo que conversamos:

—Dime, amiguito, ¿estás enfermo?

—No, señor.

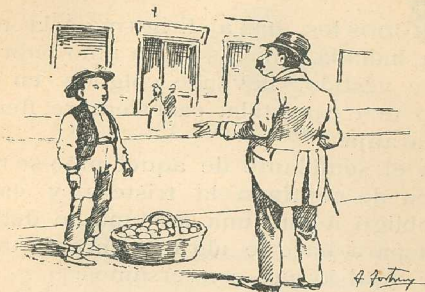
—¿Cuál es, entonces, la causa de que siempre estés triste?

—Ah! señor, es que sufro mucho.

—Acaso tus padres te tratan mal?, ¿te obligan á trabajar vendiendo fruta por la calle en lugar de mandarte á la escuela?

—No diga eso, señor,—repuso con viveza,—no hable usted mal de mis pobres padres, porque los dos murieron,

dejándonos á mí y á mis dos hermanitos más chicos completamente solos en el mundo.



Sus ojos se humedecieron y un sollozo pugnaba por salir de su garganta. Díjele algunas palabras de consuelo y cuando le ví ya más conforme:

—¿Cómo os arregláis para vivir, tú y tus hermanos?, le pregunté.

—Vivimos los tres en una pieza que gratuitamente nos da una persona caritativa y con algunos centavos que gano con la venta de esta fruta, tenemos lo bastante para comer. Mis her-

manitos están en una escuela del estado y cuando salen me ayudan en el trabajo de hacer la comida y lavar nuestra ropa. Y así vamos viviendo.

—Reconozco tu sacrificio y lo meritoria que es tu obra. Toma, aquí tienes la dirección de mi casa para que me lleves á ella fruta todos los días.

—Oh! muchas gracias, señor; Dios se lo pagará;—respondió el pequeño vendedor ambulante alejándose con los ojos bañados en lágrimas.

12 El ladrón descubierto.

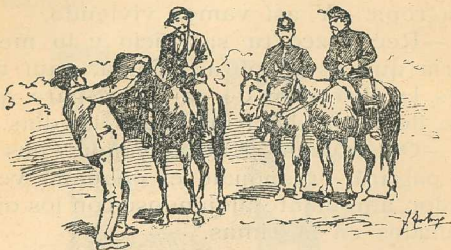
DOS hombres se encontraron en un camino.

Uno de ellos montado en un caballo y el otro á pie; pero bien armado.

El que iba á pie amenazó al ginete con quitarle la vida si no le entregaba inmediatamente su caballo.

El dueño del caballo era hombre pacífico, incapaz de hacer daño á nadie, así es que echó pie á tierra y, sin protestar, entregó el noble animal á aquel

hombre que de modo tan extraño se lo exigía.



Pero apenas montó en el caballo y trató de alejarse á buen paso cuando, por una casualidad, aparecieron dos agentes de policía á caballo y entonces el que había sido robado les pidió detuvieran á aquel hombre que se llevaba lo suyo.

Protestó el otro diciendo que aquel hombre era un impostor, que el caballo era muy suyo y que hacía un momento había tratado de arrebatárselo.

Entonces el hombre honrado quitóse un poncho que llevaba al cuello y ex-

tendiéndolo sobre la cabeza del caballo, dirigiose á uno de los agentes diciendo:

—Si el caballo es de este individuo, como él lo afirma, que diga si es tuerto del ojo derecho ó del izquierdo.

—Del derecho, dijo el otro.

—Ni del derecho, ni del izquierdo, respondió el verdadero dueño, destapando la cabeza del animal; y así era, en efecto, quedando probado con este sencillo ardid quien era el ladrón.

13. — Soñar despierto.



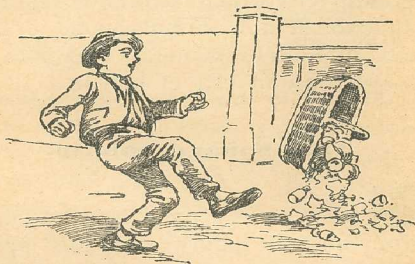
MARCELO era un pobre muchacho.

Huérfano de padre, cuando apenas tenía cinco años, se vió obligado, en la edad en que otros sólo piensan en jugar, á ocuparse en algo que fuera útil y productivo, aligerando en parte la pesada carga que su desgraciada madre había de soportar.

Con una cestita llena de artículos de loza y de vidrio, como platos, tazas, ja-

rritas, copas y vasos, se situaba todas las mañanas á la entrada de uno de los mercados de la ciudad.

Muchas mujeres le compraban, no sólo porque vendía más barato que en muchos bazares, sino que también para favorecerle, pues no les era desconocida su desgracia.



Un día que se hallaba en su sitio de costumbre y en el que la venta de objetos no había sido del todo mala, púsose á echar sus cálculos y entre sí decía:

—«Vendido todo lo que el canasto contiene, podría, con la ganancia, reunir por lo menos diez pesos; con esos

diez pesos tendría para comprar artículos que, vendidos como éstos, me producirían, cuando menos, veinte pesos y de esta manera, sin mucho exagerar, podría llegar á reunir quinientos pesos.

« Con esos quinientos pesos pondría un pequeño almacén de comestibles y bebidas y al cabo de un año sería dueño de tres ó cuatro mil pesos, que serían para mi pobre madre y para que de un puntapie arrojara lejos ese cajón en que, clavada de rodillas, lava todo el día para poder dar de comer á mis hermanitos ».

Y esto diciendo, unió la acción á la palabra, sin acordarse de lo que tenía delante, que era su canasto lleno de loza y de objetos de vidrio, lo cual, con el golpe, se hizo casi todo añicos y volvió á Marcelo á la triste realidad de su situación.

14. — Cristóbal Colón.

HACE mucho tiempo, más de cuatrocientos años, vivió un hombre que, desde niño, mostró gran afición al estudio de la Geografía y del arte de navegar.

Ese hombre, que fué el primero en sostener y probar que la Tierra es redonda, se llamaba Cristóbal Colón.



Colón era hijo de padres pobres; ganaban su vida cardando lana en un pueblo cerca de Génova, en Italia.

La América fué descubierta por Colón con los barcos, gente y auxilios que le prestaron los reyes de España.

15. — El jorobado.

HABÍA una vez un pobre hombre que era jorobado.

Algunos niños, por cierto, bastante malos le vieron pasar y al fijarse en su joroba, empezaron á burlarse de él, lo cual no estaba bien hecho.

El pobre jorobado, que tenía buen genio, no les hizo caso y continuó tranquilamente su camino.



Viendo los niños que nada conseguían con sus pesadas bromas, dejaron de molestarle y continuaron entregados á sus

juegos á la orilla de un lago que había en el parque.

De repente uno de los niños, descuidadamente, cae al agua y se hubiera ahogado, seguramente, si el buen jorobado, que le vió caer, no se hubiera arrojado con prontitud á salvarle.

Al ver esto los niños se arrepintieron de las burlas que le habían hecho y, llenos de vergüenza, le pidieron les perdonara, dándole las gracias por la lección de generosidad, valor y bondad que habían recibido.



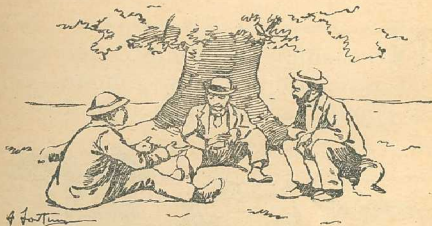
16. -- La avaricia castigada.

TRES hombres que viajaban juntos encontraron un tesoro.

En medio de su alegría, producida por el hallazgo, sintieron hambre.

Uno de ellos dijo:

—Sería conveniente proporcionarnos algo para comer.



—Me comprometo en ir á buscar alimentos, contestó otro, y se alejó.

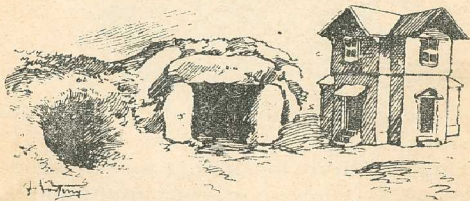
Cuando tuvo los alimentos en su poder, se le ocurrió que, envenenándolos, matarían á sus dos compañeros y así quedaría dueño único del tesoro.

Los otros dos, mientras estuvo ausente, convinieron también en matarle para repartirse el hallazgo y así lo hicieron en cuanto regresó; pero habiendo comido de los alimentos que les traía, al poco rato murieron en medio de terribles sufrimientos.

Así pagaron los tres el fruto de su codicia.

17. — La habitación.

No siempre el hombre ha vivido en casas ó habitaciones cómodas y lujosas como las que tiene hoy día.



Empezó por buscar abrigo contra las inclemencias del tiempo y contra los

ataques de las fieras refugiándose en *cuevas ó cavernas*.

Más tarde las construyó él mismo valiéndose de ramas de árboles ó de cañas y de barro y, á medida que aprendió á trabajar las piedras y los metales, fué perfeccionando la construcción de su vivienda, llegando á levantar en la época en que estamos, esos soberbios y hermosos palacios que causan admiración por su belleza y comodidad.

18. — No siempre las cosas útiles son apreciadas.

LUISA era una niña tan viciada y llena de mimos que, cada vez que su papá ó su mamá salían de casa, pretendía que la trajeran alguna chuchería.

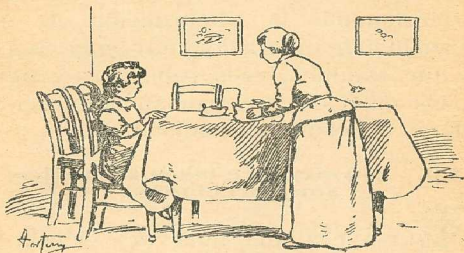
Un día la mamá regresó á su casa con un envoltorio en las manos.

—Ya lo tengo,—pensó Luisa; y á la sola idea de algún regalito que habría saboreado bonitamente, se la hizo agua la boca.

Al poco rato, la pequeñuela sentada en una silla, hacía verdaderos esfuerzos

para contener su gula contemplando el envoltorio que se hallaba sobre la mesa del comedor.

Habiendo conseguido, no sé cómo, algo de aquello que estaba encerrado



dentro del papel, se lo metió en la boca; pero apenas lo hubo gustado se echó ó llorar desconsoladamente.

—Mamá mala! repetía entre sollozos;— en lugar de comprar azúcar ha comprado sal!

—Porque la sal,—respondió la mamá,— es más útil, hija mía.

—Más útil? Eso sí que no! El azúcar es dulce y me gusta más.

—No todo lo que gusta puede decirse que es útil; algunas veces suele también ser nocivo. El azúcar sirve para las golosinas y puede llamarse cosa de lujo y supérflua, mientras que la sal es necesaria. Los alimentos sin sal son desagradables y no sientan bien.

Es una verdadera providencia el que podamos disponer de la sal en tan gran cantidad y á tan poco precio.

Luisa comprendió que su mamá tenía razón y que las cosas útiles no son siempre las más apreciadas, y desde aquel día se hizo más razonable y reflexiva.

19. — La honradez premiada.

HÉ aquí un hecho verídico tal cual lo refiere una revista francesa:

«En uno de los barrios más ricos de París, en el ángulo de una puerta cochera, se hallaba sentada una mujer de unos treinta años de edad y á su lado un niño de cuatro ó cinco; aquélla tenía una cestita de flores que ofrecía á los transeuntes.

«Un inglés, que llevaba del brazo una encantadora joven de dieciocho años, se paró con el objeto de escoger un ramo de flores, pero no habiendo hallado ninguno á su gusto, los devolvió á la florista.



«Conmovida la linda joven al observar la resignada angustia que leyó en los ojos de la buena mujer, sacó de su bolsillo con sigilo un papelito, y lo dejó caer al lado del niño, corriendo en seguida á incorporarse á su padre.

—«¿Mira, mamá, ¿qué es esto? —dijo el niño á su madre, enseñándola el papelito al propio tiempo que lo desdoblaba.

—«¿Dónde has hallado ese papel?—

exclamó la madre sorprendida al ver en manos de su hijo un billete de cincuenta francos.

—«La señorita que acaba de pasar lo ha dejado caer—respondió el niño.

«Dicho esto, la madre echó á correr para alcanzarla; pero la señorita hace como que no comprende, y prosigue su camino. Sin embargo, oyendo el padre las explicaciones de la vendedora, tomó el billete y sacó su cartera para guardarlo. Viendo la hermosa joven que la pobre mujer estaba á punto de perder los 50 francos, que con tanto gusto quería regalarla, dirigió á su padre una mirada suplicante y algunas palabras en voz baja.

«Con la impasibilidad que caracteriza á un buen inglés, no dejó éste de guardar el billete de 50 francos; pero sacando uno de 500, lo dió á la honrada mujer; diciendo:

«—Mi hija os daba 50 francos porque eráis pobre, yo os doy 500 porque sois honrada.

«¡Que Dios os proteja, buena mujer!

EJERCICIOS DE RECITACIÓN

Toda la higiene en una décima.

Atmósfera despejada;
Vestido limpio y decente,
Sin que en mejillas ni frente,
Brillen afeites por nada;
La comida moderada,
El beber con discreción,
Y cumplir la obligación,
Aunque se juegue algún rato;
Docilidad, gran recato
Y continua ocupación.

PEDRO FELIPE MONLAU.

20. — Abnegación.

CUERTA tarde de primavera, una hermana de caridad llamada María, salió de paseo acompañada de unas veinte niñas huérfanas que se hallaban á su cuidado, en el asilo que en el pueblo había.



Contentas y risueñas las niñas corrían y saltaban por el camino cuando, para darlas mayor animación, sor María les dijo que echaran á correr hacia

el bosque que allí cerca se veía, ofreciendo un premio á la que llegara primero.

Pero no bien se desbandaron las pequeñuelas cuando hacia ellas vieron venir un perro bastante grande, detrás del cual corrían dos hombres armados que, al ver á las niñas gritaron:—Está rabioso!, está rabioso!

Entonces, sor María corre y, colocándose entre las niñas, y el perro, las dice que se salven volviendo ligero al asilo mientras ella, para entretener al perro, le entrega su brazo, en el cual clava sus dientes venenosos repetidas veces.

Los esfuerzos de los médicos no pudieron salvar la vida de aquella abnegada mujer que no temió en arrojarse al peligro por salvar la existencia de las inocentes criaturas que se habían confiado á su cuidado.

21. — Relojes de arena.

QUIERES explicarme, papá, qué representa este viejo que se ve aquí con una gran guadaña y una especie de cajita, bastante extraña, que lleva al lado?



—Si, hijo mío; esa figura de un anciano que tanto ha llamado tu atención es una personificación que se hace, desde muy antiguo, del tiempo, de eso que tanto valor debe tener para nosotros y que, no obstante, la mayor parte de las veces, tan mal aprovechamos. Un minuto,

un segundo, que se haya perdido, jamás vuelve á recuperarse, porque no nos es posible prolongar nuestra existencia más allá del término que la haya sido fijado. No echés esto en olvido, hijo mío.

La guadaña, que ese anciano lleva en sus manos, representa el instrumento con el que, inexorable siega la vida de las criaturas humanas y esa especie de cajita, como tú la llamas, no es más que un reloj de arena con el que va midiendo sus pasos.

—¿Un reloj de arena has dicho, papá?

—Sí, hijo mío, y te ha llamado la atención, probablemente, por lo de la arena. Conozco, sin que me lo digas, que estás impaciente por saber lo que eso significa. Procuraré explicártelo.

Los hombres no siempre han tenido la facilidad que tenemos hoy de poder saber á cada instante la hora en que vivimos. La salida y puesta del Sol, el movimiento aparente de algunos astros, una pequeña corriente de agua y otros medios no menos primitivos y sencillos,

sirvieron durante muchos siglos para indicar al hombre la hora en que vivía.

Uno de los medios más sencillos de que se valieron los hombres antiguamente para medir el tiempo, fueron los relojes de arena, que consistían en dos redomas ó frascos de vidrio, de forma cónica, colocados de modo que las partes más estrechas queden una sobre la otra. Las aberturas por donde se unen los dos frascos se cubren ó interceptan con una hoja de pergamino, dejando en el centro una pequeña abertura, como la que podría hacerse por medio de un alfiler ó de una aguja. Uno de los frascos se llená de arena en cantidad necesaria para que pase por el agujerito, de un frasco á otro, en el espacio de un cuarto de hora, media hora, ó una hora.

—Ya me explico, ahora, papá, que puedan hacerse relojes de arena y, tanto es así, que te prometo mostrarte uno que mañana pienso construir.

—Y así fué. Al día siguiente presentaba el niño á su papá un leloj de are-

na hecho con verdadera prolijidad y con el cual podían medirse cuartos de hora con toda exactitud.

¿Cuántos de entre vosotros podrán hacer lo mismo?

22. — La vanidad.

DURANTE las vacaciones Raúl salió una mañana á pasear por el campo, acompañado de su papá.

De pronto le llamaron la atención grandes terrenos cubiertos totalmente de plantas no muy altas y cuyos tallos y hojas tenían color amarillo, como si hubieran estado secas.

Había tallos que se mantenían completamente erguidos y otros, cuya extremidad superior se encorvaba hacia el suelo, como si algún peso las agobiara.

—De qué son esas plantas, papá? preguntó el niño.

—Son plantas de trigo, hijo mío; el color amarillo que tienen, indica que

están ya en disposición de ser segadas, es decir, de ser cortadas para recoger las espigas cargadas de granos maduros.

—¿Y por qué es, papá, que se ven muchas que se inclinan hacia el suelo y sólo algunas que se mantienen muy derechas?



—El que estén muy inclinadas alegra el corazón del labrador, porque ello es una prueba de que las espigas están muy cargadas de fruto bien sazonado; mientras que las que se conservan erguidas no contienen nada.

Lo mismo sucede con los hombres, hijo mío; aquellos que más se echan

para atrás y más importancia se dan, son los que menos valen, los que tienen la cabeza hueca y vacía.

23. — Magdalena.

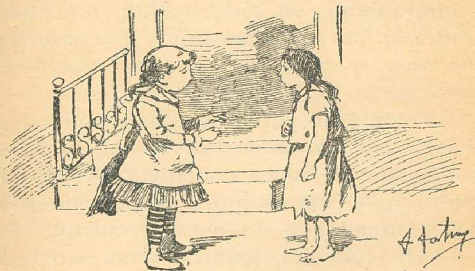
MAGDALENA es una niña cariñosa, afable y de corazón sencillo, que se hace querer por sus padres y por todos los que la tratan.

Quiero contaros un hecho acaecido últimamente, del cual fué ella protagonista y á cuya sola relación, no lo dudo, se hará igualmente simpática á todos vosotros.

En el día de su cumpleaños, sus padres, además de hacerla algunos obsequios, regaláronla un precioso vestido de seda que había de estrenar el primer día que saliera de paseo con su mamá.

Pero hé aquí que una tarde, en lo mejor de sus infantiles juegos, se la presenta una niñita poco más ó menos de su misma edad, en cuyo rostro pá-

lido y demacrado se pintaba la miseria más terrible. Su cuerpo apenas cubierto de arapos y sus pies descalzos dejaban adivinar lo horribles que debían ser los sufrimientos porque pasaba aquella infeliz criatura.



Acercose tímidamente á Magdalena y con palabras apagadas y lágrimas en los ojos, la pidió una limosna.

Nuestra niña, sin poder contenerse ante aquel cuadro de dolor, tomola de la mano y, acariciándola dulcemente la cara, la preguntó:

—¿Cómo te llamas, pobrecita?

—Isabel, niña.

—¿Y cómo permiten tus padres que tú andes así por las calles implorando la caridad pública?

—¡Ay! niña, si usted supiera! y no pudo continuar porque el llanto sofocaba su voz.

Magdalena, ya enternecida, no pudo contener las lágrimas que asomaban á sus ojos y con voz suave y cariñosa dijo:

—Cuéntame, cuéntame tus penas, que si en algo puedo yo aliviarlas, lo haré con gusto y, de lo contrario, se lo pediré á mis padres, que son muy buenos y se compadecen de los que sufren.

—Ah! señorita, ¡cuán buena es usted! Mis padres! . . . mi padre falleció no hace mucho tiempo y mi madre se halla enferma en cama, sin tener un bocado de pan que llevarse á la boca y yo, como aun no puedo trabajar, tengo que implorar la caridad de las almas generosas para poderla dar el sustento . . .

—No llores, desgraciada, que yo, aunque en poco, trataré de mitigar tus dolores; corriendo, casi anhelante, llama

á su mamá á quien cuenta, con voz temblorosa, la historia de aquella pobre niña.

La buena señora se conmovió ante la tierna impresión que aquella desgraciada causó á su querida hija y la bendijo mil veces desde lo íntimo de su corazón.

Entonces, Magdalena, sacando su hermoso vestido, exclamó:

—Mamá!, ¿de qué me sirve á mi este precioso vestido cuando ya tengo otros que, aunque no tan buenos, me sirven de abrigo, y mientras tanto hay otros seres desgraciados que no tienen con que cubrir sus carnes?

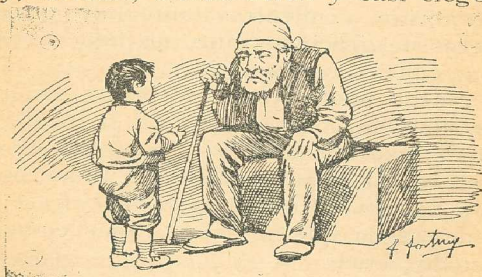
—Hija mía!, exclamó la madre enterrecida, ¿no comprendes que si tú ofrecieras ese hermoso vestido á esa criatura, sería como una burla á su pobreza? Alabo tu acción; pero ofrécela una prenda que se avenga más con su estado actual.

Así lo hizo y después de vestir por completo á la niña, dióla lo necesario para que pudiera también aliviar las dolencias de la madre.

Luego despidió cariñosamente á la niña dándola un beso en la frente y exigiéndola que volviera á verla siempre que la necesidad ú otra causa cualquiera la afligiera.

24.—Respetad á los ancianos.

HABÍA una vez un pobre viejo, tan viejo, que las manos le temblaban y, además, estaba sordo y casi ciego.



En la mesa, en las horas de comer, caíansele los cubiertos á cada momento ó se derramaba la sopa por la barba ó en la servilleta y mantel.

A su hijo y á su nuera se les revolvió el estómago cada vez que veían aquello y, ya cansados, resolvieron que el infeliz anciano comiera solo en un rincón y en un pequeño plato de barro. Inútil es decir que al pobre viejo se le caían las lágrimas al verse tratado de aquella manera y era tanta su aflicción, que un día el plato, escapándose de sus temblonas manos, cayó al suelo haciéndose mil pedazos.

Sus hijos al ver aquello refunfuñaron y en vez del plato de barro, en lo sucesivo, le sirvieron la comida en uno de madera.

Cierto día que los jóvenes esposos celebraban con alegres risas la dicha de verse sentados alrededor de la mesa, mientras que el pobrecito viejo se hallaba triste y cabizbajo en su rincón, vieron que su hijo Pepito, que apenas contaba cinco años de edad, se entretenía en recoger pedacitos de madera que se hallaban esparcidos por el suelo.

—¿Qué haces, Pepito? Le preguntó su padre.

--Recojo esta madera para hacer un plato para tí cuando seas viejo como abuelito y rompas los de barro.

Marido y mujer se miraron sin decir palabra, se llenaron sus ojos de lágrimas y llamando al anciano, hicieron que desde aquel momento se sentara á la cabecera de la mesa y ocupara ese puesto mientras viviera.

25.—Don Manuel Belgrano.

UNA de las personalidades más simpáticas de nuestra historia patria es la del General don Manuel Belgrano.

Nació en la ciudad de Buenos Aires, hizo en España sus estudios de abogado y empezó su carrera militar peleando en las filas del cuerpo de Patricios contra los ingleses, cuando éstos intentaron apoderarse de Buenos Aires.

Formó parte de la primera Junta de Gobierno que se creó el 25 de Mayo de 1810 y poco tiempo después dirigió la expedición al Paraguay, y á él se de-

ben las memorables victorias obtenidas por las tropas libertadoras en Tucumán y Salta.

Al General Belgrano se le debe el haber enarbolado por primera vez en las barrancas del Rosario de Santa Fé la bandera celeste y blanca, que con tanta gloria supo defender.



La educación popular tuvo también en el General Belgrano uno de sus más entusiastas propagandistas y sostenedores; habiéndosele acordado por el Congreso la suma de cuarenta mil pesos, como premio de las victorias de Salta y Tucumán, con todo desprendimiento

los donó para fundar cuatro escuelas primarias.

Su abnegado patriotismo ha hecho decir á un historiador, con verdadera justicia, *que es la más pura de las figuras que ofrece la historia de la revolución.*

Sus restos fueron depositados en el templo de Santo Domingo, donde aun se hallan hoy debajo de una humilde losa.

26.—Feliz ocurrencia.

ZOGUE es el sobrenombre de un chiquillo de siete años, que vive á inmediaciones de mi casa, y razón han tenido los que le conocen en bautizarle con tal nombre, porque nunca está quieto.

Todo lo mira y escudriña con sus ojos vivos y movibles como gotas de mercurio; todo lo toca y revuelve; no deja títere con cabeza, como vulgarmente se dice; compone y descompone y en este afán de verlo, de tocarlo y de saberlo to-

do, le pasan, á veces, percances graves, que algun día pueden costarle la vida.

Recalcaduras y torceduras no recuerda ya cuántas le han curado; quebraduras tiene en la cabeza, brazos y piernas; cortaduras tiene más que heridas cual-



quier aguerrido veterano de nuestro ejército; y de envenenamientos ha salvado por seis veces, gracias á su naturaleza robusta y al pronto y eficaz auxilio de la ciencia.

Pero de todo esto saca algo útil y provechoso para su desarrollo intelectual; quiero decir, que todo ese movimiento

y esa curiosidad no son estériles; es un niño que aprovecha de las lecciones prácticas que recibe y que él mismo se proporciona. Da verdaderamente gusto oírle discurrir como un liliputiense.

Días pasados, una persona, que presencié el hecho, me contó lo que voy á referir á ustedes como muestra del raro y suspicaz ingenio de este hombrecillo.

Presentose una mañana en el almacén, en el cual se sirve su familia, con una botella, y, entregándosela al que despachaba, le dijo:

--Deme usted medio litro de aguardiente y diez centavos de aceite de comer.

—¿Y la otra botella?—preguntóle el dependiente al ver que sólo le entregaba un recipiente para dos líquidos tan distintos.

—Le digo á usted que me despache; no traigo más que esa botella.

—¿Pero cómo quieres que eche aquí aguardiente y aceite?

—Se conoce que no ha estudiado usted mucho, y que no habría sido capaz

de inventar la pólvora,—replicó el muchachito;—eche usted aquí el medio litro de aguardiente.

—..... Ya está,—dijo el dependiente presentándole nuevamente la botella.

Azogúe la tomó rápidamente entre sus manos, la tapó con el corcho y, volviéndola boca abajo, se la entregó de nuevo al dependiente y mostrándole con el dedo la concavidad inferior de la botella, le dijo:

—Eche usted aquí el aceite.

Inútil me parece tener que decir á ustedes que el dependiente se quedó con la botella en la mano y con un palmo de boca abierta ante la ocurrencia de aquel pequeño ingenio.

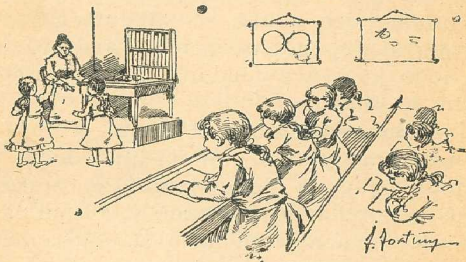
27. — La envidia.

ISABEL tenía una amiguita que se llamaba Carlota y á la que quería mucho, porque en su corazón sencillo y bondadoso, jamás dió entrada á ninguna mala pasión.

Carlota, por lo contrario, mal educa-

da y de instintos perversos, demostrarla un cariñoso afecto; pero mentido, pues hacía lo mismo que el gato, que se entretiene con el ratón que ha cazado para hacer más cruenta su agonía.

Viendo que Isabel siempre se distinguía de entre sus condiscípulas, una de



las cuales lo era Carlota, trató primero de enemistarla con sus compañeras, ya contándoles hechos que ella inventaba en su mente, ya metiendo enredos y chismes; pero vanos fueron cuantos esfuerzos hiciera para conseguir su objeto, pues como sus compañeras ya la conocían, apartábanse de ella silenciosas, dejándola con las frases á medio concluir.

Pero no concluyeron aquí sus diabólicos planes y se dijo:

—Ya que sus compañeras no me quieren atender y no hacen caso de mis palabras, yo buscaré otros medios con que conseguir mis deseos.

Y en efecto, después de pasados algunos días, que ocupó en premeditar su plan, presentose en la casa de una familia relacionada con la de Isabel y allí, de tal manera se explicó y tales cosas dijo, que concluyeron, sino por creerlo todo, á lo menos en gran parte.

Enterada la bondadosa niña, poco tiempo después, de lo que había sucedido, costole amargas lágrimas conven- cer á aquellas personas de que todo había sido una perversa invención de su maglina amiga; pero consiguiendo, por fin, borrar las manchas que había arrojado sobre su nombre, asomó una sonrisa de satisfacción á sus labios, perdonando con generosidad á la que le había hecho tanto mal.

Desde entonces dejó de tratarse con ella; pero no despreciándola; sino

compadeciéndola de que fuera tan mala.

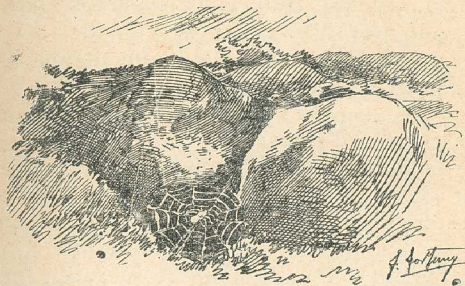
Queridos niños, jamás envidiéis á una persona por mucha que sea su felicidad; contentaos tan sólo con lo que tengáis y así todo os parecerá tan bueno ó mejor que lo que otros poseen. Alejaos siempre de las personas que se dejan dominar por la envidia, pues con sus lenguas son capaces de hacer más daño que el que pudiera hacer una manga de langostas desprendida sobre un campo sembrado.

28.—Las moscas y las arañas.

 OSOTROS sois curiosos como todos los niños.

Deseáis conocer las causas de todo lo que veis; á cada momento se os oye decir: ¿Por qué es esto? ¿por qué aquello? ¿por qué llueve? ¿qué es el Sol? la Luna, las estrellas? ¿para qué sirven las tempestades? ¿los volcanes y los temblores de tierra?

Y si no se halla una respuesta pronta á todas estas preguntas, vuestra pequeña filosofía supone que Dios ha creado cosas que son inútiles.



A propósito de esto, recuerdo una historia que voy á contaros; en ella veréis que nada es inútil en la Naturaleza y que es necesario no felicitarse en condenar las obras del Creador, porque muchas veces no se las comprende.

—«¿Para qué sirven las moscas y las arañas? ¿qué hacen sobre la Tierra?» -- así preguntaba un joven príncipe á su ayo, y éste le respondió:

—«Querido niño; estad seguro de que

estos pequeños animales tienen su utilidad; es cierto que no sirven más que para nutrir á otros; pero vos, menos que nadie, debierais quejaros de su existencia, puesto que esos insectos han salvado por dos veces la vida del rey, vuestro padre; es á ellos que debéis el poder abrazarle todavía».

—«¿Y cómo?», preguntó el niño con cierto aire de respeto.

—«Cuando vuestro padre subió al trono, algunos malvados quisieron disputársele y emplearon, para hacerle perecer, los medios más criminales.

«Durante una noche de verano, fué despertado de un profundo sueño á causa de una fuerte picadura en la cara: era una mosca la que le había causado el dolor. Al despertarse de este modo, pudo darse cuenta de que abrían nuevamente la puerta de su cuarto; en seguida pidió socorro y se pudo así arrestar á un asesino que en la obscuridad se deslizaba hasta su lecho para apuñalarle.

«Al año siguiente, vuestro padre tuvo que defenderse contra un ejército de

rebeldes; habiendo sido derrotadas sus fuerzas por las del enemigo, que eran más numerosas, se vió obligado á escaparse y guarecerse en un bosque. Algunos soldados le persiguieron y, para salvarse de su persecución, se vió obligado á entrar en una caverna por una pequeña abertura que se hallaba en medio de las rocas. En ella pasó la noche y, mientras reinaba la obscuridad, una araña tejió una tela á la entrada de la cueva.

«Un destacamento del enemigo, que buscaba al rey, pasó al despuntar el día por el sitio donde aquél se había escondido; algunos soldados quisieron entrar á inspeccionar la cueva; pero uno de ellos les hizo desistir del propósito diciéndoles:

«Si se hubiera refugiado ahí, se habría llevado por delante la tela de araña que cubre la entrada; ahí no hay nadie; busquemos por otra parte.

«Vuestro padre, en esta ocasión, como en la otra, dió gracias á Dios, que para proteger á los grandes de la tierra, sabe emplear los animales más débiles».

EJERCICIOS DE RECITACIÓN

El hombre y la culebra.

(FÁBULA)

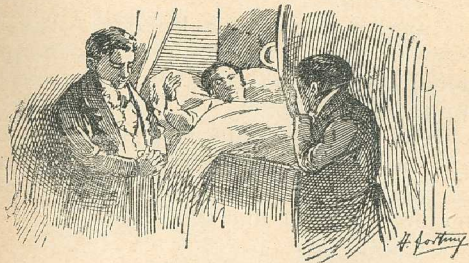
A una culebra, que de frío yerta
En el suelo yacía medio muerta,
Un labrador cogió; más fué tan bueno,
Que incautamente la abrigó en su seno.
Apenas revivió, cuando la ingrata
A su gran bienhechor traidora mata.

SAMANIEGO.

29. — Don Mariano Moreno.

FUÉ don Mariano Moreno uno de los próceres de nuestra independencía, hombre de corazón generoso y de sentimientos puros y rectos.

Nombrado Secretario del primer gobierno patrio, el 25 de Mayo de 1810,



puede decirse que fué el alma de aquella memorable Junta, comunicándola su entusiasmo y patriotismo.

Obligado más tarde á renunciar aquel puesto á causa de ciertas desavenen-

cias, partió para Inglaterra á desempeñar una comisión que el gobierno le confiara.

Pero no llegó á cumplirla, pues el día 4 de Marzo de 1811, estando en viaje, falleció, siendo su cadáver arrojado al océano.

Al expirar sus últimas palabras fueron: «*Muero en la santa religión de Jesucristo. ¡Viva mi Patria aunque yo perezca!*»

Cuando se supo en Buenos Aires la triste noticia de su muerte, dicen que don Cornelio Saavedra, presidente de la Junta, exclamó:

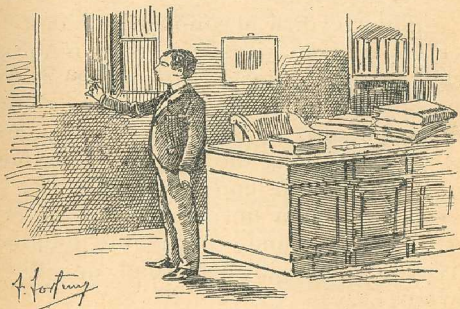
«Era menester tanta agua para apagar tanto fuego!» refiriéndose al ardiente entusiasmo patrio de Moreno y al haber tenido el mar por tumba.

30. — El perdón de las injurias.

MUY preocupado estaba Ricardito la otra noche en su cuarto de estudio, haciendo los ejercicios escolares que

para el día siguiente le había fijado su maestro.

Pocos hay en su clase que cumplan de un modo tan estricto con sus obligaciones; las lecciones bien sabidas y los ejercicios escritos hechos con toda pulcritud y esmero, he ahí su afán constante, premiado y recompensado por el adelanto y por el cariño de sus padres y maestros.



Pero no nos separemos del objeto de estas líneas, que es el contar lo que aquella noche hizo Ricardito.

Al poco rato de ponerse á trabajar, una mosca, bastante impertinente por cierto, comenzó á revolotear por encima de su cabeza; luego por delante de sus ojos y llegó hasta á pasearse por encima del papel en el que nuestro niño escribía.

Cansado ya éste de la molestia que le causaba el insecto y viendo que con espantarlo con la mano no lograba quitársele de encima, resolvió darle

—¡Muerte! dirá alguno de ustedes.

Pues no, señoritos; no es el niño tan cruel; resolvió, decía darle caza y una vez que lo hubo conseguido, se levantó de su asiento, se aproximó á la ventana y, abriéndola, dió libertad á la mosca, despidiéndola con estas palabras:

—Ve y vuela libremente; el mundo es bastante grande para que podamos vivir los dos sin necesidad de molestarnos.

¿Qué os parece? ¿obró bien ó mal?

31. — Un cañón inofensivo.

HÉ aquí lo que se le ocurrió hacer el otro día á Osvaldo, niño bastante inteligente, de inventiva inagotable y enemigo de estar en reposo ni sólo dos minutos.

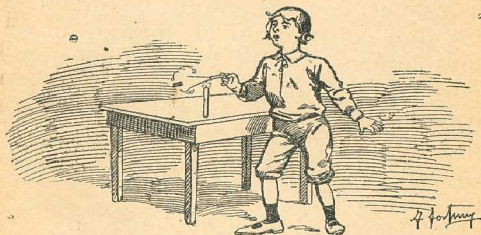
Jugando con un canuto de metal, de esos que constituyen el mango de un portaplumas, y, á la vez, estuche para guardar la pluma, no sé por qué motivo le vino á las mientes echar en él unas gotas de agua y cerrarlo con un taponcito de corcho que había quitado de una botellita de tinta.

Pero no paró aquí su audacia.

Encendió luego una vela y aplicando á la llama la extremidad inferior del canuto, púsole á calentar. Bien pronto tuvo que retirarle al sentir que se quemaba los dedos, pues había olvidado que los metales son buenos conductores del calor.

No cejó por eso en su empeño y brillándole los ojos de alegría por la fe-

liz idea que le había acudido, rodeó parte del canuto con su pañuelo, y volvió á hacerlo calentar. Como que no se quemaba los dedos, por haber aislado el metal con un mal conductor del calor, le sostuvo sobre la llama por espacio de unos dos minutos, cuando de repente. pum!



Y Osvaldo, azorado, dejó caer el tubo al suelo, dándose prisa en apagar la vela, pues creía que el mundo se venía abajo después de aquel estallido tan inesperado.

Pasado el primer asombro y ya con menos temor, volvió á repetir la experiencia con idéntico resultado.

Grande fué su alegría por haber inventado un cañón tan original, pues creemos inútil el decir que, al producirse el estallido, el corcho saltaba con violencia en el aire.

Queriendo explicarse la causa de aquel fenómeno, no supo á qué atribuirlo y, en consecuencia, en cuanto vió llegar á su papá que volvía de sus ocupaciones, se dirigió corriendo hacia él y, después de saludarle y abrazarle cariñosamente, le contó cuanto había ocurrido en el entretenimiento de aquella tarde.

—Hijo mío,—díjole el papá,—aplaudiva tu afán por saber siempre algo nuevo y el que desees conocer las causas de todo cuanto ocurre á tu alrededor; pero lamentaría que ese afán, que esa curiosidad inagotable que tienes, fuera causa algún día de un grave accidente que perjudique tu existencia y nos proporcione un doloroso sentimiento; se prudente en tus juegos y medita siempre lo que vas á hacer.

—Prometo corregirme, papá,—contestó el niño, con cierta gravedad;—pero

no me dejes sin saber por qué se produjo aquel estallido al calentar el canuto del portaplumas.

—Voy á complacerte: al calentar el canuto, el agua que estaba dentro se ha ido transformando en vapor y la fuerza expansiva de ese vapor ha llegado á tal extremo, que ha hecho saltar el tapón con violencia; si el tapón no hubiera podido desprenderse del tubo, la fuerza de ese mismo vapor hubiera hecho estallar el canuto y quizás lastimándote.

—¿Tanta fuerza tiene, papá?

—Mucha, hijo mío; ya sabes que se le emplea para poner en movimiento los motores de las fábricas y las locomotoras de los ferrocarriles, lo mismo que los barcos de vapor. Pero ya hablaremos más extensamente de esto otro día. No olvides, entre tanto, mi consejo.

32. — Justo castigo.

EN un pueblo cuyo nombre no hace al caso, vivía un hombre que desde pequeño había demostrado abrigar en su corazón los sentimientos más reprobados; cruel para con sus semejantes y para con los animales, se divertía y gozaba con los sufrimientos de todo lo que le rodeaba.

Inútil me parece tener que manifestar que los racionales le despreciaban y los irracionales le odiaban y le temían al mismo tiempo.

Llegado á la edad madura no modificó en nada sus perversos instintos, al contrario, con los años y la fortuna que logró conseguir, su crueldad se hizo más refinada.

Un viejo gato, único recuerdo viviente que quedaba en la casa de los que fueron sus padres, fué inmolado por aquel ser perverso para hacer con la piel una cartera donde guardar dinero.

¡El gato que tanto habían querido y cuidado sus padres!

No respetaba ni siquiera lo que había sido objeto del cariño de su pobre madre.



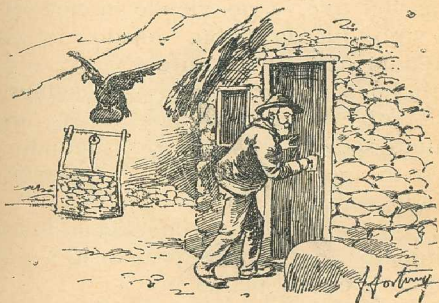
Como vivía en un pueblo cercano á las cordilleras, un día observó revolotear en el aire á las águilas, y que luego descendían hasta el suelo para apoderarse de algún corderillo que se hallara fuera de la vigilancia del pastor.

Aquel espectáculo le llamó poderosamente la atención y le produjo feroz alegría.

Desde entonces su diversión favorita fué el proporcionar corderillos y hasta gatitos y perritos á las águilas, por el gusto de verlas remontarse en el aire llevando entre sus garras á la inocente víctima. Generalmente, colocaba á los pobres animalitos en un pilón ó poyo de piedra que había cerca de la puerta de su casa, y desde una de las ventanas observaba los movimientos que efec-

tuaban las aves de rapiña, celebrando con grandes risotadas y palmoteos los gritos y esfuerzos desesperados de sus presas.

Cierto día en que había reunido en su cartera de piel de gato toda la for-



tuna que poseía, por temor de que quebrara el banco que se la guardaba, llegó á su casa y como quisiera abrir la puerta, y le incomodaba para ello la cartera que llevaba en una mano, dejola sobre el poyo de piedra en el momento preciso en que un águila, ya acos-

tumbrada á hallar presa allí, se lanzaba sobre ella y, creyéndola un animalito para saciar su apetito, se la llevó entre las garras

El hombre cruel dióse vuelta rápidamente al oír el ruido producido por las alas del ave, y no viendo su cartera en el sitio que la había dejado, lo comprendió todo al instante.

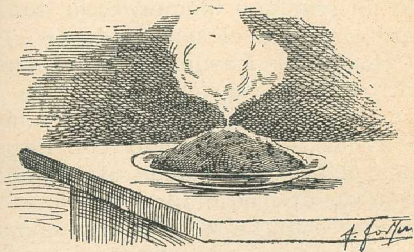
Echóse á correr loco y desalentado por entre las rocas y los riscos, esperando recuperar su tesoro, cuando, de pronto, perdiendo pie fué á parar al fondo de un abismo.

Triste y fatal consecuencia de los sentimientos perversos que abrigó aquel hombre en su pecho.

33. — Un volcán inocente.

TODOS vosotros, queridos amiguitos, habréis oído hablar de esas montañas que vomitan piedras y fuego, y de los terribles estragos que hacen en las poblaciones que á ellas están próximas.

Más de una vez os habréis imaginado lo que es un volcán, y alguno de entre vosotros, también, habrá querido imitarle haciendo un agujero en el suelo y llenándolo con pólvora, encenderla después. Pero esto último os aconsejo que



no lo repitáis, si lo habéis hecho y que no lo hagáis, si aun no lo habéis intentado, porque la pólvora tiene malos juguetes y lo que menos puede causaros, en un momento de imprudencia, es una grave y molesta quemadura.

Un niño conozco yo, desgraciado, que á causa de ese entretenimiento perdió la vista para todos los días de su vida.

Hasta en imitación son malos los volcanes; pero no sucede así con el que voy á proponeros que construyáis, y sino juzgadlo vosotros mismos.

Tomad, en primer lugar, un frasquito pequeño, lleno de vino tinto, y cerrado con un corcho que tenga un agujero de pequeño diámetro en todo su largo ó sea en el sentido de su eje.

Colocad el frasquito así preparado, dentro de un vaso de vidrio;—la tapa invertida de una quesera sirve á las mil maravillas;—con arena ó con tierra se rodea el frasquito dando al conjunto la forma de una montaña.

Hecho esto, se llena el vaso con agua y pronto se ve salir por la cima de la montaña, ó sea por el agujerito del corcho, una especie de columnita rojiza, que imita bastante bien el fuego de los verdaderos volcanes.

Si se tiene la precaución de agitar un poco el agua del vaso, la ilusión es aun más completa, pues el movimiento del líquido hace que la columnita de vino se deshaga y esparza esfumándose.

Con esto queda terminado el juguete; fáltanos ahora explicar por qué causa el vino del frasquito sale sin que nadie lo toque.

La explicación es sencilla: el agua es más densa que el vino, por consiguiente, aquélla desaloja á éste, que trata de ponerse encima, y la experiencia durará hasta que no quede vino en el frasco.

34. — La fiesta de la patria.

 EL día se presenta hermoso, pero algo frío. En el aire puro flota un algo desconocido que causa regocijo.

Al salir el sol se oye repicar las campanas de todas las iglesias, y de rato en rato las acompaña el estampido del cañón.

En los edificios públicos y en casi todas las casas se ve flamear la arrogante bandera de la Patria.

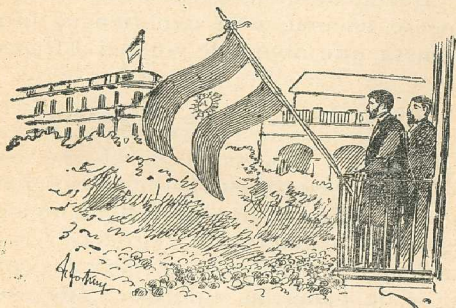
¡Qué hermosa es nuestra bandera!

Los ancianos y los niños la contemplan con respeto y con orgullo, y des-

de lo íntimo de su alma juran antes morir que verla mancillada.

¡Cuán sagrado es el emblema de la Patria!

—¿Por qué está hoy de fiesta la ciudad?—pregunta Enrique al levantarse.



—Porque es el día de la Patria, hijo mío, le contesta su papá.

Hoy es el aniversario del día en que nuestros abuelos se declararon libres é independientes de todo poder que no naciera de la sagrada voluntad del pueblo.

El 25 de Mayo de 1810 nació la libertad de la Patria que hoy contemplas grande y poderosa marchando á la par de las naciones más civilizadas del mundo por el camino del progreso.

Regocíjate, hijo mío, de verla así, siéntete orgulloso de haber nacido en ella, no olvides que hoy es su día, y no olvides tampoco de recordar, con gratitud en el corazón, los nombres de tantos héroes que han rendido la vida en su holocausto.

35. — El lujo.

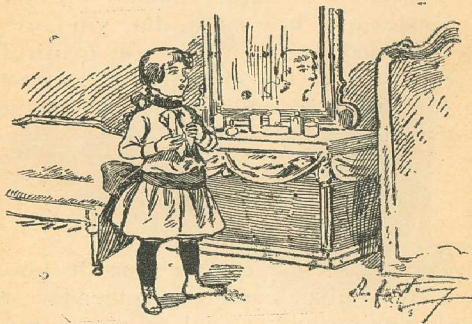
NGELA, que es una niña de unos doce años, hija de padres colocados en una buena posición social, no piensa más que en sus vestidos y en sus alhajas.

Jamás la oiréis otra conversación que no sea referente á modas, adornos de vestidos, cintas, brillantes, carruajes y todo lo que consigo lleva la vana ostentación del lujo.

En la escuela se preocupa poco de

que sus lecciones estén bien sabidas y de que sus ejercicios estén bien hechos.

¡Qué la importa! Lo que ella piensa, lo que á ella la preocupa constantemente, es el poder asistir á clase cada día con un nuevo vestido ó con una



nueva alhaja que llame la atención de sus compañeras, burlándose y apartándose del lado de aquellas que no van lo mismo que ella.—¿Y creéis que sus condiscípulas la aprecian? Oh! no.—La miran, á su vez, con cierto desdén y la

señalan con el dedo diciendo: «ahí va la orgullosa».

Queridas niñas, no imitéis á Angela en vuestra vida, no hagáis nunca ostentaciones de ninguna especie; no despreciéis á los que van sencillamente vestidos. Para ser buenos caritativos y apreciados de nuestros semejantes, no es necesario adornar nuestro cuerpo con espléndidos ropajes.

Que jamás os arrastre el lujo, pues él conduce insensiblemente á las mayores desgracias. Tratad de formar vuestro corazón con los sabios consejos que os dan vuestros padres y maestros; despejad vuestra inteligencia con las lecciones que diariamente recibís y seréis felices.

36. — Lección de higiene.

 LA señorita María Luisa tenía muchas alumnas en su clase y como en tales casos ocurre, las había muy buenas, sencillas y modestas y, también, muy orgullosas y no muy buenas.

La más orgullosa era Clementina, niña muy linda, que vestía con mucho lujo y que, además, gastaba una botella de agua de olor cada día, pues la gustaba ir siempre muy perfumada, tanto, que hasta se lavaba las manos y la cara con heliotropo blanco!



Esto, como es natural, no agradaba mucho á su maestra, la cual pronto quiso dar una lección que sirviese de ejemplo á todas las niñas.

¿Qué hizo la maestra? Algo muy sencillo.—Llamó á todas las niñas y cuando

las tuvo á su alrededor las habló de la siguiente manera:

—«Queridas niñas, tengo un libro muy bonito que contiene más de cuarenta cuentos y otras tantas láminas preciosísimas. Yo os haré preguntas, como todas las que os hago, dirigidas á instruiros y moralizaros; la que mejor conteste de entre vosotras, recibirá el libro como premio de su maestra, que ya sabéis os quiere igualmente á todas.

—«Vamos á ver, ¿qué olor es el más fino?... Luisa.

—«El del jazmín!... el de la rosa!... á mi me gusta más el del heliotropo!...

—«Perfectamente, Luisita».

Todas las niñas nombraron un olor distinto; todas, menos una niña pequeña, muy humilde y modesta, cuyos padres eran algo pobres, así que era probable que nunca se hubiese puesto perfume alguno en la ropa ó en el pañuelo.

—«Bien, niñas, bien! dijo la maestra, veo que tenéis muy buen gusto y creo que todas contestaréis tan bien á mis

preguntas, que no sabré á quién regalar el libro.

—«Ahora decidme, ¿qué agua os parece mejor para lavarse y para que la cara esté siempre fresca y rosada?

—«Agua de rosas!... no, mejor es agua florida!... agua de Colonia!...

—«Bien, bien! dijo la maestra, y para apaciguar un tanto la precipitación de las contestaciones, dirigiéndose á Clementina la preguntó: ¿cuál es para tí el agua preferida para lavarte?

Clementina se estremeció de placer, pues creyó que ya iba á ganarse el premio, así es que contestó con voz muy clara y paseando sobre sus compañeras una mirada de triunfo:

—«Yo, señorita, me lavo siempre con heliotropo blanco mezclado con muy poca agua!»...

La maestra se quedó un breve rato pensativa y de repente exclamó dirigiéndose á aquella niñita tan callada y tan humilde: «Y á tí, Rosita, ¿qué agua te parece la mejor?, contesta, no tengas vergüenza!»

La niñita apenas levantando la cabecita, contestó:

—«Yo, señorita, me lavo con agua fresca y pura sin mezclarle nada!»

—«Ah! tú has ganado el premio, exclamó la maestra, agua clara y pura, esta es la mejor! toma, toma, hija mía».

Y la dió el libro de cuentos, dejando avergonzada á Clementina.

Ya lo sabéis, pues, queridas niñas, si queréis tener siempre el rostro fresco y hermoso, si no queréis que se arrugue vuestro cutis, lavaos mucho con agua fría y pura en invierno y verano.

37. — El globo.

RES niños, hermosos como las mañanas primaverales; pero traviesos y, más que traviesos, curiosos, con esa curiosidad inagotable que hace que en las casas no quede títere con cabeza, como vulgarmente se dice, con el propósito de saberlo todo,—lograron verse dueños de uno de esos globos rosados que se elevan mientras se les desarrolla el hilo

con que se les tiene sujetos y algunas veces aun más allá, con gran pesar de sus dueños, cuando por un descuido ó por una traición del hilo se ven libres de quien los retenía contra la fuerza que los lleva hacia el espacio.



Nuestros amiguitos estaban intrigados en saber por qué aquel globo ascendía siempre en el aire y no caía hacia el suelo, como sucedía con los de jabón que ellos hacían muchas veces con una pipa de barro.

Para satisfacer su curiosidad, esperaron el momento de encontrarse solos en su dormitorio.

Después de dar las buenas noches á su mamá y de recibir de ésta un cari-

ñoso beso, se levantaron los tres sigilosamente de la cama, encendieron la bujía que sobre la mesa de noche se hallaba y tomando Ricardo, el mayor de los tres, el globo que tanto les preocupaba, decidieron enterarse de una vez de lo que tenía en su interior.

Con mucho cuidado comenzó el niño por desatar el hilo que fuertemente cerraba la abertura del globo; los otros dos no perdían ninguno de sus movimientos, atentos, anhelantes, conteniendo hasta la respiración por descubrir qué sería aquéllo.

Pero de repente... ¡plaff!... se produjo un estallido seco, acompañado de una llama que sólo duró un segundo, apagose la bujía y el globo se hizo trizas en las manos de Ricardo.

Los tres niños asustados y, después que se repusieron algo, buscaron á tientas sus respectivas camas; luego que estuvieron acostados y bien arrebujados entre las ropas, comenzaron á hacer comentarios sobre lo que acababa de sucederles sin que pudieran llegar á

darse de ello una explicación satisfactoria. Es decir, que se encontraban con respecto al contenido del globo tan á obscuras como se encontraban ellos en aquel momento dentro de su pieza.

Raúl, que era muy aficionado á leer y á oír cuentos de hadas, trasgos, fantasmas y otras paparruchas por el estilo, se aventuró á decir que, lo que había dentro del globo, era un diablo, que al salir, había producido aquella llama dejándoles á obscuras para que no le vieran salir por el agujero de la cerradura.

Con esto se quedaron dormidos nuestros tres curiosos.

Vosotros, amiguitos, que también lo sois, queréis saber lo que los tres hermanos no llegaron á averiguar; pero no os lo diré porque sé que alguno de entre vosotros lo ha de saber explicar...
¿Cuántos piensan como Raúl?

38. — Don José de San Martín.

UNA tarde que Ernesto salió á pasear con su papá, tuvo ocasión de pa-

sar por la hermosa plaza que lleva el nombre de San Martín.

Más que la gruta y los bien cuidados jardinillos, llamole la atención la magnífica estatua ecuestre en bronce, que en el centro de la plaza se ha erigido á la memoria del Gran Capitán de Sud América.

—¿Es esta la estatua del General Don José de San Martín?, dijo Ernesto dirigiéndose á su papá.

—Si, hijo mío; la misma que la otra noche fué motivo de que hicieras una composición que te había pedido tu maestro.

—Ah! si, papá, recuerdo perfectamente lo principal.

El General don José de San Martín, el héroe de la independencia de América, nació en el humilde pueblo de Yapeyú, en Misiones; pasó, siendo niño, á España para estudiar; siguió la carrera de las armas, comenzando á los doce años á servir como cadete en un regimiento.

Más tarde, como oficial, se distinguió

notablemente en todas las acciones en que tomó parte.



Cuando llegó á Buenos Aires, por encargo del gobierno, creó un cuerpo de caballería que bautizó con el nombre de *Granaderos á caballo*, que supo cubrirse de gloria en los combates.

San Martín dió también la libertad á Chile y al Perú.

Disgustado de las calumnias de los envidiosos de su gloria y de su grandeza de alma, se retiró á Francia, donde murió en un pueblo llamado *Boulogne sur mer*.

Sus restos descansan en un precioso mausoleo que se halla en una de las naves de la Catedral de Buenos Aires.

—Me agrada, hijo mío, tu feliz memo-

ria; conserva indeleble en ella y en tu alma el recuerdo de los grandes hombres.

39. - Venganza de un niño.

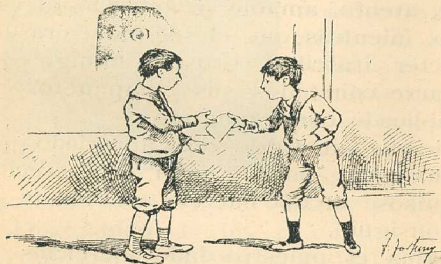
 CARLOS y Luís eran dos niños que asistían á la misma escuela y á una misma clase. El primero era un niño dócil, atento, amable y aplicado al estudio, mientras que el segundo, era de carácter irascible, grosero, amigo de pelearse con todos sus compañeros y desaplicado como ninguno.

Viendo que Carlos era apreciado por su maestro, porque bien lo merecía, propúsose un día hacerle amonestar, y lo consiguió.

Había el maestro dado ejercicios á todos los niños para que los hicieran en sus casas y, como Luís sabía que los exigía estrictamente á todos sin distinción alguna, valiose de un descuido de Carlitos para quitárselos momentos antes de presentarlos.

Recogió el maestro los trabajos de

los niños y tocole á su vez á Carlos entregarlos; pero ¡cuál no fué su admiración al ver que habían desaparecido! Mudo de asombro, sin explicarse lo que le pasaba, calló y se excusó como pudo ante su maestro, el cual, extrañando también que un alumno como Carlos faltara á sus deberes, le aconsejó que no volviera á repetirlo.



Poco tiempo después, Carlos supo que el que se los había quitado era Luís; pero callose resignado al ver la perversidad de su condiscípulo.

Un día el maestro había dado para resolver un problema algo difícil y Luís, por más que se tiraba de los cabellos,

no sabía cómo arreglárselas para hallar la solución. Por fin, cansado ya y viendo lo inútiles que eran sus esfuerzos, dirigióse humildemente á Carlos y le pidió le indicara cómo debía hacerlo.

Carlos, olvidando la ofensa recibida, enseñó bondadosamente al que no sabía, el procedimiento más sencillo para resolver el problema.

Luís, al ver tanta bondad y dulzura, no pudo contenerse y, con lágrimas en los ojos, abrazó á su condiscípulo pidiéndole perdón.

—«No recuerdo que nunca me hayas ofendido, contestó Carlos, y por lo tanto no sé lo que te he de perdonar, querido amigo!»



EJERCICIOS DE RECITACIÓN.



La oración de la mañana.

—¿Qué ruido es ese,
Madre? ¿Qué voz
Aquí en mi oído
Dulce vibró,
Que de mi sueño
Ya la ilusión
Sólo al oírle
Se disipó?

—Ese sonido,
Luz de mi amor,
Que allá en tu oído
Dulce vibró;
Que de tu sueño
Ya la ilusión
Sólo al oírle
Se disipó,

Es la campana
De la oración....
¡Niño despierta!
¡Gloria al Señor!

R. ARMIÑO.

40. - Malas mañanas.

EMILIA es una linda niña y lo sería aun más si no tuviera unos defectillos... ¡pero qué defectillos!

Primeramente es algo embusterilla y en segundo lugar, no sé si decirlo, en fin, ¡allá va! no le agrada mucho el asistir á la escuela á pesar de que sus maestras, como todas, son buenas, amables y nunca la han hecho mal alguno. Para no ir á la escuela siempre encuentra una excusa, pues como sabe que sus papás la quieren mucho, se vale del cariño que la profesan, para engañarles; ¿es esto bueno? ciertamente que no, ¿verdad queridos niños?

Un día, Emilia, se propuso no ir á la escuela y para lograr su capricho, dirigióse á su mamá y la dijo:

— Mamá, hoy no voy á la escuela.

— ¿Cómo es eso, hija mía?

— No me hallo bien.

— ¿Qué tienes?

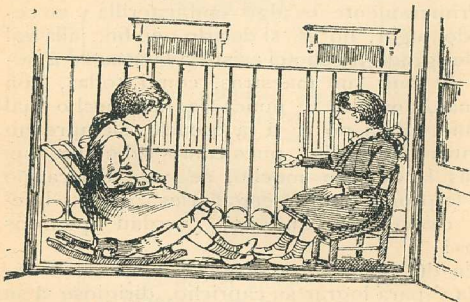
— Un dolor aquí... y después acá... y la cabeza me duele un poco...

Asustada la mamá de Emilia mandó llamar al médico que no se hizo esperar.

Observó detenidamente á la niña y dijo que

lo que tenía no era cosa de cuidado, que no saliese á la calle y que podía permanecer levantada guardándose del aire.

— ¡Bravísimo! se dijo para sí Emilia viendo que había logrado su propósito, y aun más al ver que unas amiguitas vecinas entraban á acompañarla.



Jugando y charlando se pasó el día Emilia sin acordarse de la escuela; pero cuando por la tarde vió á través de los cristales del balcón, que pasaban muchas niñas condiscípulas suyas, con los libros y labores en la mano y con el rostro risueño, gracias á la satisfacción que experimentaban por haber cumplido como buenas; cuando vió que algunas la saludaban... tuvo vergüenza de lo que había hecho y propúsose no repetirlo más.

¿Creéis que lo cumplió? De ninguna manera: tres ó cuatro veces repitió lo de la *enfermedad*. Pero como en este mundo pronto se descubren las mentirigillas, tuvo la desgracia Emilia de que se descubriesen las suyas.

¿Queréis saber cómo? Fué así: un sábado, dijo á la niña su papá, que por la noche irían al teatro. La noticia gustole mucho, y á fin de preparar sus vestidos y tener mucho tiempo para peinarse y arreglarse, fingió no encontrarse bien *para ir á la escuela*.

En seguida los padres de la niña llamaron al médico, con el que estaban convenidos de antemano; llega el médico y mirando á Emilia con gran atención dice: — «Esta niña debe acostarse al punto, no puede comer nada y ha de sudar mucho.»

Emilia se desesperó, lloró y dijo que ya no tenía nada y que se encontraba muy bien.

Pero no tuvo más remedio que permanecer en cama, sin comer y tomando, de cuando en cuando, una bebida inofensiva y muy amarga que exprofeso prepararon el médico y los papás.

Llegó la noche y los hermanitos de Emilia fueron al teatro con su papá; con la niña quedó la mamá de cuyos labios salió un *sermón* muy largo, que seguramente habrá hecho cambiar de conducta á Emilia.

41. — Las tortugas.

RODOLFO y su papá salieron un día á dar un paseo por la orilla del río. Este niño inteligente, no cabía en sí de gozo al contemplar la inmensidad de agua que se extendía á su vista y al ver como los barquichuelos se mecían suavemente sobre las olas, le entraban deseos de embarcarse.

De pronto, observó que cerca de la costa había un objeto que le llamaba la atención; acercose y vió algo parecido á un escudo oval, de color negruzco. Llamó á su papá y le dijo:

— Papá, fíjate qué cosa más rara he descubierto aquí. ¿Qué será?

— ¿No lo conoces? Golpéalo con tu bastón y verás lo que resulta.

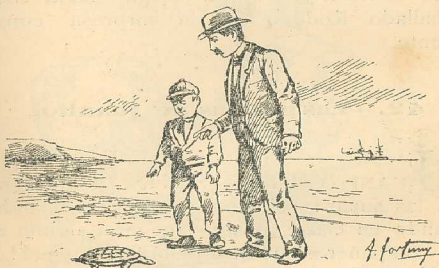
Rodolfo, medio atemorizado con lo que pudiera suceder, comenzó á dar pequeños golpes sobre aquel objeto. Vió, entonces, que de abajo de aquel escudo salía una pequeña cabeza, cuatro patas y una especie de cola y que echaba á andar.

— Ay! papá, — dijo Rodolfo sorprendido, — ¡qué animal más raro! ¿Cómo se llama? ¿cómo puede caminar? ¿Cómo vive?

— Hijo mío, me haces tantas preguntas á

la vez que, verdaderamente, no sé por cual empezar á contestarte. No seas tan impaciente, que todo lo irás sabiendo.

Ese animal tan raro para tí, no es más que una simple *tortuga*, que pertenece á la clase de los reptiles. Como tú lo ves en ésta, tienen el cuerpo cubierto por una doble coraza, la superior se llama *carapacho* ó *carapazón* y la inferior *peto*. Las tortugas carecen de dientes



y en lugar de éstos tienen sus mandíbulas revestidas de cuerno como el pico de las aves.

Hay *tortugas de tierra*, *tortugas de agua dulce* y *tortugas de mar*.

Es tal la lentitud con que caminan, que se ha hecho proverbial.

Se alimentan, generalmente, de insectos, gusanos, pececillos y de yerbas. De algunas tortugas se aprovecha la carne, que es muy

sabrosa, para hacer sopa; de otras, especialmente de la llamada *carey*, que se cría con preferencia en Méjico, se utiliza su caparazón para hacer objetos llamados de carey, como peines, peinetas y otros muchos y muy variados á la vez que muy estimados.

Satisfecho Rodolfo de haber aprendido algo nuevo y útil en el paseo de aquella tarde, regresó á su casa en compañía de su papá, quien contó á su esposa lo que había visto y hallado Rodolfo con la sorpresa consiguiente.

42. — Las gracias de Juanito.

JUANITO es muy *gracioso*. ¡Y qué gracias las tuyas! ¡Cómo se ríe y goza cuando, estando en clase, consigue pegar á alguno de sus compañeros con una pelotilla de papel!

¡Y cuando el gato de su casa maulla desesperadamente por haberle atado de la cola ó porque le está tironeando las orejas? ¡Y cuando su perrito se revuelca dolorosamente por haberle quemado el hocico?

Oh! entonces si que le veréis saltar de gozo, satisfecho de sus *gracias*.

Por hacer una *gracia*, hace llorar á sus hermanitas, rompe las plantas del jardín, des-

troza sus juguetes y arranca las hojas de sus libros y de los ajenos.

¿No es verdad, mis queridos niños, que tales gracias hacen bien poca gracia?

Pero no siempre sus gracias les salen bien.

Un día, queriendo imitar á los monos trepándose por los árboles, tuvo la desgracia



de caer y romperse un brazo, lo cual es de esperar que le sirva de escarmiento para no hacer más el gracioso!

Queridos niños: no imitéis nunca á Juanito, si no queréis que os suceda algo parecido á lo suyo; acostumbraos siempre á respetar á los seres inferiores y á no valeros de ellos como simples objetos de diversión.

43. - Acción indigna.

AMELIA es una niña muy graciosa de rostro; pero muy dura de corazón. Así lo podréis juzgar vosotros al contaros lo que hizo cierto día.



Hallábase en la puerta de su casa muy engalanada, como para hacer ostentación de sus ricos vestidos; acompañábala en aquel momento un hermoso perro.

Acercósele un pobre mendigo, anciano, enfermo y cubierto su cuerpo con un traje hecho girones y, con mano y voz temblorosa, pidiola una limosna.

Amelia, lejos de compadecerse de la mise-

ria de aquel pobre hombre, le recibió con un ademán de desprecio y de impaciencia y, en tono irritado, le dijo:

— Retírese Vd; no me moleste con su imprudencia y con su suciedad sino quiere que le haga echar con mi perro!

El pobre anciano la miró como con lástima y siguió su camino para ir á mendigar á otras puertas donde se le recibiera con menos crueldad y con más caridad.

Sensible es que una niña de la posición social que ocupa Amelia, olvide tan fácilmente uno de los deberes más sagrados que tenemos para con nuestros semejantes.

¿Qué goces, qué alegrías podrá hallar quien viéndose rodeado de comodidades olvida que hay seres que sufren en la indigencia?

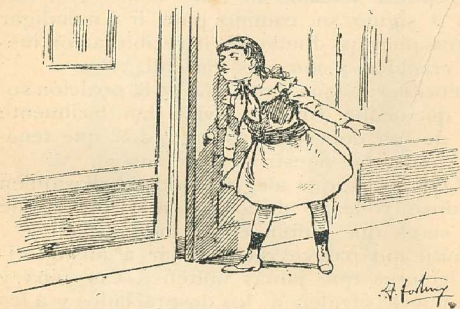
Inútil me parece recomendar á mis queridos lectores que jamás imiten á esa niña y que nunca olviden á los desgraciados y á los que sufren.

44. — La chismosa.

ISABEL es una niña muy simpática, de rostro muy agraciado y ojos muy vivos; pero tiene un defectillo que la hace desmerecer bastante: es *chismosa*.

¿Sabéis lo que es ser *chismoso*?

Una cosa muy fea y muy desagradable, pues nada hay que cause más aversión, que una persona que anda continuamente escuchando las conversaciones que no le importan, para ir luego á llevar el cuento, siempre exagerado, á cuantos quieren oírlo.



Estimándoos, como os estimo, os aconsejo no os dejéis nunca tentar por semejante vicio, teniendo por costumbre: ver, oír y callar.

Si seguís este consejo os ahorraréis muchas enemistades y evitaréis muchos sinsabores á los demás.

45. — El huevo prodigioso.

SE trata, queridos niños, de que un huevo puesto á manera de tapón en una botella para agua, de las que generalmente se usan en la mesa, se introduzca por sí solo en ella, teniendo entendido, que el diámetro del cuello de la botella ha de ser menor que el diámetro mayor del huevo.

Esto que, á primera vista, parece algo difícil, no lo será si hacéis lo siguiente:

Comenzad por hacer cocer el huevo en agua hirviendo, y una vez que esté cocido, es decir, que se halle en estado semisólido, lo descascaráis.

Preparado así el huevo, echad dentro de la botella un pedacito de algodón en rama empapado en alcohol, el cual se inflama con un fósforo.

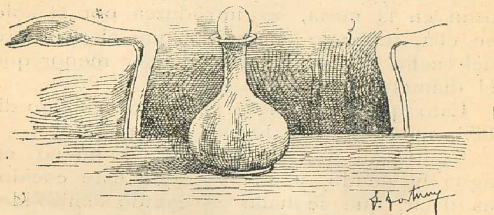
Cuando veáis que el algodón está á punto de apagarse, tapáis la botella con el huevo y notaréis que éste se va alargando poco á poco hasta que cae en el fondo, produciendo un pequeño ruido.

La experiencia está hecha: veamos ahora por qué sucede tal cosa.

Al introducir el algodón inflamado en el interior de la botella, el aire contenido dentro de

ella se ha calentado; al calentarse, se dilata, es decir, aumenta su volumen y sale, en parte, afuera.

El que queda dentro, al enfriarse, se contrae; al contraerse, ocupa menos lugar y deja una parte vacía en la botella, la cual trata



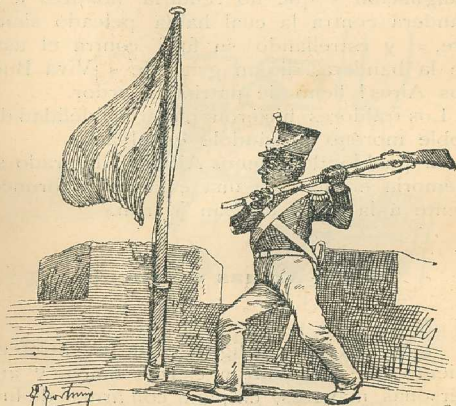
de ocupar el aire exterior: pero como se lo impide el huevo colocado á modo de tapón, empuja á éste y lo precipita al interior.

El ruido que se produce es debido, precisamente, al aire exterior que penetra en la botella detrás del huevo.

Tenemos, pues, que este fenómeno es un simple efecto de la presión del aire que nos rodea, á causa del desequilibrio que se establece entre el aire exterior y el que se halla dentro de la botella.

46. — Falucho.

TAMBIÉN entre los hombres humildes, hubo héroes y mártires durante el período de la independencia de nuestra patria, y las páginas de la historia nacional registran sus nombres con verdadero orgullo.



Antonio Ruiz, conocido entre sus compañeros de armas con el sobrenombre de *Falucho*, era un moreno nacido en Buenos Aires. Soldado del ejército de San Martín, se halló en

cierta ocasión haciendo de centinela en una fortaleza del Callao, en el Perú, cuando sus compañeros, cometiendo un acto de traición, se pasaron al enemigo, arriando del torreón de la fortaleza la bandera de la patria y enarbolando la española.

Al ordenársele á *Falucho* que presentara armas al pabellón español, exclamó lleno de indignación « que no rendiría honores á la bandera contra la cual había peleado siempre, » y estrellando su fusil contra el asta de la bandera, dió un grito de « ¡Viva Buenos Aires! lleno de patriótico ardor.

Los traidores hicieron pagar la fidelidad del noble moreno fusilándole en el acto.

El pueblo de Buenos Aires ha honrado su memoria erigiéndole una estatua de bronce, frente á la plaza de San Martín.

47. — Armas de fuego.

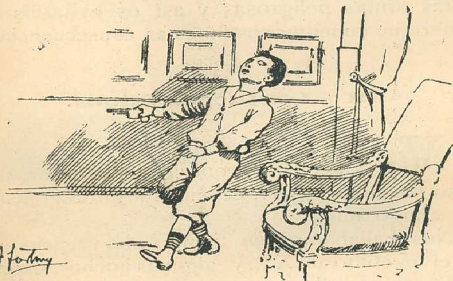
NADA más peligroso que el entretenimiento que encuentran ciertos niños y aun personas mayores, en jugar con armas de fuego. Diariamente se registran en las noticias de los diarios, casos de desgracias ocurridas por esta funesta diversión.

Queremos dar á conocer á nuestros lecto-

res uno ocurrido no ha mucho tiempo y cuyas consecuencias no fueron menos fatales.

Ricardo y Juanita, eran dos niños hijos de un hacendado de la Provincia de Buenos Aires.

Un día que el padre regresó de un viaje que había hecho hacia uno de los partidos del Sur, dejó sobre una mesita un revólver cargado.



Ricardo, como más atrevido, se apercibió de ello, y tomándolo en sus manos, llamó a su hermanita, para mostrárselo.

Curioseábanlo ambos inocentemente, cuando, sin saber cómo, escapóse un tiro que produjo una muerte instantánea a la pobre niña. A la detonación acudió la madre, la que, añadiendo quizás lo que allí había sucedido, cayó

al suelo, presa de un fuerte desmayo. Al volver en sí, había perdido el uso de su razón.

Ricardo, que aun no tenía la edad suficiente para comprender la inmensa desgracia que había producido su imprevisión, afectóse de tal manera, que estuvo largo tiempo enfermo en cama y no de poca gravedad.

Recordad esto, queridos niños, cuando se os ocurra tener en vuestras manos alguna de estas armas peligrosas y así os evitaréis el tener que lamentar sus funestas consecuencias.

48. — Los fuegos fátuos.

 VOY á contaros, queridos amiguitos, un caso bastante jocoso, del cual fué protagonista un amigo mío.

Nos hallábamos en tiempo de vacaciones en el pueblito de X.... y algunas noches, especialmente aquellas en que había luna, solíamos salir con mi amigo Valentín, á dar algunas vueltecitas para tomar el fresco.

Una noche, en la que el aire estaba cargado de humedad y en la que hacía un calor sofocante, á pesar de la obscuridad que reinaba, nos animamos á salir á dar nuestro acostumbrado paseo.

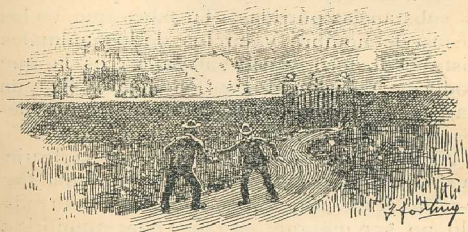
Íbamos caminando, entretenidos en una ani-

mada conversación sobre algunas plantas raras que habíamos visto ese día, cuando, repentinamente, Valentin dió un salto hacia atrás, y, tomándome por la espalda, gritome con voz temblorosa:

—Ay! Ricardo, no prosigas por Dios!...

—Pero... que te ocurre, por qué tiembblas?...

—No ves, no ves allí cerca aquellas luces que se mueven y que parecen venir hacia nosotros? Serán brujerías?



—Ja... ja... ja!... no pude menos que echarme á reir al oír la última pregunta de mi amigo y al ver del modo que temblaba señalando aquellas lucesitas.

Al ver que me reía, me miró aun con mayor asombro y comprendiendo yo, que nada sacaría riéndome de su infundado temor, resolví explicarle la causa de aquel fenómeno.

—No tiembles, le dije, lo que tanto miedo te ha causado es una cosa muy sencilla y que me extraña mucho que no conozcas aun: es un simple fenómeno físico.

—Cómo! ¿es un fenómeno físico?... Te engañas, no puede ser.

—Sí, querido, sí. Caminando y conversando nos hemos ido aproximando insensiblemente al cementerio del pueblo, y como la tierra está hoy algo húmeda, produce esas lucitas que provienen de la descomposición de los huesos y de los vapores que exhalan las sustancias pútridas. Tú sabes que en los huesos del hombre y en los de los animales existe el fósforo y esta substancia es la que produce especialmente este fenómeno. Si en un cuarto oscuro frotas una cerilla entre tus dedos verás que el resultado es el mismo.

Ya vez, pues, como esto no es una brujería sino un fenómeno físico, que se llama *fuego fátuo*. Las brujerías no existen ni han existido, no son más que engaños para atemorizar a los ignorantes.

Tranquilizado mi amiguito con estas explicaciones nos volvimos á casa, pues la hora era ya avanzada y amenazaba caer un fuerte chubasco.

EJERCICIOS DE RECITACIÓN

El Padre.

No sólo te dió la vida,
sino también el carácter,
el nombre honrado que llevas,
cuanto eres y cuanto vales.

No existe en el mundo nada
más digno, más respetable,
más augusto para un hijo
noble y bueno, que su padre.

¡Cuántos sacrificios, cuántos
de la vida en el combate,
por conservar tu existencia
y en la virtud educarte!

Él ha sido tu columna
protectora, tu buen ángel;
el sostén de tus hermanos,
el amparo de tu madre.

Respeto y amor sin tasa
al que, abnegado y amante,
es tu égida protectora
de la virtud en los eriales!

RODOLFO MENÉNDEZ.

49. — Bello ejemplo.

TENGO que contaros algo, digno de imitarse, de la niñita de quien en otras ocasiones os he hablado tanto. Me refiero á Magdalena, á esa niña cariñosa, de sentimientos nobles y de corazón bondadoso que hace la dicha de sus padres.

Magdalena por un sentimiento innato en ella, ejecuta el bien por el bien mismo sin que,



al hacerlo, piense en la menor recompensa que pudieran adjudicarle sus semejantes. Su misma modestia, su inocente candor, hacen aun más relevantes sus méritos y cualidades morales.

Hallándose días pasados en el recreo, junto

con algunas de sus compañeras que en mucho estiman ser sus amiguitas, vió que una de las niñas más pequeñas de su clase se había caído al suelo, por efecto de lo resbaladizo que estaba el piso. Ver caer la niña y correr en su socorro fué cosa de un instanté; la levanta y vé que se ha hecho una herida en la frente al chocar contra el suelo.

Nuestra amiguita saca su pañuelo para detener la sangre que brotaba en abundancia y con palabras tiernas y de fraternal cariño trata de consolar á su aflijida condiscípula. Su maestra, que todo lo había observado, acude en socorro de la niña, y, entre ambas, logran detener la hemorragia ó pérdida de la sangre.

No por esto abandonó Magdalena á su pequeña amiguita, que la agradecía, con lágrimas en los ojos, tanta bondad, sino que durante el tiempo que duraron las clases quiso tener á su lado prodigándola caricias y frases de consuelo.

Vemos, pues, como en un acto tan sencillo se demuestra la bondad de que está poseída esta envidiable criatura que apenas cuenta unos ocho años de edad. Imitadla, queridas niñas, y como ella seréis felices al veros rodeadas de las bendiciones de vuestros semejantes.

50. — Físicos terribles.

UANITO, Perico y Luisito son tres aprovechados alumnos de la clase de física y muy aficionados á los experimentos.

Cuando, por ejemplo, el profesor les explicó las propiedades de los cuerpos, y los fenómenos á que dan lugar los mismos, dispusieron nuestros amigos hacer un sin fin de ensayos!..... pero qué ¡ensayos!...

Juanito sostenía que un cuerpo, una piedra, verbigracia, siempre que la soltase desde una altura, descendería atraída por la gravedad: con lo cual estaban acordes él y su profesor. Pero Perico y Luisito, que eran un par de diablillos, sostenían lo contrario, tan sólo por el placer de hacer enojar á Juanito.

—Hagamos la prueba y veréis! dijo éste.

—Hagamos la prueba! exclamaron los otros á un tiempo.

Y dicho y hecho; en menos tiempo del que emplea un buen imán en atraer una pluma de acero, subieron los tres *físicos* á la más alta azotea que encontraron, armados con tres buenos adoquines.

—Ahora veréis, dijo Juanito, cómo soltando mi adoquín, caerá forzosamente á la calle.

—Pues verás tú, dijeron muy serios Perico

y Luisito, como nosotros tiraremos los adoquines muy altos, tanto que se perderán de vista y no caerán más.

Y soltaron á un tiempo los tres adoquines. ¡Nunca lo hubieran hechol... Cuando se disponían á cerciorarse de si las piedras habían obedecido la ley de la gravedad, oyeron grandes lamentos en la calle.



¿Qué había sido? ¡casi nada!, los adoquines habían dado en plena galera de un señor que, muy ajeno á los experimentos físicos, pasaba tranquilamente por la calle. Nuestros pequeños físicos, viendo lo apurada que era su situación, apretaron á correr y saltaron de una azotea á otra con pasmosa agilidad, verificando arriesgadas ascensiones y peligrosos descensos. No pararon hasta que Juanito les dijo:

—Basta, no corramos más; supongo que os habréis convencido de que era mía la razón.

—Claro que era tuya, dijeron Perico y Luisito, sólo que nosotros te hacíamos la contra por broma!

—Por broma! ¿Sabéis á quién no le habrá gustado la broma?

—A quién?

—Al señor aquel que ha recibido los adosquines en la galera; tres cuerpos que obedeciendo la ley de la gravedad, que los llama al centro de la Tierra...

—Han ido á parar al centro de una galera, dijo Perico.

—Y han aplastado una boya....

Al día siguiente los diarios de la capital pedían que la policía fuese inexorable en aplicar correctivo á los que apedreaban pacíficos transeúntes!

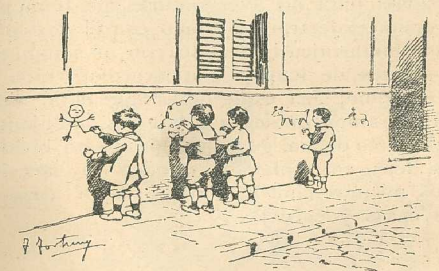
51. — Garabatos en las paredes.

HAY niños que tienen una costumbre bastante fea, por cierto.

No hay para ellos mayor diversión ni entretenimiento más laudable que el hacer, no

figuras, sino detestables garabatos en las paredes de sus casas, en las de las casas ajenas y aun en la de la misma escuela que frecuentan.

Parece que encuentran un placer especial en hacerlos aun mayormente en aquellas casas que acaban de ser pintadas ó que más delicadas son en su decorado y arquitectura.



No queremos significar con esto que les sea permitido hacerlo con aquellas de humilde aspecto ó que hace tiempo fueron pintadas; pero si queremos hacer ver con ello hasta qué punto llega su malignidad.

Los niños bien educados, los que tienen buenos instintos, respetan la propiedad ajena como si fuera la suya propia, y nunca se entretienen en dibujar ó en escribir palabras,

á veces hasta inmorales, en ninguna pared, ni en ninguna otra parte.

Los niños que frecuentan una escuela, no tienen ningún derecho para destruir las paredes del edificio, ni los bancos y útiles de que se sirven, y los que así lo hacen, deben de ser severamente castigados.

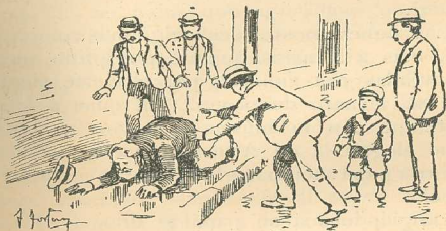
Conocemos nosotros un niño, cuyo nombre llamamos para no avergonzarle, que toma por diversión el destruir su banco con el cortaplumas y pintarrajearlo después con un sinnúmero de colores, de manera que parece un verdadero Arlequín; Así es de detestable el tal niño!

Esperamos que esos escritores, dibujantes y pintores de mal gusto, que lean esto, olviden sus feas costumbres y que en lo sucesivo ellos mismos contribuyan al mayor aseo de sus casas y escuelas.

52. — Un danzante burlado.

 ARTURITO está muy disgustado; va y viene del balcón al lado de su papá y viceversa, y su simpático rostro se contrae á impulsos de un mal humor contenido por respeto á personas superiores. Arturito tiene fuerte el genio, y al ver que las nubes arrojan agua y agua sin parar, y sin considerar que es do-

mingo, día de solaz para los niños y aun para los que no lo son, siente un coraje tan grande, que de buena gana la emprendería á palos con las nubes, ya que con su impertinencia aguan la fiesta. Porque habéis de saber, que Arturito estaba de fiesta en casa de unos parientes que, para solemnizar el aniversario de la independendia, daban un baile infantil, seguido de un refresco espléndido, en el que las masas debían consumirse al por mayor.



—Maldito tiempo!.... murmuraba Arturo á la vez que contemplaba en el gran espejo de la sala lo muy bien que le sentaba el traje nuevo, y lo elegantes que eran los zapatitos.

—Maldito tiempo!.... ¿por qué lloverá?.... ¿por qué serán tan mal educadas las nubes?... ¡tanto que me podría divertir y tanto cómo me aburriré!... Y mientras tanto llovía á cánta-

ros, como suele decirse, y las nubes, sin hacer caso de Arturo, seguían descargando agua y más agua. Las calles estaban intransitables; convertidas en ríos dificultaban el tránsito, y estaban tan resbaladizas las veredas, que menudeaban las caídas de los transeuntes que por necesidad tenían que andar por la calle.

Arturo interrogaba con la mirada á su papá, y éste, comprendiendo los deseos de su hijo, callaba y aguardaba.

—Maldito tiempo!... ¿cuándo acabará de llover?...

Las nubes mostráronse algo más compasivas, más á la fuerza que de por grado, pues empujadas con violencia por el fuerte viento que se levantó de pronto, fuéronse á otra parte, no con la música y sí con el agua. ¡Qué alegría la de Arturo!.... ya no llovía!.... ¿querría papá acompañarlo al baile aquel? ¿quién sabe!

Dirigiéndose á su papá le dijo:

—Ya no llueve!

—Pero lloverá más, le dijo el papá.

—Sí, pero mira, podemos tomar el tranvía que nos deja cerca!

—Mejor sería dejarlo correr.

Arturo no dijo nada; pero viéndose con trariado, le entraron ganas de llorar; no lloró, pero puso una cara.... ¡Jesús! ¡qué feo estaba!.... Su papá, para no disgustarlo le dijo:

—Vamos!

Salieron á la calle y, andando con dificultad, tomaron el tranvía que, en pocos minutos, los dejó cerca de la casa de los parientes. Apeáronse y cuando el mayoral pronunció el ¡vamos! de reglamento, los pobres caballos no podían arrastrar el pesado coche repleto de personas.

El cochero empezó á darles latigazos, pero ni por esas.

Arturito quiso ver en que paraba la cosa y suplicó á su papá que aguardase un poco. Nuevamente el cochero arreó y los pobres caballos hicieron un desesperado esfuerzo para seguir adelante; pero ¡oh desgracia! cuando el tranvía ya se movía, uno de los caballos resbaló y cayó quedando casi debajo del coche.

Arturo dió un grito y de buena gana hubiera ayudado á levantar al pobre animal; por fortuna no faltaron personas que lo hicieran en un momento, con gran contento de nuestro protagonista, que siguió con su papá el camino que debía conducirle al tan deseado baile y refresco.

Un pobre anciano pasó por su lado y los adelantó; caminaba de prisa; seguramente para pasarse el frío, que no era poco. A lo mejor, resbaló y cayó dando pesadamente con su cuerpo en la fangosa vereda; Arturito sol-

tó una gran carcajada al ver la figura grotesca del pobre anciano, que quedó como atontado y sin moverse.

—Mira, papá, dijo Arturo, mira que *lindo terreno compró ese atorrante*, ¡al ¡al ¡al....

Y cuando esperaba que su papá le hiciera eco en sus groseras chacotas, se encontró con dos ojos que, con severa insistencia, le miraban; ¡qué mirada! nunca la olvidará Arturo; ¡qué ojos tan severos clavó en él su airado padre, cuántas cosas le dijo en una sola mirada! ...

El pobre viejo quedó inmóvil; pero gracias á unas cuantas personas caritativas, entre ellas el padre de Arturo, pudo levantarse y seguir su camino. En cuanto al niño de nuestra historia, vió con sorpresa que su papá girando sobre sus talones, emprendió el regreso á su casa; él siguióle á corta distancia mustio y cabizbajo.

Por fin, llegaron á su casa y entraron. En el mismo instante púsose á llover fuertemente y Arturo volvió á contemplar las nubes como antes de salir; embebido estaba en la contemplación cuando sintió el contacto de una mano que se posaba sobre su hombro; era su papá: aun tenía su mirada severa y fría. Arturo tembló y contuvo el llanto mientras escuchó la siguiente corta reprimenda:

—El que compadece á un pobre ser irra-

cional es hombre de bien y de corazón; el que después de compadecer á un irracional, se mofa de un desgraciado anciano que cae y se lastima, ni es hombre ni tiene corazón y puede tener malos instintos. Por hoy se queda usted sin ir al baile, y, además, ahora mismo se acostará, á fin de que en la cama pueda reflexionar un poco sobre lo que ha hecho hoy.

Arturo rompió á llorar, y gracias al sincero llanto que vertió y á la intervención de su mamá, logró el perdón que gustoso concedió su papá, no sin antes exigir formal promesa de enmienda.

53. — No maltratéis los animales.

PERICO es un niño muy travieso, pero mucho!

Sus diversiones y sus juegos demuestran palpablemente lo malo que es su corazón.

En su casa nada puede haber en estado completo; sillas rotas, vidrios en el mismo estado, muñecas á las que á unas les falta un brazo, á otras una pierna, y así todo; de manera que por aquella casa parece que hubiera pasado una invasión de ratas.

Pero no es esto sólo; el que paga todas

sus malignidades es un pobre gatito blanco que tiene, el cual, si no ha muerto ya martirizado, es quizás porque, como suele decirse, los gatos tienen siete vidas.

Le ata cordones en el cuello hasta dejarlo medio asfixiado, le tira las orejas, le pone frenos á manera de caballo, le ata de la cola, y le pone cáscaras de nueces pegadas á las patitas á modo de zapatos.



El gato, mil veces más bueno que el tal niño, sufre estas mortificaciones sin decir *miau*; pero al fin, al verlo tan perverso y fastidioso, no ha tenido más remedio que mostrarle las uñas y darle su justo y merecido, poniéndole las manos llenas de arañazos.

Parece que el tal tratamiento no le ha gustado mucho á Perico, y que califica al gato de huraño; pero es necesario comprender que

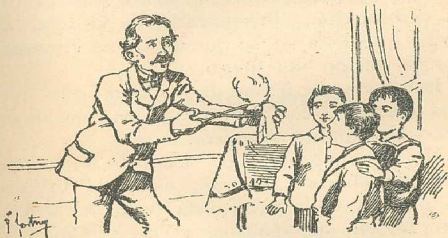
fué él el primero en ser huraño con un animalito que nada le hacía.

Que le sirva de escarmiento, y que en adelante trate mejor á los animales.

54. — Tela incombustible.

A cualquiera de vosotros se le ocurre que, aproximando una brasa de fuego á una tela, se quemará.

Y si yo os dijera lo contrario, quizás os echariais á reir con cierto aire de incredulidad.



A esos que se reirían me dirijo, pues, y les digo formalmente: que es posible poner una brasa de fuego sobre una tela, por muy delgada que sea, sin que sufra en lo más mínimo.

Y como las cosas no basta decirlas sino probarlas, vamos a la prueba.

Tomad una esfera de cobre; una de esas perillas de latón de una cama de hierro sirve perfectamente para el objeto; cubridla completamente con una tela muy fina, de muselina, por ejemplo, y procurad tenerla bien adherida á la superficie del metal.

En seguida se toma una brasa de carbón bien encendida, por medio de unas pinzas ó tenacillas y se aplica sobre la muselina.

Los incrédulos podrán convencerse, entonces, de que la tela no se quema.

Pero si aun dudaran, pueden hacer más: soplen fuertemente sobre la brasa para animar su combustión, sin separarla de la tela, y notarán que ésta ni se quema, ni se ennegrece por la acción del fuego.

Estoy viendo á uno de vosotros que mientras lee esto, está por dejar escapar de sus labios la palabra *brujería!*

No, mi amiguito, no. En esto no hay brujería de ninguna especie; más, las brujerías no existen; en la Naturaleza todos los fenómenos tienen sus causas, y la habilidad del hombre consiste en buscarlas y no en cruzarse de brazos ante su prodigiosa manifestación exclamando: «¡esto es sobre natural!» «¡es cosa de brujas!».

Pues bien, para los que no sepan por qué

la tela no se quema, que serán, por cierto, muy pocos, les diré:

El metal de que está hecha la esfera, en cuestión, es un buen conductor del calor, y, con tal motivo, atrae hacia él y conserva el calor producido por la brasa de carbón. La tela de muselina, que es muy delgada, no puede oponerse á ese paso rápido, y no llega á conservar la cantidad de calor necesario para entrar en combustión. Si la tela fuera más gruesa, llegaría á quemarse, porque, siendo mala conductora del calor, se interpondría entre la brasa y el metal, detendría el paso de aquél y concluiría por entrar en combustión. De modo que, cuánto más delgada sea la tela, mejor efecto surtirá el experimento.

55. — Amor patrio.

I

 CORRÍA el año 1813.

En un hermoso valle de la provincia de Tucumán, había una modesta casita habitada por una honrada familia, compuesta de los esposos, ancianos ya, y de dos hijos; el mayor, que era un varón, apenas contaba unos diez y nueve años, se llamaba Antonio y era

un mozo robusto é inteligente, que profesaba un cariño entrañable á sus padres y á su hermanita Isabel, niña de unos doce años, de rostro agraciado, y de corazón bondadoso.

Vivían felices y tranquilos en aquella apacible morada, donde todos habían nacido, sin que en ninguna ocasión el ángel de las desgracias hubiera cernido sobre ellos sus fatídicas alas.

Más ¡ay! que nunca la dicha ha de ser imperecedera!

Era la época en que en cada uno de los habitantes del suelo argentino latía el corazón de un valiente; era en aquel tiempo en que todos luchaban hasta perder sus vidas para afianzar la independencia de la patria.

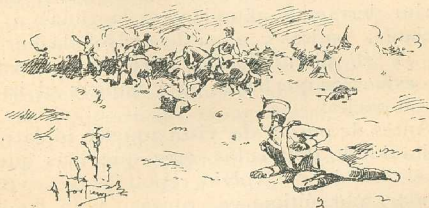
Del uno al otro confín de la República repercutía el eco de las victorias alcanzadas por el general Belgrano y sus bravos compañeros sobre las fuerzas españolas.

También llegó allí, en aquel rinconcito de paz, donde vivía aquella modesta familia, la noticia de que había hombres que luchaban, que derramaban su sangre para salvar la independencia de la patria.

Antonio, al conocer aquellas noticias, sintió que en su pecho ardía el amor hacia el suelo que le vió nacer, y se sintió fuerte para la lucha.

Olvidándose, por un instante, de aquellos seres que él tanto quería, olvidándose de aquellos pobres ancianos que tenían cifradas en él todas sus esperanzas, resolvió dejarlos para ir á combatir al lado de sus hermanos.

Imposible me sería, queridos niños, describiros el cuadro desgarrador que ofrecía aquella familia al saber la resolución que había tomado Antonio.



A las lágrimas y protestas de sus afligidos padres, contestaba:

—Comprendo vuestro dolor y vuestro cariño, sé que mi separación á todos nos aflige; pero es necesario que consideréis que hay hombres, quizás más débiles que yo, que luchan por la patria, y que ésta necesita ahora más que nunca del auxilio de sus hijos.

Dejadme partir, dejad que vuele en socorro de mis hermanos, y quién sabe si en

un día no lejano volveré al hogar paterno con los lauros del soldado y la satisfacción en mi pecho de haber combatido en favor de los derechos de mi patria!

Sus padres le escuchaban silenciosos y estaban indecisos sobre la suerte de su hijo.

Por fin, éste, haciendo un esfuerzo heróico, logró lo que deseaba: partir!

Partió, sí, partió; pero no sin antes haber hecho derramar abundantes lágrimas á sus ancianos padres y á su desconsolada hermana. ¿Y él? El no lloraba; pero bien se veían los esfuerzos que hacía para ahogar el llanto en su pecho!

Antes de perder de vista aquella idolatrada casita donde dejaba los seres que más quería en el mundo, se volvió repetidas veces para saludar, por última vez quizás, á su familia, que le seguía con la vista.

II

Antonio ingresó con resolución en las filas del ejército del general Belgrano, que en aquellos días se preparaba para tener un encuentro con las tropas realistas.

Llegó, por fin, el día 20 de Febrero de 1813, en el que tuvo lugar la batalla de Salta, y en la que las fuerzas de los patriotas obtuvieron

una victoria completa sobre las fuerzas realistas al mando de Tristán.

Antonio asistió á dicha acción, y, aunque era novel en el arte de la guerra, se le vió durante el combate pelear como un héroe.

Quizás su mismo valor, su mismo entusiasmo, le condujeron á la muerte!

Sabido es que en dicha batalla las tropas patricias pudieron hacer poco uso de la pólvora, á causa del mal tiempo, y que tuvieron que valerse de la bayoneta y de los sables.

Después de la acción, se encontró el cuerpo de Antonio completamente mutilado. Al tiempo de recogerlo sus compañeros, con voz espirante, les dijo:

—Conozco.... que hemos obtenido la victoria.... doy gracias á Dios.... por haberme dejado vivir hasta el instante... de poder exclamar.... ¡la victoria es nuestra!.... decid á mis padres que muero feliz por la patria!.... Adiós, padres; adiós.... hermana adiós!....

Al concluir estas últimas palabras exhaló su postrer suspiro!

¡Cuántos héroes como éste que no menciona la historia habrán perecido por el suelo que nos vió nacer!

Queridos niños, al leer las páginas de nuestra historia, recordad la memoria de tantos héroes, y haced en vuestro corazón un lugar de gratitud á sus nobles esfuerzos.

56. -- Pesadilla.

HACE media hora justita que he salido de la sala; el espejo, aquel del rincón, estaba entero, tanto que yo me he mirado de pies á cabeza. ¿Cómo es que ahora está hecho añicos? ¿Quién lo ha roto? ¿Has sido tú, Emilio?

—No, papá....

—¿Has sido tú, Raúl?

—No, papá...

De esta manera hablaba con sus hijos Emilio y Raúl, el bueno de don Nicasio; pero lo bueno es que no podía averiguar quién había roto el magnífico espejo de la sala.

—Dime, Emilio, ¿ha sido Raúl quién lo ha roto?....

—No, papá!...

—Vamos á ver, Raúl, ¿ha sido Emilio?...

—....¡Sí, papá!...

—Muy bien! Ya me lo temía! Ven acá, Emilio: por faltar á la verdad, ordeno que te acuestes sin comer.

—Está bien, papá.

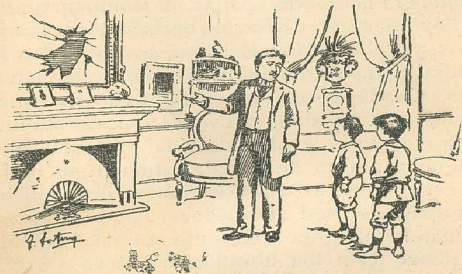
Emilio se acostó obedeciendo el riguroso mandato de don Nicasio, y Raúl, si bien comió con sus papás, permaneció callado y abatido.

—Por qué no estás alegre? le decía su buen padre. ¿Por qué estás pensativo? ¿acaso por qué

castigué á Emilio?; merecido lo tiene por embustero. En cambio, tú eres bueno.

Raúl se puso colorado como una amapola, suspiró y calló.

Poco después de comer pidió permiso para acostarse, y, concedido éste, se retiró á su habitación que le pareció un inmenso desierto!



Un desierto mayor que el Sahara de África, un desierto ardiente, arenoso y árido por demás. Raúl dió un grito terrible, que se perdió en la inmensa llanura, y sólo fué contestado por el lejano rugido de un león al que siguieron otros muchos, formando aterrador concierto.

Como obedeciendo á un mandato del rey de la creación, aparecieron viles reptiles que arrastraban sus asquerosos cuerpos por la caldeada arena....

Raúl se estremeció y viendo que pronto sería comido por las serpientes, púsose en fuga y atravesó la llanura sin llegar jamás á su fin. ¡Qué angustia! ¡cómo le ardían los pies! ¡cómo secaba sus fauces el ardoroso ambiente del desierto!

Sintió sed, una sed avasalladora, irresistible y que era necesario apagar. Y ¿cómo apagarla?

Por fin, creyó divisar un oasis allá lejos, muy lejos, y á él dirigió sus pasos con el ansia del náufrago que cree hallar la tabla de salvación. Corrió, corrió, y, por fin, pudo oír rumor de agua..... ¡estaba salvado! pobre Raúl!... Llegó al oasis y ¡oh maravilla! encontró una magnífica ánfora de cristal destinada, sin duda, á servir de vaso á los sedientos que quisieran apagar su sed abrasadora; cogiela ansioso y cuando el agua rebosaba en ella, cuando el pobre Raúl iba á recobrar nueva vida,.... ¡zás!.... rompiósele en las manos la magnífica ánfora, derramándose el precioso líquido, que pronto fué sorbido por la arena, no menos sedienta que nuestro amigo.

Al ruido que produjo el ánfora al romperse, acudió un gigante armado de punta en blanco y blandiendo un sable que no tenía fin:

—Tú has roto el ánfora y tú morirás, dijo, dirigiéndose á Raúl. Este púsose á temblar como un azogado, y cuando ya se despedía del mundo, oyó una voz que decía:

—He sido yo! he sido yo, señor gigante!...

Era Emilio que salvaba con su presencia y confesión al hermano que tan falsamente lo delató. Emocionado Raúl abrazó á Emilio, y, cuando estuvieron apretados, el gigante les dió un punta pie y los arrojó al pozo...

El golpe fué terrible y desvaneci6 á Raúl que, al volver en sí, se encontró ... debajo de la cama, aterido de frío y con un chichón en la frente que parecía un durazno!

Todo había sido un sueño, motivado, sin duda, por el remordimiento de su conciencia!
¡Cuidado con las falsas delaciones, amiguitos!

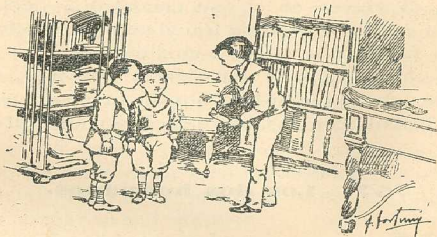
57. — Los dos hermanos.

MANUEL y Alfredo son dos niños de un carácter sumamente bondadoso, y reúnen en sí tales condiciones de virtud, que se atraen insensiblemente el aprecio de todas las personas que los conocen. Sus padres les bendicen, y sienten un gozo infinito al verles tan buenos y tan cariñosos.

Entre ambos reina la mayor armonía y el más acendrado afecto, como ha de ser el que debe existir siempre entre hermanos; nunca una golosina, un juguete, un traje, puede ser entre ellos motivo de rencor.

Manuel, que es el mayor, apenas cuenta unos nueve años, y á pesar de su corta edad y de su poca experiencia, sabe perfectamente que debe proteger y ayudar á su hermanito Alfredo, que le respeta y escucha sus consejos como si se los diera su papá.

Da gusto verles siempre juntitos en sus



juegos y en sus estudios, con sus caritas risueñas y su aire bondadoso. Manuel, aunque más adelantado en sus estudios, no se olvida tampoco de su pequeño hermanito, y en las horas que dedica á cumplir con sus deberes escolares, se le ve amoroso, con una anagnosia en la mano, enseñando la lección á Alfredo, al que no tiene que repetírsela muchas veces, pues está tan contento de su maestro, que pone en ello toda su atención.

Días pasados estuve en la casa de estos niños, y preguntándole á Manuel si quería mu-

cho á su hermano, me contestó con toda la ingenuidad infantil:

—¿Sí le quiero?..... Oh!, sí señor, sería capaz de morir por él!

Amados niños, vosotros los que tenéis la dicha de poseer hermanos, tratad de imitar á estos excelentes niños. Acostumbraos á respetar y á querer á vuestros hermanos porque ellos son vuestros mejores amigos ellos no os engañarán, y os darán consuelo en medio de las desgracias.

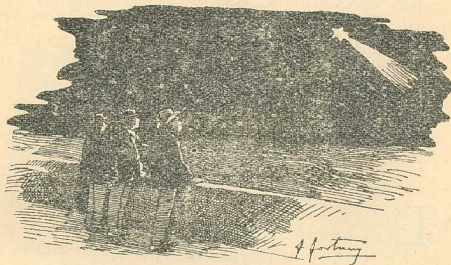
58. — Los cometas.

LOS *cometas*, tan temidos por los supersticiosos y los ignorantes, porque dicen que llevan en la cola (como si fueran bolsas) la peste y la guerra, no son más que astros que giran tranquilamente alrededor del Sol, sin que les importe nada lo que de ellos digan los hombres.

Pero estos astros son muy raros, su nombre significa astro con *cabellera*, no porque lleven cabellos, sino porque á ella se parece el rastro luminoso que los acompaña y que, también, se llama *cola*. El punto de donde arranca esta cabellera, está formado por una aureola vaporosa en la que hay un núcleo lu-

minoso y cuyo conjunto forma lo que se llama la *cabeza* del cometa.

Hay que advertir, también, que algunos cometas suelen tener más de una cola, formando una especie de abanico y que otros carecen de ella.



Estos astros giran alrededor del Sol, como ya hemos dicho; pero no lo hacen como los planetas á lo largo de curvas cerradas casi circulares, sino que sus órbitas ó caminos están formados de curvas sumamente alargadas.

Algunas veces suelen acercarse tanto al Sol, que parece van á hundirse en su atmósfera incandescente y otras se alejan tanto, que apenas reciben sus rayos. Algunos suelen aparecer en períodos determinados y en espacios de tiempo sumamente largos, que se cuentan, á veces, por millares y centenas de millares de

años. Otros tienen periodos más cortos, pudiéndoseles ver cada tres, cinco, seis, siete, trece, ó más años.

Como véis, pues, queridos amiguitos, razón tenemos en llamarles raños á estos astros; pero nunca maléficos, porque ellos no se meten con nosotros.

Leed con detención los libros que tratan de los fenómenos celestes y yo os aseguro que, cada vez, os admiraréis más de la grandeza del Universo.

59. — Pintor de mal gusto.

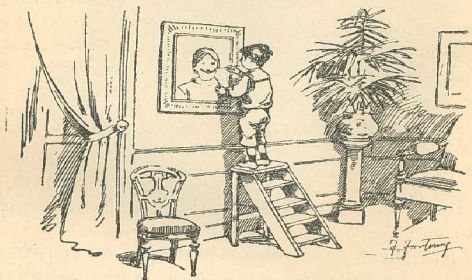
LFREDO es un niño muy aficionado á la pintura. Su afición no tiene nada de reprochable; pero sí lo es su mal gusto.

El otro día, su papá le compró una cajita de colores, y Alfredo en vez de hacer algo pasable ó algo útil, se entretuvo en pintarrajear todas las laminas de los libros de su papá y las de los suyos.

Pero sus hazañas no concluyen en esto sólo. En la sala de su casa había un magnífico retrato de su mamá, pintado al óleo, y Alfredo queriendo enmendar la plana al pintor que lo había hecho y creyendo que él lo haría mejor, se subió sobre una silla y le agregó unos tremendos bigotes.

Entretenido estaba en esta operación, cuando le sorprende su mamá; al oírla, Alfredo se tiró de la silla y dejó caer el tarrito de las pinturas, manchando así sus vestidos y el alfombrado.

Confuso y rojo de vergüenza, no supo qué contestar á la severa reprimenda que le dió su mamá.



Esperamos que habrá salido del funesto error en que se hallaba al querer pintar bigotes al retrato de su mamá, y que no tomará como juguetes objetos que debe admirar y respetar.

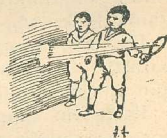
Póngase á la vista buenos modelos y trate de imitarlos, lo mejor posible, sobre otro papel y así, poco á poco, á modo de diversión, irá acostumbrando su vista y su mano á hacer cosas buenas,

¿Y quién sabe si algún día llegará á ser un artista? Nosotros así lo deseamos!

60. — Los espejos.

SEGURÍSIMO estoy que á muchos de mis simpáticos y pequeños lectores no se les ha ocurrido pensar que un espejo sirve para algo más que el verse en él retratado, manifestando al hombre, con terrible veracidad, la huella que va dejando el tiempo acompañado de las fatigas y de las enfermedades.

Larga, curiosa y entretenida es la historia de los espejos; desde el cristalino y límpido arroyuelo en que se reflejaba el rostro de nuestra primera madre Eva, hasta la purísima luna de Venecia adornada de riquísimo marco dorado en que se miran hoy nuestras damas elegantes, se han sucedido ensayos y transformaciones que patentizan el grado de adelanto de los pueblos del Viejo Mundo.



¡Cuántas maravillas deben las ciencias y el arte á los espejos!

Un espejo no es solamente un trozo de cristal en que se refleja nuestro rostro; cualquie-

ra superficie perfectamente lisa y pulimentada de un cuerpo opaco es, también, un espejo. Los antiguos no contentos, como Narciso en ver su faz reproducida en las aguas de los lagos y arroyos, idearon hacer espejos de metal; primeramente los hicieron de cobre, de estaño, de hierro y de bronce, y, más tarde, para halagar la vanidad y corresponder á las exigencias del lujo, se hicieron hasta de plata y de oro; pero estos espejos resultaban sumamente caros y, además, delicados, pues se oxidaban y rayaban con mucha facilidad, por lo que había que guardarlos cuidadosamente en estuches á propósito.

Los que hoy usamos, se dice que fueron inventados por los venecianos hacia el siglo VIII; se componen de una lámina de cristal, más ó menos gruesa, en una de cuyas caras se adhiere una capa de azogue (amalgama de estaño y de mercurio).

De este modo se obtienen espejos muy baratos, al alcance de todos los bolsillos, y que duran indefinitamente.

Pero sin quererlo voy entrando en lo que vosotros debéis saber tan bien como yo, apartándome del objeto de esta conversación, que es el de daros á conocer los diferentes usos y aplicaciones de los espejos.

Por medio de una combinación de espejos planos se obtiene un bonito y sencillo apa-

rato que todos vosotros debéis conocer, el *caleidoscopio*.

Se compone de un tubo de cartón en cuyo interior se hallan dispuestos, en forma de prisma triangular, tres espejos iguales. En una de las bases del tubo hay un agujero que sirve para mirar al interior, y la otra, está cerrada por dos discos: el que se halla en el interior, de cristal, y el otro, de mica ó bien de vidrio deslustrado.

Entre los dos discos citados se ponen pedacitos de vidrios de varios colores, piedrecitas, pequeños pedazos de papel de color, cuentas y otros objetos pequeños. El triángulo equilátero que forma la base del prisma se reproduce un número infinito de veces en los espejos laterales, y con él los objetos encerrados en el fondo.

Al verificarse esta reproducción se forman una porción de exágonos regulares, en cuyos ángulos resultan magníficas y caprichosas estrellitas exagonales que cambian de figura y de color á cada pequeño movimiento que se imprime al aparato.



En la *cámara obscura*, empleada para reproducir paisajes por medio del dibujo, se hace también uso de un espejo incoloro, colocado en el fondo de la caja de madera, frente á la abertura por donde penetra la luz,

y con una inclinación de un ángulo de 45° de modo que las imágenes se reflejen hacia arriba y sobre un vidrio deslustrado, en el que se reproducen, con toda claridad, en los detalles y colores, los objetos que se encuentran en la parte exterior.

Las diversas combinaciones que pueden darse á varios espejos planos, da lugar á efectos bastante curiosos. Como por ejemplo: la que se emplea para ver desde el interior de una habitación la persona que llama á la puerta ó lo que sucede en la calle; el *polinoscopio*, usado en los campos de batalla para observar las obras de defensa de los sitiados; la *cabeza parlante*, juego óptico, que se obtiene por medio de la combinación de dos espejos planos inclinados á 45° sobre las paredes de una sala; la imagen del piso y la de las paredes se ajustan con los objetos y la cabeza de una persona colocada detrás de los espejos aparece aislada en la parte superior de éste.



El arte teatral se vale, también, de la combinación de los espejos planos para presentar en escena seres vaporosos ó *espectros*.

Los espejos esféricos tienen también varias, importantes y curiosas aplicaciones: reflectores, faros, oftalmoscopios, larin-

goscopios, endoscopios, anamórfosis, espejos mágicos, etc.

No bastarían todas las páginas de este libro si describiera una á una todas las cosas en las que desempeñan un papel importante los espejos planos ó esféricos; me concretaré, pues, á indicáros las simplemente, y para terminar esta conversación, que ya ha de comenzar á seros pesada, voy á daros la explicación de un pequeño aparatito que vosotros mismos podéis construir y con el cual podréis ver lo que sucede á vuestras espaldas sin necesidad de volveros.

Construid con cartón un prisma cuadrangular cuya base tenga dos centímetros por cada lado y las aristas laterales seis centímetros. Se cierra una de las bases y se coloca interiormente, en el sentido de la diagonal de las caras laterales, un espejito plano, el cual formará un ángulo de 45° ; en la cara opuesta á la del espejo, se practica una pequeña abertura en forma de corazón y se tendrá concluido el aparato.

Para usarle, bastará colocar la abertura de la base descubierta del prisma hacia la espalda y aplicando el ojo en la abertura lateral se verá todo lo que haya detrás reflejado en el espejito.

EJERCICIOS DE RECITACIÓN

A mi bandera.

Página eterna de argentina gloria,
Melancólica imagen de la patria,
Núcleo inmenso de amor desconocido

Que en pos de tí me arrastras,
¿Bajo qué cielo flameará tu paño
Que no te siga sin cesar mi planta?

¡Cuando el rugido del cañón anuncia
El día de la gloria en la batalla,
Tú, como el ángel de la inmensa muerte,

Te agitas y nos llamas!
¡Allá voy, allá voy sobre las olas,
Allá voy, allá voy sobre la pampa,
Bajo el cañón del enemigo injusto
A levantarte un trono en su muralla!

¡Ah! ¡que la sombra de la noche eterna
Me anuble para siempre la mirada,
Si un día triste te vieran mis ojos

Huyendo en la batalla,
Página eterna de argentina gloria,
Melancólica imagen de la patria!

JUAN CHASSAING.

61. — Gonzalo y su caballo.

GONZALITO es un niño muy inteligente y vivaracho. Complacido su papá de su ejemplar conducta, resolvió el otro día regalarle un hermoso peticito; podéis figuraros, amados lectores, cómo se pondría de contento Gonzalo al verse dueño exclusivo de un caballito! Lo miraba, lo acariciaba y lo volvía á acariciar pasándole la mano por el lomo y hablándole con palabras amorosas como si el caballo le entendiera.

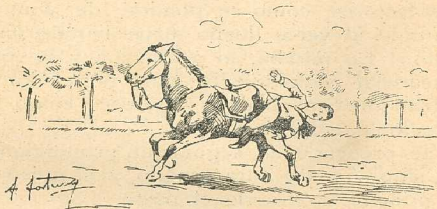
Se preocupó en seguida de proporcionarle un sitio cómodo para tenerlo y él quiso ser el primero en traerle el pasto.

Lo que más interesaba también á Gonzalito, era el poder andar en él y como su papá le había dicho que sólo se lo consentiría los domingos, siempre que se hubiera portado bien en la escuela durante la semana, hé aquí por qué le parecía que nunca había de llegar el dichoso domingo.

El transcurso natural del tiempo hizo que, al fin, llegara el tan deseado día y como nuestro amiguito se había portado bien, su papá le dió el permiso necesario para que inaugurara sus paseos á caballo. A Gonzalo no sabía lo que le pasaba, saltaba loco de con-

tento, iba de un lado al otro y ya le parecía encontrarse en las Avenidas de Palermo mostrando á sus relaciones que él también sabía manejar un caballo

A la hora conveniente, salió acompañado de su papá y dirigióse hacia Palermo tomando la Avenida Alvear y pasando por el paseo de la Recoleta.



Su papá le había prevenido que no confiara del todo en su pequeño caballo, pues aunque era sumamente manso, algunas veces solía asustarse.

Nuestro amigo hizo propósito de no olvidar el aviso; pero luego veremos que esto de nada le sirvió.

Poco después de llegar al gran paseo, Gonzalo se encontró con varios amiguitos y, como es consiguiente, lo primero que hizo fué contarles el por qué se veía dueño de tan bonito animal. En lo más entretenido de su

conversación estaban estos niños, cuando unas hojas arrastradas por el viento, fueron causa de que se asustara violentamente el caballo de Gonzalito y echara á correr. El jinete, que no esperaba tal salida, cayó á tierra, no produciéndose, felizmente, más que un chichón en la cabeza. Algunas personas acudieron en su auxilio; pero nuestro amigo se levantó sonriendo y, dándoles las gracias, les dijo:

— «Esto me servirá para que otra vez sea más precavido!»

Su papá, que se había asustado grandemente, se tranquilizó al ver la serenidad de su hijo, no obstante le hizo algunas observaciones provechosas.

Volvieron á su casa y Gonzalo, que había recibido una lección algo dura de equitación, se convenció que para ser jinete no basta desearlo, sino practicarle.

62. — Lo más precioso.

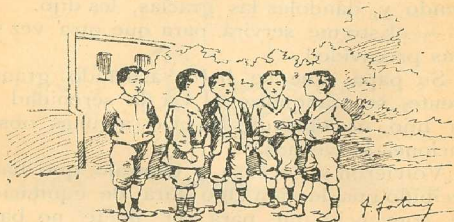
RICARDO, que es un niño bastante inteligente y despejado, reunió el otro día en su casa á varios de sus amiguitos y les propuso, como juego para pasar el rato, el que adivinaran objetos que él previamente escondería en su bolsillo.

Conformes todos sus camaradas con lo que les proponía, empezó de este modo en su entretenido juego:

—Amiguitos, adivinad el objeto que tengo en el bolsillo, sólo os diré que es un objeto bastante precioso.

—Será un brillante, dijo uno de los niños.

—Un anillo, dijo otro.



—Un reloj de oro.

—Un lapicero de oro.

—Una esmeralda.

—Un rubí.

Y así, cada uno de los presentes fué nombrando un objeto á cual de más valor; pero Ricardo á nadie decía que hubiera acertado.

—Nos engañas, —dijéronle sus compañeros, —alguno de nosotros ha de haber acertado y tú por no darte por vencido, no quieres mostrárnoslo.

—Que lo muestrel dijo uno de ellos.

—Que lo muestre!.... Que lo muestre!.... repitieron todos.

—Siento que así dudéis de mi buena fe,—replicó Ricardo;—pero debo advertiros que ninguno de vosotros ha dado con el nombre del objeto que tengo en el bolsillo. Si queréis, os dejaré pensar aun, y si lo contrario, y os dáis por vencidos, os mostraré el objeto.

—Bien! sí, nos damos por vencidos, dijeron sus amiguitos.

—Aquí lo tenéis, dijo Ricardo con aire triunfante y llevando en la mano un trozo de tierno y blanco pan.

—Pan!!!... dijeron unos.

—Pan, pan!!!... repitieron otros con cierto desprecio.

—Nos ha engañado! dijeron otros.

—Sí, señores, replicó entonces Ricardo, es pan y no os he engañado, puesto que es lo más precioso que yo conozco. Nada hay comparable á él, ni joyas, ni oro, ni brillantes, ni piedras preciosas de ninguna especie.

¿Qué haríamos nosotros sin el pan? ¿De qué nos serviría el oro y todo eso que halaga la vanidad y sostiene el lujo, si no tuviéramos este precioso alimento que sostiene tanto al rico como al pobre?

Sus compañeros concluyeron por darle la razón; pero uno de ellos, no satisfecho del todo, dijo:

—Si, pero con el oro se puede comer!

—No siempre, querido mío, y al efecto voy á contaros un cuentito que os lo probará.

63. — El rico avaro.

HE leído, amigos míos, no recuerdo en qué libro, que en un tiempo no lejano existía un hombre que poseía inmensas riquezas en joyas y monedas de oro y de plata. La posesión de tantos tesoros, lejos de servirle de felicidad, eran para él una especie de roedor continuo que no le dejaba vivir en completa tranquilidad un solo minuto.

Tenía esposa é hijos; pero como su único dios y su única familia lo constituían las relucientes monedas y las brillantes joyas, dudaba hasta de la honradez de los suyos, y temía siempre que pudieran robarle. Estaría demás contaros los muchos sufrimientos porque pasaba su inocente familia.

Desconfiado y temeroso, un día mandó llamar á un albañil para que le construyera un sótano en paraje de él sólo conocido y que se cerrara secretamente. Como el secreto debía ser sólo por ambos conocido y temiendo que el albañil algún día lo vendiera, le hizo venir á su casa vendándole los ojos

y haciéndole dar grandes rodeos en un coche. Luego que le tuvo en su casa, no le permitió salir hasta que hubo concluido su trabajo. Inútil será decirlo que, cuando el sótano fué terminado, el albañil fué transportado á su casa del mismo modo que de ella fué sacado, y no sabía verdaderamente adónde había estado trabajando.

Más tranquilo el avaro por la seguridad de sus tesoros, aprovechaba siempre del sueño de su familia y del silencio de la noche para entregarse á la contemplación de sus cuantiosas riquezas.

Pero sucedió una noche que, al hacer su acostumbrada visita, olvidó colocar convenientemente el resorte con que podía abrirse la puerta que cerraba herméticamente el sótano y al querer salir se encontró que era completamente imposible.

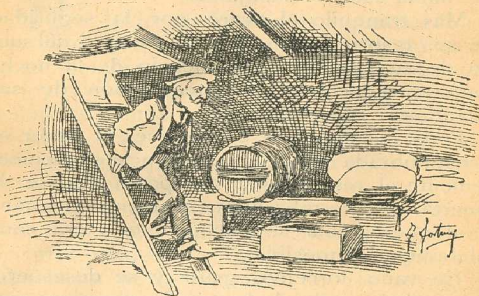
En vano forcejeó, gritó y se desesperó, ¿cómo habían de darle auxilio si aun su propia familia desconocía tal secreto y el espesor de las paredes apagaba sus quejidos?

No le quedaba más esperanza que la muerte. ¡Y qué muerte más violenta y espantosa la suya! ¡Verse allí rodeado de inmensos tesoros y no tener siquiera una mano salvadora, un solo mendrugo de pan para aplacar su hambre voraz!

¡Tenía mucho oro!; ¡pero de qué le servía

si con él no podía prolongar su existencia? De seguro que en aquellos momentos lo hubiera dado todo por un solo pedazo de pan!

Alarmada la familia al día siguiente por su ausencia, sin tener noticias de su paradero y previendo alguna desgracia, ocurrieron á la policía y á los diarios, quienes dieron



la noticia de la estraña desaparición de dicho señor, haciendo las recomendaciones y averiguaciones necesarias.

El albañil qua había construido el sótano, leyó por casualidad la noticia, y figurándose lo que había sucedido, presentose á la policía manifestando lo que le había ocurrido con un señor, que creía era el mismo que se buscaba.

La policía tomando en cuenta la declaración prestada por el albañil, mandó á éste con uno de sus agentes para que en la casa del desaparecido se hiciera un registro prolijo, hasta ver si se daba con el sótano secreto.

Así se hizo, hasta que el albañil reconociendo la pieza donde había estado exclamó:

—¡Aquí está! ¡Esta es! y levantando el resorte que en aquel momento él sólo conocía, descubrió una abertura oscura de la cual salió una bocanada de aire sofocante. No había duda, allí estaba el que se buscaba; pero se llegaba tarde y la muerte había ya concluido su obra. ¡Qué cuadro más espantoso! ¡Aquello parecía un castigo á la avaricia de aquel hombre!

Hé aquí, amigos míos, el cuento que quería referiros, dijo Ricardo, supongo que no afirmaréis ahora que lo más precioso es el oro y las joyas.

—¡Oh! no, repitieron todos y levantándose se despidieron hasta la tarde siguiente.

64. — Hija modelo.

MPEZABA el año de 1885. En una humilde casita de la calle de Moreno, vivía una

señora viuda, anciana y algo enferma, acompañada de una hija que contaba, por aquel entonces, unos doce años de edad. Como los recursos de que podían disponer, eran bastante escasos, se veían en la necesidad de trabajar para ganarse el sustento.

Gracias á que Leonor, así se llamaba la niña, en mejores tiempos había recibido una educación esmerada, en la que no se había olvidado de hacerla práctica en las labores



domésticas, pudieron, sin sentirlo, hacer frente á sus múltiples necesidades.

Al efecto, la buena señora buscó una tienda donde les dieron bastante trabajo en coser ropa blanca y, desde entonces, se las veía á las dos trabajar desde por la mañana hasta la noche y sin que por ello se quejaran; muy al contrario, daban más bien gracias á ese medio honroso que les facilitaba el sustento y las comodidades de una vida arreglada.

Leonor, lejos de pensar en los juegos y diversiones á que se entregan las niñas de su edad; lejos de pensar en modas, vestidos, joyas y vanidades del lujo, cada día se entregaba con más ahinco á sus labores para ver de conseguir cierto descanso á su pobre madre.

De este modo y gozando de la dicha que proporciona el trabajo, la honradez y la satisfacción del deber cumplido, transcurrió el tiempo hasta mediados del año 1886, en el que nuestra heroína volvió á sufrir nuevas y amargas puebas de su amor filial.

La madre, anciana ya y abatida por la cruel enfermedad de que hacía tiempo venía sufriendo, y si agregamos á esto la labor diaria de esos últimos años, acabaron por postrarla en cama, con grave peligro de su existencia.

Leonor, aunque consternada por los sufrimientos de su buena madre, no por esto se desanimó y redoblando sus esfuerzos, trabajaba hasta altas horas de la noche, cerca de la cama de la enferma, á la que consolaba con sus tiernas caricias y prediciéndola días más felices y bonancibles.

¡Hacía hermosos proyectos para cuando su querida madre estuviera buena y la decía:

—Mamá!, mamá!, tú te afliges sin razón; tus padecimientos cesarán pronto y entonces

yo te prometo que me pondré aquel vestido que tanto me gusta y que tú me regalaste el día de mi santo; juntas saldremos á pasear; iremos á los alrededores de la ciudad para recrear nuestros ojos con las vistosas flores de los jardines; ya verás qué contenta te hallarás entonces!

- Ah! hija mía. .. bendigo mil veces al cielo por haberme concedido una hija tan buena y tan virtuosa! Tus palabras son un bálsamo consolador para mi alma abatida; pero....mi cuerpo desfallece,.... mis fuerzas son cada día más débiles,.... yo me siento morir!....

—Oh! no, mamá, aunque tú lo digas, Dios no lo querrá; no es posible que permita que tú, tan buena, tan cariñosa, abandones á tú hija en la triste orfandad!....

—Hija mía! Esa idea es la que más me aterra, te veo trabajar con exceso; sé que eres buena, honrada y virtuosa; ¿pero qué será de tí, sola en el mundo, sin una mano bienhechora que te dirija por el camino del bien y te aparte de las huellas del vicio? Oh! sólo esto me hace padecer y sentir el abandonar la vida! ...

Madre é hija ahogaron un sollozo, como si temieran que las lágrimas de la una concluyeran de afligir más á la otra.

La enfermedad siguió su terrible curso. La

medicina fué impotente para salvar aquella presa de la muerte! La buena anciana exhaló su último suspiro en los brazos de su idolatrada hija, que se sintió incapaz de luchar con un enemigo tan superior á sus fuerzas.

Cayó arrodillada á la cabecera de la cama y asiendo una de las heladas manos de la que tanto la había querido, la bañó en copioso llanto, mientras sus trémulos labios elevaban una oración sencilla; pero pura, á las regiones del Sér Supremo.

¡Parece increíble que en un cuerpo tan pequeño cupiera un alma de tanto temple!

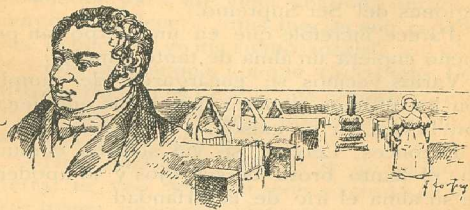
Varios vecinos se encargaron de cumplir con los últimos deberes que había que llenar con la que ya no existía.

Entonces, Leonor, se vió sola en el mundo, el llanto brotó de sus ojos y se apoderó de su alma el frío de la orfandad.

Una familia caritativa y de costumbres ejemplares la amparó; con ella vive aun hoy día apreciada y tratada como una hija por sus virtudes excepcionales. No por eso olvida á la que le dió el sér; prueba de ello es ver en el cementerio una humilde sepultura, cuyas flores se renuevan todas los días de fiesta!

65. — Don Bernardino Rivadavia.

MUCHAS veces vuestros labios habrán pronunciado el nombre de Rivadavia y, en himnos cantados con vuestras infantiles voces, habréis recordado una de sus principales glorias, cual lo es la de ser el fundador de las escuelas para el pueblo.



También los huérfanos, los pobres y los desvalidos bendicen su nombre, porque gracias á sus esfuerzos y sabias medidas hallaron seguro y protector asilo.

Elegido primer Presidente de la República Argentina, Don Bernardino Rivadavia renunció al poco tiempo, embarcándose para Europa, donde murió, en la ciudad de Cádiz, España; sus queridos restos descansan en la patria adonde llegaron el año 1857.

66. — Arquímedes.

MUCHAS veces al bañaros, habréis notado que vuestro cuerpo dentro del agua parece mucho más liviano, pudiendo moverlo de un lado á otro sin gran esfuerzo.

Igual cosa os habrá sucedido al sumergir un cuerpo cualquiera, insoluble, dentro del agua; si apenas podíais con él fuera del líquido elemento, dentro de él os parecería ser cosa insignificante.

Ahora bien, ese fenómeno que tan poco os habrá preocupado, el cual ni os habrá llamado la atención, preocupó mucho, hasta quitarle el sueño durante algunas noches, á un sabio llamado *Arquímedes*, dotado de un talento prodigioso y que vivió en Siracusa, antigua ciudad de la isla de Sicilia, unos doscientos años antes de venir al mundo Jesucristo.

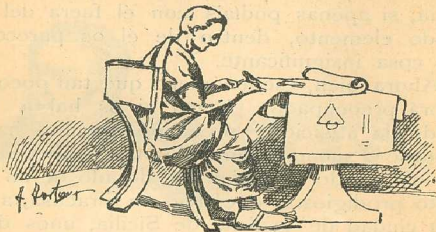
Ese fenómeno tan sencillo, dió lugar al descubrimiento de un principio que aun hoy día se conoce en los estudios de la Física con el nombre de *principio de Arquímedes*, el cual dice: «*Todos los cuerpos sumergidos en el agua pierden una parte de su peso, igual al del agua que ocuparía su lugar*».

Y ahora que ya váis explicándoos algo el fenómeno aquél de que os hablaba, me pa-

rece veros deseosos de saber cómo el sabio Arquímedes descubrió esa verdad.

Pues escuchad: Según refieren antiguas crónicas, hubo allá en Siracusa un rey llamado Hierón II, el cual tuvo el capricho de mandar hacerse una corona de oro.

Al efecto, entregó al mejor joyero de la ciudad 128 onzas de oro puro, encargándole hiciera una verdadera obra de arte.



Inútil es decir que el artífice puso sus cinco sentidos en contentar á su soberano y cuando la corona estuvo terminada, la presentó solemnemente á su dueño, quien no pudo menos de quedarse admirado ante tal maravilla del arte; pero como era algo desconfiado, sospechó al mismo tiempo, que el joyero no había empleado en ella todo el oro entregado.

Hizo pesar la corona y vió que el peso era exactamente de 128 onzas; pero bien po-

día suceder que una parte del peso del oro se hubiera reemplazado con el de cobre, lo cual hubiera sido fácil comprobarlo por medio de la fundición; pero como no quería que se destruyera una obra de arte tan espléndida, acordose de un sabio que vivía en su corte para consultarle el caso.

Este sabio, que no era otro que el célebre Arquímedes, viose apurado en el primer momento ante aquel problema que se le presentaba y estuvo durante muchos días y muchas noches preocupado en resolverlo.

Una tarde, estando en el baño, observó que su cuerpo dentro del agua, por poco esfuerzo que él hiciera, se mantenía sin irse al fondo, de lo cual dedujo que los cuerpos sumergidos en el agua disminuyen de peso.

Esto, al parecer, tan insignificante, fué para Arquímedes un rayo de luz, y en su mente vió ya resuelto el problema de la corona del rey, y lleno de gozo, sin acordarse de dónde estaba, echó á correr desnudo por las calles de la ciudad gritando: *¡eureka!* *¡eureka!* lo cual en griego quiere decir: *¡ya lo hallé!* *¡ya lo hallé!*

Analizada la corona por el medio descubierto por Arquímedes se vino á saber que el joyero había robado al rey unas 15 onzas y media de oro, por lo cual sufrió un ejemplar castigo.

Y ahí tenéis cómo la avaricia de un pícaro hizo que un sabio hallase un principio universal en Física, inmortalizando, su nombre.

67. — Antonio.

NTONIO es un niño muy apreciable por sus condiciones morales é intelectuales. Alumno de una de las escuelas de esta Capital, se ha distinguido siempre en ella por su carácter franco, leal y generoso. Sus condiscípulos le estiman y están convencidísimos de que sus labios jamás pronunciaron una sola mentira.

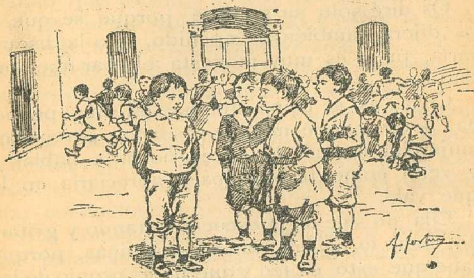
Como él no sabe mentir, cree que los demás han de hacer lo mismo y de aquí proviene el que algunas veces suela engañarle uno ú otro compañero, contándole cosas inverosímiles que él cree á pies juntillos.

Días pasados, uno de sus camaradas, muchacho en cuya cara se revela toda su picardía, le contó que en una excursión que había hecho con su papá á Bahía Blanca, había visto un zorro como un gato cuya cola medía cerca de tres metros de longitud.

Antonio no podía imaginar que su compañero le mintiera tan descaradamente y así es que se lo creyó.

Llegado el día y la hora en que tocaba la clase de Zoología, Antonio se levantó de su asiento y pidiendo permiso á su profesor para preguntarle algo sobre las costumbres de los zorros, añadió que había oído decir que algunos del tamaño de un gato, tenían la cola de cerca de tres metros.

Oír esto sus compañeros, incluso el que se lo había dicho, y soltar una estrepitosa carcajada, fué todo cosa instantánea.



Antonio quedó confuso; el profesor reconvinó á la clase diciendo que no era motivo de risa el que un niño se equivocara, y que esperaba que esto no volviera á suceder; luego dirigiéndose á Antonio, le dijo:

—Me parece, amigo mío, que te han engañado!

—Señor,—replicó entonces Antonio,—creyendo que fuera más fácil encontrar zorros con cola de tres metros, que un solo hombre embustero, es que hice á Vd. esa observación.

68. — Celia ó la niña modelo.

ONozco una niñita que verdaderamente merece ser presentada á mis queridos y pequeños lectores.

Os diré sólo su nombre, porque sé que si os dijera también su apellido, esto la disgustaría, pues es muy modesta á la par que bondadosa.

Celia, así se llama, aunque es muy pequeña, porque tiene muy pocos años, parece una mujercita formal. Es necesario oírla hablar y verla como trabaja, para apreciarla en lo que vale.

Ella no sale de la escuela saltando y gritando, como lo hacen otras muchas niñas, porque sabe que esto es feo y que no es propio de las niñas bien educadas; en saliendo, con su canastita en una mano y el telar en la otra, se dirige directamente á su casa donde su buena mamá la espera con un cariñoso beso, que ella aprecia más que todos sus juguetes y sus joyas.

Toma en seguida un ligero refrigerio para

esperar la hora de la comida, y en vez de jugar, saltar ó molestar á los sirvientes, como lo hacen sus hermanitos, cuenta á su mamá lo que ha hecho en la escuela, las lecciones nuevas que tiene que aprender, las dificultades que ha vencido por sí sola, los consejos que les ha dado su buena profesora y las picardías que hacen á ésta sus compañeras.

Ella jamás se queja de su maestra, al contrario, siempre la defiende calurosamente, diciendo que es muy buena, que si sus alumnas no fueran tan juguetonas y todas la atendieran bien, nunca castigaría á ninguna; cuando alguna de ellas murmura de la maestra en su presencia, ella la dice en seguida:

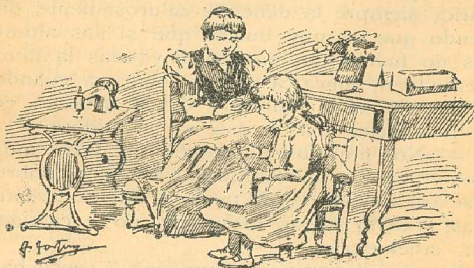
—«No murmures, que es un vicio muy feo, y menos debes murmurar de la pobre maestra á quién debes tanto y tan poco estimas; si tú no fueras mala, ella no te castigaría, créemelo!»

Sus condiscípulas la aprecian y escuchan sus palabras, porque saben que ella es buena y que nunca la profesora la ha hecho la más mínima observación.

Cumple con mucha prolijidad todos sus deberes escolares; sus cuadernos no están manchados ni con las hojas salidas; sus libros no están rotos ni llenos de figuritas y rayitas; jamás olvida sus útiles y no es como otras niñas que, cuando van á escribir ó á

dibujar, se encuentran con que las hace falta la lapicera, la pluma ó el lápiz, no, ella lo lleva todo, bien arregladito en una cajita á propósito y todo bien aseado.

Las horas que está en su casa, las pasa al lado de su mamá viendo cómo ésta cose, imitándola y preguntando, á veces, cómo debe hacerse tal ó cual otra costura, cómo debe



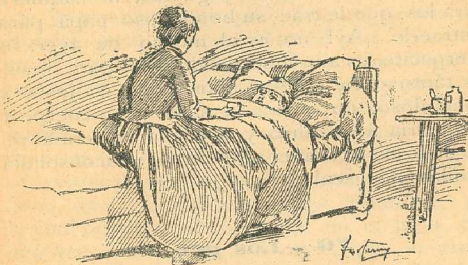
cortarse una camisa, un vestidito y otras muchas cositas que debe saber toda niña bien educada.

Ella dice muchas veces, y con justa razón, que prefiere saber cortarse y hacerse un vestidito, á saber bordar un pañuelo ó un almohadón, porque aquéllo es más útil y necesario.

69. — El niño enfermo.

VEDLE allí, ¡pobrecito! dentro de la cuna, con sus ojos cerraditos, el rostro pálido, enflaquecido por la enfermedad que de él se ha apoderado.

Ya no sonríe; sus labios sólo se entrea-bren para exhalar débiles quejidos; su pecho se agita violentamente y su respiración es ronca y entrecortada.



Su mamá no se separa de su lado ni un solo instante; en su rostro se refleja la tristeza que la domina; sus ojos están inflamados por las lágrimas y por la falta de sueño. ¿Y cómo queréis que duerma? ¿cómo queréis que no llore, si toda su dicha, sus ale-

grías, sus goces y sus esperanzas están cifradas en aquel cuerpecito pequeño y enfermizo?

Ayer tan alegre, tan hermoso, con su cabellera de oro, corriendo de aquí para allá, llenando la casa con sus gritos de ¡papá!..... ¡mamá!..... y hoy, abatido en el lecho del dolor, apenas levanta sus párpados para dirigir una mirada triste; pero cariñosa, á su querida madre, como si con ella quisiera pagarla sus cuidados y sus desvelos!

El, tan afecto á los juguetes, ni siquiera mira los que le trae su bondadoso papá para distraerle. ¡Ay! no es el mismo de ayer; su cuerpecito es aun demasiado débil para resistir tanto dolor. Pero Dios, que es justo y bondadoso, devolverá la salud á su cuerpo y la alegría á su alma y con ello volverá á renacer la dicha en el seno de su desconsolada familia. Así sea!

70. — Los peces.

 QUÉ tal, Ricardo, has paseado mucho? ¿has visto algo nuevo que haya llamado tu atención? Veamos, explícate.

—Sí, sí, querido papá, he paseado bastante con mamá, que me ha llevado á ver la

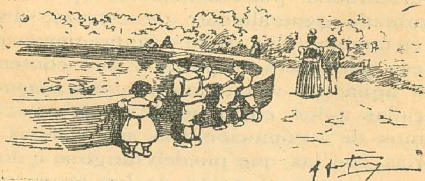
gruta de la Recoleta y allí he estado un buen rato entretenido en ver como sacaban sus cabezitas del agua, numerosos pececillos de variados colores, nadando todos velozmente, para alcanzar algunas migas de pan que les tiraban unos niños que allí estaban. Desearía saber, querido papá, cómo viven esos animales.

—Con mucho gusto voy á satisfacer tu curiosidad, hijo mío. Los peces son animales vertebrados, pues tienen un esqueleto duro, formado, generalmente, de espinas; su sangre es también roja, pero fría; no tienen pulmones; pero para respirar el aire contenido en el agua, se valen de *branquias* ó *agallas* colocadas á los costados de la cabeza. Sus órganos de locomoción son unas aletas natatorias, con las que pueden dirigirse á donde quieren; la mayor parte de los peces están provistos, de una especie de saco membranoso lleno de aire, llamado *vejiga natatoria*, por la cual pueden subir ó bajar en el agua. Son *ovíparos*, lo que quiere decir, que se reproducen por medio de huevos; las hembras suelen poner, á veces, hasta algunas centenas de millar de huevos; en algunos arenques se han podido contar hasta cerca de unos 50.000 huevos y en un bacalao, más de un millón.

—Pero, papá, ¿cómo pueden empollar tantos huevos? y luego dentro del agua....

— Ah! es que no se preocupan de empo-
llarlos; el calor del sol es el que se encar-
ga de hacerlo. Ponen sus huevos sobre al-
gunas rocas altas ó sobre algunos vegetales
marinos y allí, á los rayos del sol, se vivifican
por sí solos.

Estos animales tienen sus sentidos poco
desarrollados; su vista es fija ó apenas puede
cambiar de dirección; la lengua es casi inmó-
vil ó á menudo huesosa; los peces no saben



lo que es el sabor, se contentan sólo con
tragar ó deglutir. Carecen de tacto, pues éste
está anulado en la superficie de su cuerpo,
por las escamas ó coraza cartilaginosa que
los cubre. Su inteligencia se puede decir
que no existe; el hambre, es el móvil de to-
das sus acciones. No pueden prever el pe-
ligro y lo evitan huyendo ó escondiéndose
entre los vegetales ó entre las rocas. No obs-
tante de ser su inteligencia tan limitada y
su vida tan monótona, la Naturaleza les ha

dado la belleza en las formas, la variedad en los colores y una viveza y agilidad nada comunes.

Los peces viven muchos años. Se cuenta que en el *acuario* de San Petersburgo, capital del imperio ruso, hay peces que tienen hasta 140 años y que en la China los hay aun mucho más viejos. Nada te diré de los múltiples servicios que prestan al hombre porque esto ya lo conoces.

—Gracias, papá, cuando vuelva á verlos me fijaré en ellos con más detención y luego veré si puedo saber sus nombres, ayudado por mi buen maestro.

—Muy bien harás, hijo mío; ahora á comer!



EJERCICIOS DE RECITACIÓN



La madre.

¡Bendita mil y mil veces
la mujer todo cariño,
que en la vida es para el niño
lo que para el mundo el sol!

La madre es el ser sublime
y santo por excelencia;
¡oh qué hermosa Providencia
de luz, de bondad y amor!

Una madre es un tesoro
de virtudes sin segundo;
el amor puro del mundo,
la gloriosa excelsitud!

Y ella, que nos dió la vida,
nos educa y nos corrige,
por la senda nos dirige
del deber y la virtud.

¿Quieres que dichosa sea
tu madre en el mundo, niño?
Quieres compensar con algo
sus inmensos sacrificios?

Pues con tu ejemplar conducta
hazte de su aplauso digno:
idolátrala y venérala:
¡qué dicha es ser un buen hijo!

R. MENÉNDEZ.

71 . — El niño desobediente.

UÉ título más feo! ¿no es cierto, amiguitos míos? Y más feo es aun el que lo lleve un niño. La desobediencia trae siempre consigo serias y funestas consecuencias, y sino, escuchad lo que le sucedió á un niño que por ella estaba dominado.

Anacleto era muy aficionado á remontar barriletes; esto nada hubiera tenido de particular si para ello hubiera escogido sitios apropósito y sin peligros; pero parece que hallaba mayor gusto en hacerlo donde más los había; la azotea de su casa y las vecinas, las paredes altas y aun las chimeneas, solían ser con frecuencia el teatro de sus hazañas para hacer volar su barrilete.

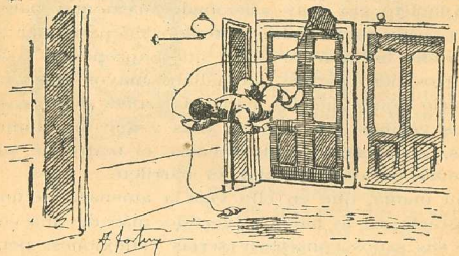
Su mamá, que en ello veía la amenaza de una desgracia, se lo había advertido más de una vez con sus sanos consejos y serias reflexiones; pero viendo que su hijo no se corregía y que tal desobediencia podía serle funesta, llegó hasta el extremo de prohibirle por completo su diversión favorita.

Anacleto lloró, pateó y aseguró que no volvería á comer, hasta que se le dejara remontar su barrilete en la azotea, para poder *echar tajitos* á los de sus vecinos, que nadie les impedía hacer elevar en el aire.

Su mamá hizo oídos sordos á su exasperación

y á sus amenazas, y por fin, Anacleto, tuvo que acatar resignado las órdenes *tiránicas* que aquélla le había impuesto y aun las más *tiránicas* de su estómago, que ya empezaba á sublevarse contra lo que su dueño había asegurado.

Pero su obediencia no fué duradera. Á los pocos días, su mamá se vió obligada á salir y dejando á Anacleto solo con los sirvientes, le advirtió que no aprovechara de su ausencia para hacer



alguna de las suyas, porque de lo contrario se vería en la necesidad de ponerlo en conocimiento de su papá, quien le aplicaría el merecido correctivo.

Nuestro hombre oyó con gran atención las palabras de su buena madre; pero no había llegado aun ésta á la esquina, cuando él ya estaba preparando una magnífica *bomba* adornada con muchos y largos flecos, que había de causar la envidia de sus compañeros. Subió inmediatamente á la azo-

tea y empezó allí de nuevo sus operaciones. No faltó quien le hiciera competencia en *echar tajito*, á lo que él era muy aficionado. Tanto se entusiasmó y tantas vueltas dió, que en una de ellas, sin poderlo evitar, se aproximó demasiado á la cornisa que daba al patio, perdió pie y cayó fracturándose un brazo. Los sirvientes, consternados, corrieron en su auxilio, saliendo uno de ellos inmediatamente en busca de un facultativo.

Hé ahí, pues, las consecuencias de la desobediencia; un brazo fracturado y un disgusto para los padres.

Antes de terminar, me permitiré pedirlos que jamás desoigáis los consejos de vuestros padres, ni desacatéis las órdenes que éstos os impongan, por muy severas que os parezcan, pues todas ellas van encaminadas á dirigiros para ser buenos y virtuosos.

72. — Las malas compañías.

HACE poco tiempo, vivía en Flores un matrimonio que tenía un hijo llamado Arturo. Sus padres le estimaban porque era un buen hijo, sus maestros lo apreciaban porque era un alumno ejemplar y hasta los vecinos le querían porque jamás tuvieron que dar de él la menor queja.

Pero hé aquí que, de la noche á la mañana,

Arturo, el niño que todos citaban como modelo, se convierte en un niño incorregible; da disgusto sobre disgusto á sus padres; sus maestros se quejan de su mala conducta y de su inasistencia á la escuela; los vecinos ponen el grito en el cielo porque las pedradas de Arturo no dejan vidrio en buen estado y, en fin, todos se hacen cruces ante cambio tan repentino.

Llega un día en que Arturo no aparece por su casa. Sus padres, afligidos por su desaparición,



corren de un lado á otro, investigan el paradero de su hijo, nadie les sabe dar razón del fugitivo. Cansados y abatidos por la pena que les causa aquel mal hijo, vuelven á su hogar. La madre no duerme; pasa la noche en vela esperándole y forjando en su imaginación mil desgracias distintas, que hayan podido causar la ausencia de su hijo.

Al día siguiente disípase tanta incertidumbre; ¡pero qué cuadro para aquella madre, cuyos ojos aun están enrojecidos de tanto llorar!

Arturo vuelve á su casa; pero conducido por dos hombres en una camilla.

.....

Veamos qué es lo que ha sucedido. Arturo se había hecho amigo de un muchacho llamado Rabonín, que era el mismo diablo en figura de criatura humana, de carácter díscolo y de costumbres perniciosas: el terror del vecindario por sus infinitas pillerías.

Como la serpiente fascina á los pajaritos, así engañó con sus palabras al inocente Arturo, del que hizo todo lo que se le antojó, además de contagiarle sus picardías, y de ser la causa del cambio tan repentino en el modo de ser de aquel niño que todos apreciaban.

El día indicado, se lo llevó desde por la mañana, le hizo faltar á la escuela y le dijo que irían á buscar nidos y frutas en las quintas. Arturo al principio se resistió; pero, como de costumbre, acabó por aceptar. Anduvieron todo el día errando de un lado para otro, hasta que viendo un nido de *horneros* en un eucaliptus, Rabonín hizo que subiera Arturo á buscarlo. Subió, cogió el nido, púsose los pobres pichoncitos en el seno, sin hacer caso de los lamentos de los padres, que desesperados revoloteaban alrededor de su cabeza, é iba ya á descender, cuando faltándole una de las ramas sobre la que había apoyado el pie, cayó pesadamente en el suelo, lanzando un lastimero quejido, y quedando desmayado por lo rudo del golpe

sufrido en la cabeza. Su compañero, su perverso, más bien dicho, viendo que no se movía, creyolo muerto y echó á correr sin siquiera tratar de darle auxilio.

Felizmente, pasaron por allí al poco rato dos hombres que volvían de su trabajo, quienes le prestaron los primeros auxilios, llevándole á la casa de uno de ellos. Como Arturo no volviera en sí, á pesar de los cuidados de aquellas buenas gentes, resolvieron llamar al médico, quien no tardó en presentarse, y después de examinarlo, haciendo un gesto de desagrado, exclamó: «¡Se ha roto el brazo!; será necesario no moverlo de esta cama hasta mañana, y después que se le haya hecho la primera cura; no se le pregunte nada, porque el golpe de la cabeza es también fatal; mañana, si está más tranquilo, se le puede preguntar dónde vive.»

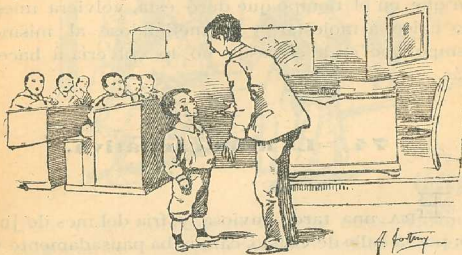
Hé ahí, pues, explicada la causa de la ausencia de Arturo durante aquel día y aquella noche, como también las consecuencias de los malos amigos y peores compañías.

Queridos niños, voy á pedirlos un favor, que estoy seguro no me negaréis, y es el siguiente:

Que tengáis muy pocos amigos, y que estos pocos sean escogidos y verdaderamente amigos. No os fiéis de las apariencias, porque ellas engañan frecuentemente. No siempre busca vuestro bien, quien os halaga y os hace reir.

73. — El embustero castigado.

ME encontraba un día de clase en la escuela núm. 3 de la Parroquia... no importa cual; presenciaba en esos momentos una lección que daba uno de los profesores á los niños de 2º grado; había rato que uno de los alumnos, muchacho travieso y fastidioso, no atendía á la clase y se entretenía



en pintar con tinta, figuras en el cajón de su banco, sirviéndose de sus dedos como de pinceles.

El maestro lo había visto; pero le dejaba hacer.

De pronto, cuando más entretenido se hallaba en su faena, le nombró y le preguntó: ¿qué es lo que está haciendo?

—Nada, señor!

—¿Cómo que nada? Su cara está diciendo que usted falta á la verdad.

Y Antonio, que así se llamaba, creyendo que efectivamente tenía algo en su cara que lo delataba, se pasó por ella la mano embadurnada de tinta, de manera que quedó hecho una verdadera mascarita.

Sus condiscípulos, al verle en tal disposición, no pudieron contener una estrepitosa carcajada que acabó de desconcertar al desatento Antonio.

El maestro le mandó á que se lavara; se restableció el silencio y volvió á continuar la lección sin que en el tiempo que duró ésta, volviera nuestro chico á molestar, y prometiéndose al mismo tiempo que en lo sucesivo no lo volvería á hacer más.

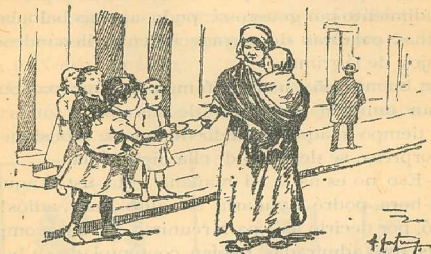
74. - La niña caritativa.

ERA una tarde lluviosa y fría del mes de Julio; por la calle de Callao, caminaba pausadamente y hasta con cierta imposibilidad una mujer de rostro pálido y macilento. Ostentaba por vestido algunos trapos hechos girones, por entre los cuales, veíanse sus carnes amoratadas por el frío.

¡Cuánto debía sufrir! Su rostro joven y no mal parecido todavía, presentaba las huellas del sufrimiento. Las dolencias físicas y la miseria, imponían á esa pobre mujer, la dura necesidad de implorar una limosna de las almas caritativas, para

poder llevar á su boca un pedazo de pan que mitigara su hambre; y qué pan más amargo debía ser, regado con las lágrimas del dolor!

Era la hora en que las niñas alegres y bulliciosas se dirigen con sus canastitas á la escuela. Muchas de ellas pasaron por el lado de la pobre mujer y ahogaban sus gritos y sus sonrisas al verla tan



triste y tan pobremente vestida; otras hacían mil comentarios y compadecían con palabras de ternura el estado de su miseria.

De entre los distintos grupos de niñas que pasaron á su lado; hubo una que se compadeció más que todas ellas; era una niña de cabello negro como el ébano y en cuyo rostro de ángel retratábase la bondad de su corazón.

Bajando los ojos y enrojecido el rostro, dirigióse á la infeliz mujer y abriendo su canastita la dijo:

—Pobre señora, comprendo que usted sufre mu-

cho; quisiera poderle dar algún dinero, pero no lo tengo; sírvase usted aceptar este pequeño desayuno que me ha dado mi buena mamá; no lo rehuse usted, hágame este favor porque en ello me complacerá, y, mientras decía esto, colocaba con presteza todo lo que llevaba en la canasta, en las manos de la pobre mujer.

Ésta, impresionada por tanta bondad y por desprendimiento tan generoso, pudo apenas balbucear algunas palabras de agradecimiento, llenándosela los ojos de lágrimas.

La buena niña no esperó más; las lágrimas pugnaban también por saltar de sus ojos y antes de dar tiempo á aquella infeliz de que se repusiera de su sorpresa, se despidió de ella diciéndola:

--Eso no es nada, si mañana está usted aquí á esta hora, podré ayudarla en algo más, adiós! y huyó, por decirlo así, para reunirse con sus compañeras, que, admiradas, habían contemplado su bellísima acción.

La desgraciada mendiga la siguió con los ojos llenos aún de lágrimas y seguramente la bendecía desde lo más íntimo de su alma.

Queridas niñas: Mis labios callan forzosamente el nombre de tan apreciable niña, para no herir su modestia; pero lo que os pido es que sepáis imitarla.

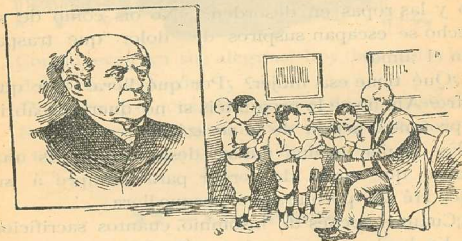
Respetad y favoreced siempre al desgraciado; con ello sembraréis buena simiente que luego os producirá hermosos frutos.

75.—D. Domingo Faustino Sarmiento.

NACIÓ don Domingo Faustino Sarmiento en la ciudad de San Juan, dando á conocer desde sus primeros años su infeligencia privilegiada.

Luchador infatigable de la tiranía, se vió obligado á dejar á su patria pasando á Chile y recorriendo más tarde las principales naciones de Europa y Norte América.

Entusiasta propagandista de la enseñanza popular, fué maestro y dedicó sus mejores años á la instrucción de la juventud.



Nació en humilde cuna y, por sus méritos é inteligencia, llegó á ocupar, más tarde, el puesto de Presidente de la Nación Argentina.

Durante su gobierno se preocupó grandemente del bienestar de sus conciudadanos y del progreso

del país, fundó escuelas normales, construyó ferrocarriles y dió impulso á las artes y á las industrias.

Falleció en edad avanzada en la ciudad de la Asunción, capital del Paraguay, adonde había ido en busca de reposo; sus restos fueron traídos á Buenos Aires y aquí descansan guardados y venerados por el cariño y el respeto de sus compatriotas.

76. — ¡Pobre madre!

VÉIS esa mujer de rostro pálido y desencajado, de ojos enrojecidos por el llanto, con el cabello y las ropas en desorden? ¿No oís cómo de su pecho se escapan suspiros de dolor que traspasan el alma?

¿Qué tiene esa mujer? ¿Por qué llora? ¿por qué sufre? Ah! no se lo preguntéis si no queréis reabrir la profunda herida de su corazón!

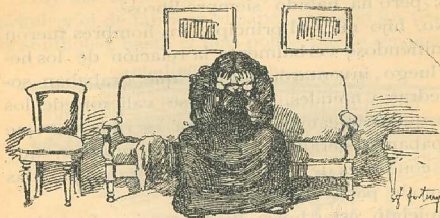
Esa mujer es una madre desgraciada! ¡Es una madre que acaba de perder para siempre á su hijo! Hé ahí porque sufre, porque llora.

¡Cuántas noches de insomnio, cuántos sacrificios no ha hecho para arrebatar de las manos de la muerte, el ser que más quería en el mundo!

Nada le importa hoy la existencia, porque ha huído á las regiones que habitan los ángeles su ángel rubio, que apenas comenzaba á pronunciar el dulce nombre de *mamá*.

¿Dónde hallará la pobre madre esos momentos de felicidad, que le proporcionaba el hijo querido, tendiéndole sus manecitas con amor y con ademán de darla un estrecho abrazo?

¡Cuán gustosa hubiera dado su vida por la de su tierno hijo!



Concluyeron ya sus alegrías; hoy hay solo luto y dolor en su corazón!

¡Pobre madre! ¡cuán digna eres de compasión!

Respetemos su sagrado dolor y veneremos siempre el nombre puro y santo de MADRE.

77. — Los libros.

PAPÁ, ¿qué libro es ese que tienes con tapas tan bonitas?

—Es un libro, hijo mío, que se titula «Glorias Argentinas», escrito por un señor Mariano A. Pelliza. Luego que concluya de leerlo te lo prestaré, por-

que en él hallarás bellos ejemplos de heroísmo, cuyos protagonistas son todos los héroes del año 10.

—A la verdad, papá, que es una gran cosa que podamos tener libros que nos enseñen todas esas cosas, porque así estamos al corriente de lo que sucedió mucho tiempo antes de que nosotros nacióramos; ¿pero ha habido siempre libros?

—No, hijo mío; al principio los hombres fueron transmitiéndose verbalmente la relación de los hechos, luego inventaron signos que grababan sobre piedras y metales, después se valieron de los signos que empleamos hoy para escribir, los que estampaban generalmente sobre *pergaminos*, que hacían con pieles de carnero ó de cabra preparadas de un modo particular.

Reuniendo estas hojas de pergamino formaban libros; pero libros que eran muy caros, puesto que había que escribirlos á mano, letra por letra, palabra por palabra, línea por línea.

Los frailes eran los que, casi siempre, se ocupaban de este trabajo en sus conventos.

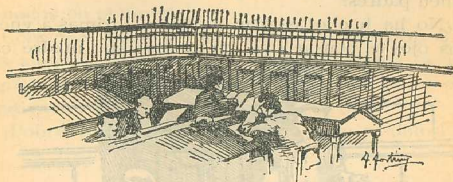
Puedes figurarte el trabajo que llevaría cada libro y lo carísimos que serían, porque de ellos se hacían muy pocos.

Se cree que el papel fué inventado por los chinos y que los árabes fueron los primeros que lo introdujeron en el Oriente, unos 800 años después de J. C.

Por los años de 1436 á 1440, un alemán nacido en Maguncia y llamado Gutenberg, inventaba la

imprenta. siendo el primero que dió á conocer libros impresos, con letras esculpidas sobre madera ó sobre metal. Más tarde, Pedro Schoeffer, perfeccionó el arte de escribir valiéndose de caracteres ó tipos movibles.

Hoy día se ha generalizado tanto el arte de imprimir y el de fabricar el papel que, con un pequeño desembolso, hasta el más pobre puede ser poseedor



de un buen libro, donde hallará sanos consejos, entretenimiento y conocimientos útiles.

Un buen libro, hijo mío, es el mejor amigo que puedes tener; él nunca te engañará y siempre estará dispuesto á prestarte un servicio.

Por eso los niños que no saben cuidarlos, que los destrozan, les arrancan las hojas, los llenan de figuritas y los miran con desprecio, demuestran tener un carácter indolente, perezoso y perverso.

Cúdalos, hijo mío, que algún día te sentirás orgulloso de poder enseñar sanos y salvos los libros donde hiciste tus primeros aprendizajes; entonces sentirás rejuvenecer tu corazón al contemplar los amigos de tu infancia,

78. — ¡Pobres huérfanos!

HABÉIS pensado alguna vez, amiguitos míos, en esos seres desgraciados que perdieron para siempre á los que les dieron la existencia?

¿No os ha causado compasión el saber que no tienen padres?

¿No ha hecho asomar algunas lágrimas á vuestros ojos el pensar que no tienen una madre ca-



riñosa que les abrace y les bese, les prodigue cuidados y les dé amorosos consejos?

¿No os habéis entristecido en medio de vuestros juegos y de vuestros entretenimientos al saber que esos niños no tienen un padre amoroso como el vuestro que les traiga juguetes?

Ah! sí, seguro estoy de que todo esto habéis sentido,—porque esos seres que viven de la cari-

dad siempre se imponen á nuestro corazón por su misma desgracia.

Queredlos, estimados niños, y respetadlos en su triste orfandad.

Sed siempre para con ellos caritativos y amables; servidles siempre de apoyo y de defensa; ¡que jamás sus ojos se vean bañados en lágrimas de dolor por considerarse completamente solos y abandonados en el mundo!

Considerad que sus desdichas son mayores que sus alegrías; que siempre están expuestos á los rigores del hambre y del tiempo si una mano caritativa no los recoge.

¡Pobres huérfanos! respetémoslos en su dolor!

79. — Amor filial.

LA Primavera había extendido ya sus esplendorosas galas sobre el fértil suelo del jardín de la República, de la bella Tucumán, donde parece que la madre Naturaleza no ha escatimado en dotarla de sus mejores dones.

En medio de un pequeño bosque formado de olorosos naranjos, limoneros y colosales laureles, había una pequeña casita blanca y aseada como una taza de plata.

Una vaca con su ternero y algunas ovejas con sus corderitos, triscaban alegremente en la yerba y á la sombra de los árboles.

Rodeando la casita, veíase un jardincillo arreglado con mucho esmero, y en el que se adivinaba un gusto especial por parte del que lo cuidaba.

Al entrar en aquel sitio, uno se sentía subyugado: parecía aspirar un aire más puro y regenerador; extraño regocijo apoderábase del alma, y creíase estar en un lugar donde la vida debía siempre transcurrir sin las amarguras del dolor.

Habitaban dicha casita sus mismos propietarios, que lo eran un matrimonio aun joven y una niña de doce años, hija única, en la que sus padres habían depositado todo su cariño.

Amelia, que así se llamaba, correspondía grandemente al amor paternal, y nunca se hubiera perdonado el que sus amorosos padres pasaran el más pequeño disgusto por causa suya.

Felices vivían sin que nunca de sus labios se escapara protesta alguna de su suerte; pero llegó un día en que toda esa dicha, toda esa paz y tranquilidad envidiable, convirtiose en luto y desolación.

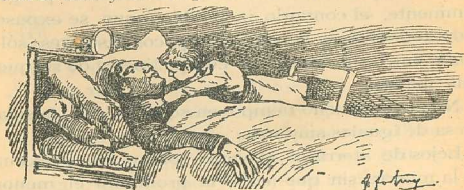
¡Incomprensibles secretos del destino! Allí donde hoy tan sólo hay sonrisas, quizás mañana habrá lágrimas de dolor!

El cólera, ese temible flagelo que tantas víctimas causó en años anteriores en la República, y especialmente en la provincia de Tucumán, penetró también misterioso, devastador é iracundo en aquella modesta casita.

Atacó primeramente al padre de Amelia, sin

que pudieran salvarle los solícitos cuidados de su esposa y de su hija.

No contento aun con aquella presa, atacó igualmente á la señora. Amelia empezaba á comprender la enormidad de su desgracia; pero aunque eran pocos sus años, no se dejó dominar por el abatimiento y se dispuso á la lucha.



Sola, sin servicio de ninguna clase en su casa, al ver los primeros síntomas de la enfermedad en su mamá, corrió en busca de auxilio á casa de los vecinos más próximos; pero éstos, aterrorizados, recelosos, como si vieran á una fiera, la cerraban las puertas, no escuchaban sus quejas ni sus súplicas, y señalándole con el dedo el camino de su casa la decían: ¡no te acerques, vete, que nos traes el cólera!

Aquella pobre niña sintió desgarrársele el corazón al ver sentimientos tan inhumanos y, con los ojos arrasados de lágrimas, el pecho oprimido por los sollozos que la ahogaban, voló hacia su casa dispuesta á sacrificar su vida por la de su querida madre.

Ésta apenas alentaba; su cuerpo estaba frío como el hielo y un temblor convulso recorría todos sus miembros.

Amelia no esperó más, echose en la cama al lado de su madre y abrazándola fuertemente trató de comunicarle todo el calor de su cuerpo.

Pero, ¡ay! sus esfuerzos, su sacrificio, el peligro inminente, el contagio ineludible á que se expuso, todo, todo fué en vano; á los pocos instantes sólo tenía entre sus brazos el cuerpo inerte de su querida madre.

No tardó mucho tiempo en sentirse ella misma, presa de iguales síntomas.

Lejos de aterrarse al verse sola y tan próxima de la muerte, sin que nadie la prodigara el menor cuidado, se sintió dichosa porque sabía que su alma no iba á tardar mucho en reunirse con las de sus queridos padres. ¿Para qué quiero la vida, se decía ella misma, si ya no existen los seres que yo más quería en el mundo? Oh! Dios mío, llevadme cuanto antes junto á ellos! Pereció en la demanda, pero contenta, por haberse sacrificado por los que la habían dado el sér.

La muerte concluyó su obra destructora; en pocos días sólo quedó luto y llanto donde antes había dicha y alegría!

Veneremos el nombre de la niña, que tan heroicamente supo sacrificar su vida por la de sus padres; que sus nobles sentimientos sirvan de ejem-

plo á los réprobos que dejan perecer á sus semejantes sin condolerse de sus desgracias y sin prestarles el menor auxilio, por causa de su exagerado amor propio.

80. — Al fin!

UÉ bullicio! ¡qué algazara! ¡qué de rostros risueños y de exclamaciones de gozo!

¿Qué significa todo esto? ¿Por qué salen de las escuelas todos esos niños con tan grande alboroto?

Es que han terminado sus exámenes y libres ya de tan pesada carga, quieren con sus gritos expresar el contento que reina en sus espíritus.

Llegan ya las vacaciones, época tan deseada por todos los que estudian; ¡cuántos proyectos no se han hecho para cuando llegue ese día!

Unos se prometen divertirse en grande yendo al campo, porque tienen la dicha de que la posición de sus padres, les permite hacerlo.

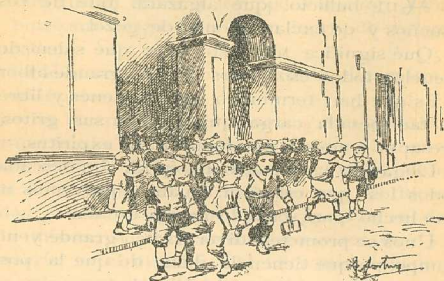
Otros menos dichosos, pero no menos felices, también se prometen hallar grandes diversiones en el seno de la ciudad acompañados de muchos discípulos que hacen lo mismo.

Pero hay también algunos para los cuales no llegan nunca las vacaciones. Pobrecitos, es menester compadecerlos y recompensar su sacrificio!

Me refiero, queridos lectores, á esos niños hijos de padres pobres, que necesitan trabajar en el poco

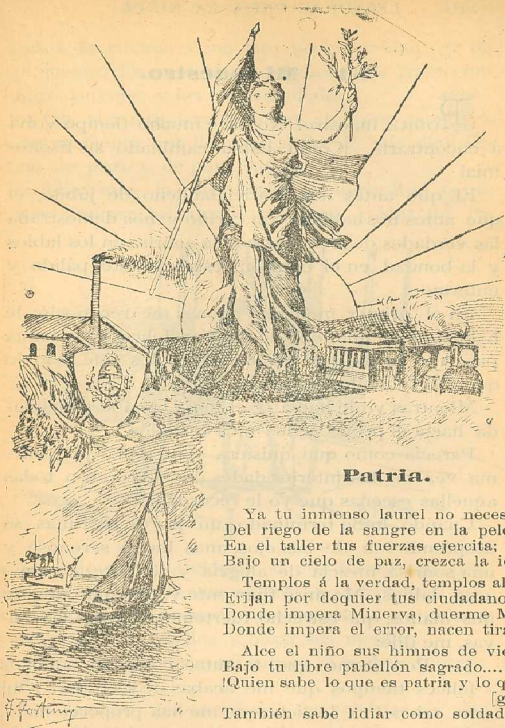
tiempo que les queda libre, para ayudar al sostenimiento de su familia.

Ellos no se quejan jamás, porque son buenos hijos, siempre se les ve risueños y con nuevos alientos para proseguir en el trabajo. No se quejan de tener poco descanso, porque ven que sus padres tampoco lo tienen, y saben que si lo hicieran, acabarían por afligirles y hacerles más pesada su pobreza.



No obstante de pasar la mayor parte del día trabajando, aprovechan las horas de descanso, no para jugar, sinó para hojear los libros y recorrer con cierto gozo interno, las lecciones que aprendieron en la escuela.

Á pesar de su pobreza, ellos son también dichosos. ¡Al fin! exclamarán muchos niños al verse en completas vacaciones; esto es muy justo; pero que no olviden lo ya aprendido, también lo es.



Patria.

Ya tu inmenso laurel no necesita
Del riego de la sangre en la pelea:
En el taller tus fuerzas ejercita;
Bajo un cielo de paz, crezca la idea.

Templos á la verdad, templos al arte,
Erijan por doquier tus ciudadanos;
Donde impera Minerva, duerma Marte,
Donde impera el error, nacen tiranos.

Alce el niño sus himnos de victoria
Bajo tu libre pabellón sagrado.....
¡Quien sabe lo que es patria y lo que es
También sabe lidiar como soldado!

EDMUNDO LEÓN

81. — Mi maestro.

POBRE maestro! No hace mucho tiempo volví á encontrarle. ¡Cómo había cambiado su fisonomía!

El que antes nos acariciaba lleno de júbilo, el que antes nos hablaba con cariño y nos demostraba las verdades de la ciencia con la sonrisa en los labios y la bondad en el corazón, estaba triste, pálido y enfermo.

En el primer momento apenas me reconoció; le hablé de mi infancia, de los días felices que había pasado á su lado, de mis condiscípulos y de todo lo que á él y á ellos se refería.

Mientras yo le hablaba, el tenía la cabeza inclinada hacia el pecho y los ojos cerrados.

Parecía como que quisiera contemplar por última vez en las interioridades de su cerebro todas aquellas escenas que yo le recordaba.

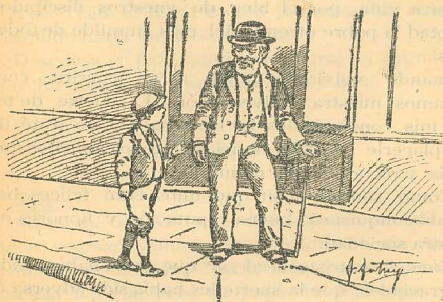
Cuando hube terminado, un par de lágrimas se desprendieron de sus ojos, mas luego serenose y una sonrisa, mezcla de alegría y de tristeza, asomó á sus labios. Me miró fijamente y, tomando una de mis manos, que estrechó fuertemente entre las suyas, me dijo:

—« Permíteme que te tutee como en aquellos
« felices tiempos que me acabas de recordar. ¡Oh!
« no, sabes, no, la dicha que me has proporcionado.
« Tu visita y tus palabras me han quitado veinte

« años de encima y me han hecho olvidar por un
« momento los numerosos achaques que traen con-
« sigo la vejez y las enfermedades.

« Oh! si yo tuviera muchos alumnos como tú
« seguramente que llegaría al fin de mis días lle-
« no de gozo y de pura satisfacción.

« ¡Hijo mío, la ingratitud, la ingratitud es lo
« que siempre ha abatido mi alma!..... Mas no, to-



« do, todo eso lo olvidaría si mis fuerzas me per-
« mitieran asistir á una escuela, yo reviviría si aun
« pudiera verme rodeado de criaturas; si yo pudiera
« acariciar sus cabellos y besar sus mejillas.

« Pero de qué sirve mi anhelo si no hay fuerzas,
« si . . . »

Un amargo sollozo ahogó las palabras en sus
labios. Mis ojos también se humedecieron porque

mi corazón no podía ser insensible al dolor de aquel venerable anciano á quien yo debía lo que era.

¡Ah! si en aquel momento mi posición y mis bienes hubieran bastado para redimir sus aflicciones, todo, todo lo habría depositado á sus pies y le hubiera dicho:

—Mi querido maestro, vos que habéis sacrificado vuestra vida, por el bien de vuestros discípulos, aceptad la pobre ofrenda del más humilde de todos ellos!

Cuando volvió la calma á su espíritu, continuamos nuestra conversación. La suerte de todos mis condiscípulos le interesaba y yo traté de complacerle dándole noticias de todos aquellos que podía y recordaba mi memoria.

¡Cómo sonreía al oír que unos eran felices habiendo conquistado buena reputación y honores en nuestra sociedad!

¡Cómo se entristecía al oír que otros habían sido desgraciados, que la suerte les había sido adversa ó que por su mala cabeza, eran despreciados de sus semejantes!

Sus deseos eran que todos fueran hombres de bien; si no lo fueron todos, no era por falta de consejos, porque él los había sembrado con abundancia en el corazón de sus discípulos.

Al despedirme me echó sus brazos al cuello y estrechándome fuertementé, exclamó:

—«¡Ay! quizás será tu última visita y el último

de mis alumnos que yo vea. Después el olvido...
¡nada!... »

.....
¡Pobre maestro! ¡No fueron erróneas sus predicciones!

A los pocos días entregaba su alma al Creador; acompañáronle á su última morada solamente algunos deudos, compadres y amigos.

Ayer visité el lugar donde descansa su cuerpo. ¡Humilde hasta en el cementerio!

¡Descansa en paz, querido maestro; tu digna misión fué altamente cumplida en la tierra!

82. La ovejita.

L día de Año nuevo, los padres de Manuelito, le regalaron una ovejita, de lana blanca, suave y fina como la seda. Hacía tiempo que Manuelito deseaba tenerla; pero su papá le decía que para conquistarla era menester que rindiera un buen examen y que mereciera las mejores notas en conducta.

Así lo hizo, efectivamente, y su papá le cumplió su palabra empeñada.

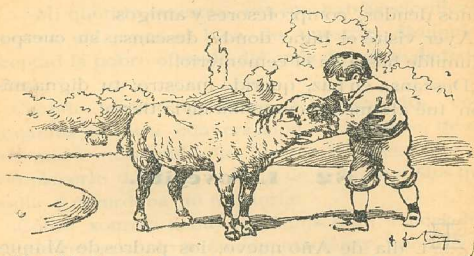
¡Qué alborozo el de Manuelito! Loco de contento, no se cansaba de acariciar á su ovejita que le correspondía con tiernos validos.

—¡Mira mamá, decía, mira qué cabeza más mo-

na! ¡qué ojos más vivos! ¡qué lana más suave! ¡qué patitas más chicas y qué bonitas!

—Verdad es, contestaba su mamá y ¿qué piensas hacer con ella?

—Cuidarla mucho, darla de comer y de beber, asearla todos los días y jugar con ella como si fuese mi amiguita.



Y así lo hace Manuelito. Todos los días, al levantarse, no se olvida de su ovejita; va al fondo de su casa, donde la tiene, y allí es recibido por su amiguita con saltos y validos de alegría. La da de comer, le cambia el agua y le pone otra fresca y limpia, la asea y luego juega un rato con ella; pero sin mortificarla, sin tironearla y sin cansarla, como lo hacen los niños que quieren á los pobres animalitos.

Manuelito es un buen niño; su corazón es generoso y sensible; cuando ve que maltran á un animal cualquiera, llora sin consuelo.

83. — El niño perverso.

TOMASITO es un niño de sentimientos muy malos. Vanos son los consejos y reprensiones que le dan sus padres y maestros.

Sólo goza y se divierte cuando hace algún daño. Su crueldad llega hasta el extremo de mofarse y de tomar por juguete á los ancianos, á los pordioseros y á los desgraciados.



Días atrás hallábase jugando frente á su casa en medio de la calle, con otros muchachos no menos perversos que él, cuando acertó á pasar por allí una pobre anciana, encorvada bajo el peso de los años y que caminaba arrastrando los pies á duras penas.

Al verla Tomasito y sus camaradas, comenzaron á gritarle y á tirarle piedras, celebrando con

grandes risotadas las quejas que daba la infeliz anciana.

No contentos con esto, se aproximaron á ella y á fuerza de empujones lograron hacerla caer, lastimándola toda la cara con el golpe que dió al chocar con las piedras de la vereda.

Felizmente, un señor que pasaba en ese momento, hizo que los indignos de llevar el título de seres racionales apelaran á la fuga, y auxilió á la desgraciada mujer que, transportada á la botica, fué atendida debidamente.

Lejos de arrepentirse, los malvados celebraban con grande algazara la caída de su pobre víctima.

En el corazón de esos niños está arraigada la semilla de la crueldad y, si no se la extirpa á debido tiempo, no tardará en dar sus amargos frutos.

Tomasito aun puede ser un buen niño y puede hacerse apreciar por sus semejantes, si, ahora que es pequeño, sigue los buenos consejos que se le dan y se aleja de las malas compañías que le pervierten.

Los niños que pasan el día en la calle y que se hacen amigos con el primero que se les presenta, están expuestos á ser lo mismo que Tomasito.

84. — El lino.

VEN para acá, Anita. A tí que tanto te gusta saber el origen de las cosas, ¿no te gustaría, dí, saber el de tu camisa?

—Sí, mamá, y me complacerías grandemente si tú quisieras explicármelo.

—No deseo otra cosa, hija mía. Has de saber que, las telas con que se hacen las camisas y la mayor parte de la ropa blanca doméstica, se fabrican generalmente con las fibras del lino, del cáñamo y del algodón.

—De manera, mamá, que la mayor parte de nuestra ropa nos la proporcionan los vegetales?

—Sí, hija mía, sólo un estudio detenido de sus propiedades puede darnos á comprender cuán útiles son al hombre; ¡y pensar que hay niños que se entretienen en destruir las plantas!

—Verdaderamente que es una crueldad; pero es que esos niños lo hacen ignorando el mal que á sí mismos se hacen; si asistieran á la escuela y oyeran todo lo que nos dice nuestra buena maestra sobre los vegetales, seguramente que no serían tan dañinos.

—Algo de verdad hay en lo que acabas de decir, hija mía; pero veo que nos vamos alejando de nuestro propósito; volvamos, pues, al origen de la camisa. Hablaremos hoy tan sólo del lino, por ser uno de los más importantes, y porque su cultivo y su tratamiento industrial se asemejan bastante al de los demás.

El lino es una planta de tallo alto y delgado, su corteza tiene un color amarillento; las hojas son pequeñas y sus flores, no muy grandes, también tienen un hermoso color azul claro. General-

mente se cultiva muy agrupado, de manera que cuando sus tallos crecen, no pueden tomar un gran desarrollo y esto beneficia á las fibras, que entonces son mucho más finas.

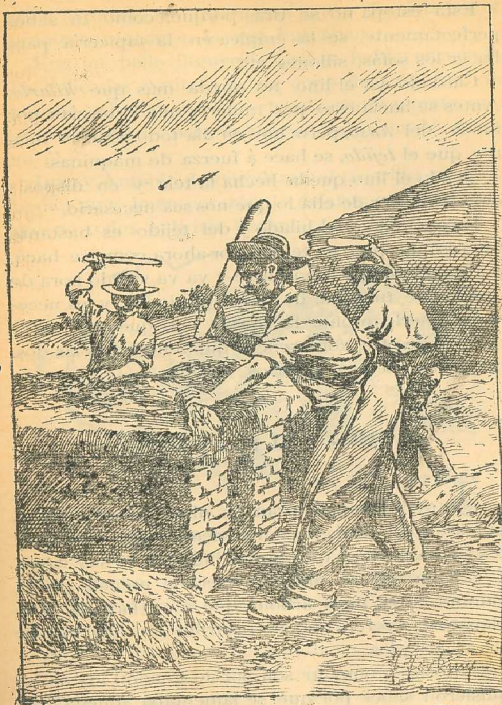
Sus semillas se utilizan comunmente para hacer bebidas refrescantes, harina para cataplasmas y un aceite muy estimado en la pintura.

Las hebras ó fibras, con que se hacen los tejidos, se hallan debajo de la corteza; son bastante largas, flexibles y fuertes. Para sacarlas, se corta primeramente la planta y luego que se la ha dejado secar al sol, se sumerjen en el agua de un charco ó estanque por el espacio de dos ó tres semanas.

Para efectuar esta operación, que se llama *enriada*, es preferible que el agua sea corriente, por que la descomposición en ella de los tejidos del cáñamo, produce fiebres ó enfermedades perniciosas.

Después que el lino ha sido enriado, se le quita del agua y se le deja secar, para macerarlo luego y sacar los copos ó sea *agramarlo*. Esto se hace generalmente golpeándole fuertemente con espátulas de madera, con lo cual se consigue hacer desprender todos los pedazos de corteza.

Cuando ha sido bien agramado se le *carda*, es decir, se le hace pasar por un peine cuyas puas son de acero; con esta operación se consigue obtener el copo afinado porque se le ha quitado toda la estopa.



Esta estopa no se tira, porque, como tú sabes perfectamente, se la emplea en la tapicería para hacer los sofás, sillones, etc.

Cardado ya el lino, no queda más que *hilarlo*. Antes se hacía esto por mujeres que lo torcían por medio del *huso*; pero hoy en día todo esto, lo mismo que el *tejido*, se hace á fuerza de máquinas.

Tejido el lino queda hecha la tela y en disposición de hacer de ella lo que nos sea necesario.

La operación del hilado y del tejido es bastante interesante; pero no te diré por ahora como se hace, porque el tiempo transcurre y ya va siendo hora de que llegue tu papá, de sus ocupaciones, y es necesario tenerle pronta la mesa. Así que esto será motivo de otra conferencia que tendremos las dos, mientras cosemos nuestros vestidos.

85. — El pajarillo.

JUAN y Antonio eran dos niños que se querían mucho, pues hacía bastante tiempo que iban juntos á la escuela, y que juntos jugaban en sus casas.

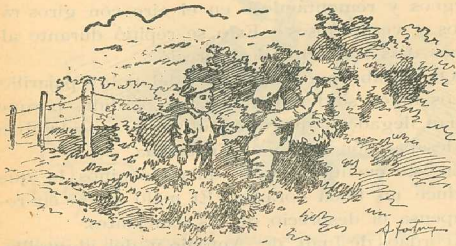
Un día que se dirigían hacia la escuela, por el camino, entre unos árboles que á un lado de él se elevaban, oyeron que un pajarillo lanzaba al aire sus tristes píos.

Curiosos, como lo son por lo general los niños, quisieron saber por qué se lamentaba aquella ave-

cilla; al efecto, se internaron entre los árboles, y pronto encontraron lo que buscaban.

Era un bello jilguerillo que se había enredado las delicadas patitas en un copo de lana, que se hallaba colgado de un arbusto; seguramente que al ir á buscarlo para hacer su nido, quedó preso en él.

Juan y Antonio desenredaron al pajarillo, y, como tenían muy buen corazón, lo dejaron en libertad, lo que no todos habrían hecho.



Al verse libre, el pajarillo se elevó en el aire dando alegres trinos.

Los niños, henchido el corazón por el placer de haber hecho una buena acción, dirigieronse á la escuela, porque ya comenzaba á ser tarde, y como les gustaba cumplir con su deber, temían alguna reprensión por parte del maestro.

Al otro día, al pasar los niños por aquel mismo sitio en que había tenido lugar la escena descrita,

vieron un lindo pajarito que revoloteaba á su alrededor, como si con sus idas y venidas quisiera que se fijaran en él; así sucedió, y cuál no sería la sorpresa de nuestros dos amiguitos al reconocer en aquel pájaro al que en el día anterior habían salvado de su prisión!

Comprendieron entonces que el pajarillo venía á darles las gracias por lo que le habían hecho.

Revoloteando así, los acompañó hasta la puerta de la escuela, despidiéndose de ellos con alegres gorgoros y remontándose en el aire con giros rápidos y vertiginosos. Esto se repitió durante algunos días hasta que desapareció.

¡Quién sabe qué había sido del pobre pajarillo!

Los niños sintieron mucho su pérdida, porque habían llegado á quererle tanto, que consideraban su desaparición como una desdicha.

En este cuentito veréis, queridos niños, lo que produce un buen corazón. El malo recibe en recompensa el desprecio, de sus semejantes.

Acordaos de Juan, de Antonio y del jilguerillo.

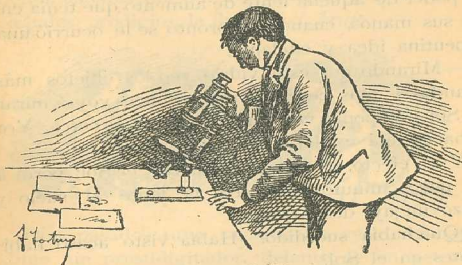
Tratad bien á los animales y os lo sabrán agradecer; tratadlos mal y os aborrecerán.

86. — El vidrio de aumento.

UN día vió Ernesto que su papá se encerraba solo en el escritorio y que sentado delante de su

mesa, examinaba cuidadosamente algo que tenía en la mano, poniendo delante de sus ojos un gran vidrio circular sostenido por un aro de metal.

La impaciencia y la curiosidad de Ernesto no cesaron hasta que su papá salió á sus quehaceres. Así que le vió salir, se encerró á su vez en el escritorio y hallando sobre la mesa el objeto que tanto le había llamado la atención, lo tomó en sus



manos y lo aproximó á sus ojos; pero no bien lo hubo hecho cuando casi lo dejó escapar de sus manos lanzando un grito de sorpresa.

—¡Oh! esto es maravilloso, decía, yo he visto ese libro grandísimo y tan cerca, que casi me tocaba las narices! ¡Esto es un fenómeno! ¿De qué será este cristal? Veamos, veamos; voy á mirar con él este escrito que ha dejado aquí papá, á ver.... ¡oh! ¡oh!.... ¡qué cosa! ¡pero si se ven las letras que parecen de esas que ponen en los carteles de avi-

sos! ¿á ver esta llave? ¡Jesús parece una llave monstruo! ¿y mi mano? ¡horror! ¡qué dedos! ¡qué uñas! ¡parece la mano de un gigante! ¡lindo! ¡lindo vidrio!, voy á decirle á papá que me lo regale para asustar á los niños de la escuela.

Así fué Ernesto mirando objetos y objetos y pasando de sorpresa en sorpresa, ocasionadas por el poder de aquella lente de aumento que tenía entre sus manos, cuando de pronto se le ocurrió una repentina idea y exclamó:

—Mirando por este vidrio veo los objetos más grandes y más cerca de mí; entonces voy á mirar el Sol y le podré ver más grande y más cerca. Voy á hacer una exploración solar.

Y en efecto, se puso á observar el Sol; pero á los pocos minutos dejó caer la lente al suelo y lanzó un ¡ay! desgarrador.

¿Qué había sucedido? ¿Había visto acaso habitantes en el Sol?

Nada de eso; sucedió que la lente hizo converger á su vista los rayos del Sol y que le quemara casi todas las cejas. Desde entonces no ha vuelto á querer hacer exploraciones solares. . . . ¡ni lunares

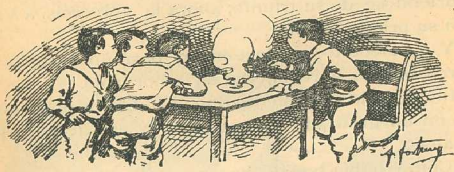
87. Las brujerías de Carlos.

ONOCEN ustedes á Carlos el *Brujo*, como le llaman sus amigos?

¿No? Pues voy á decirles á ustedes quién es, y por qué le llaman así.

Carlos es un niño de unos ocho años, muy simpático, y toda su brujería consiste en ser muy aplicado é instruído.

Como es muy aficionado á los estudios químicos y á hacer delante de sus compañeros algunos experimentos que le ha enseñado su profesor, ahí tienen ustedes por qué sus amiguitos al verle hacer tales prodigios, le llaman *el brujo*.



Días pasados tuve ocasión de verle trabajar, como un prestidigitador, delante de su pequeño público, y en verdad que llamaba la atención por la facilidad con que lo hacía.

Voy á explicar á ustedes uno de los experimentos más sencillos que hizo en mi presencia.

Tomó una rosa natural, de color rojo, y después de mostrarla á cada uno de sus oyentes, dijo que instantáneamente él la convertiría en otra de color blanco. Algunos de sus amigos se permitieron hacer ciertas manifestaciones de duda; pero Carlos, sin inmutarse, tomó un fósforo, encendió

algo que tenía dentro de un recipiente de barro y que, á poco, empezó á hechar un humo espeso y sofocante; colocó luego su rosa encima del recipiente, de manera que se impregnara con los gases que de él se desprendían y á los pocos instantes presentaba á los ojos asombrados de sus compañeros, la misma rosa, pero completamente blanca.

—¡Brujería! exclamaron á una todos sus amigos.

—No es brujería, dijo nuestro pequeño químico sonriéndose de su triunfo; ahora la volveréis á ver con su primitivo color.

Y en efectoto, metiola en un barreño de agua y la rosa volvió á recuperar su color rojo.

Inútil es decir á ustedes que el auditorio prorrumpió en un gran ¡oh! de asombro y en un nutrido aplauso.

¿Cómo había podido hacer aquéllo, Carlos?

Yo voy á descubrirles su secreto.

Lo que tenía dentro del recipiente de barro, era un pedacito de azufre que, al encenderse, despidió un gas llamado *sulfuroso*, que tiene la propiedad de transformar el color rojo en blanco; pero esta propiedad deja de subsistir luego que el objeto se introduce en el agua.

Pruébenlo ustedes y verán como el experimente de Carlos es fácil y cierto.

88. — Pepe Distracción.

PEPE es un niño que corre parejas con su apellido; nunca se ha visto, como en este caso, un hombre hecho para su apellido.

Al decirles esto, he querido significar que Pepe es un niño sumamente distraído, y tan distraído!

Supónganse Vds. los miles de percances ridículos á que le expone su constante distracción.



Así sucede, que muchas veces hallándose en clase, durante la explicación del profesor, á la que atienden con religioso silencio todos sus compañeros, Pepe embobado en la contemplación de dos moscas que se persiguen, exclama de pronto: «á que no, á que no la alcanzas», sus compañeros le miran y se echan á reir á carcajadas, sin comprender aquella salida sin ton ni son.

Otras veces, hácese el que atiende y á lo mejor

se introduce el dedo índice en la boca después de haberlo metido dentro del tintero.

Para terminar, voy á contaros una de las últimas distracciones que ha tenido Pepe en su casa.

Su mamá había comprado algunos duraznos para hacer dulce, y como se hallara sumamente ocupada, encargó á Pepe que los mondara y que luego que hubiera terminado, que los echara en el almibar.

Pues ¿qué creen Vds. que hizo?

Casi nada. Echó los duraznos á la basura y las cáscaras en el almibar.

¡Desgraciado de él el día que le manden sacar agua de algún aljibe!

89. — Por los aires.

LUISITO es un niño muy simpático y muy dado á las aventuras aéreas.

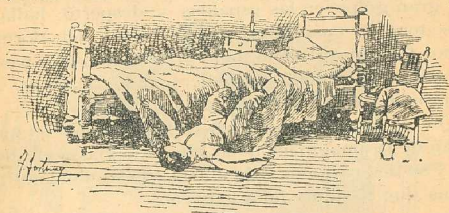
Todo lo que trata de globos y de viajes por el aire, tiene para él un encanto irresistible. Su mayor ambición consiste en llegar á acompañar á algún aeronauta en sus escursiones por la región de los pájaros.

Siempre que su mamá sale á hacer compras en las tiendas, que regalan á los niños globitos de goma hinchados con gas, él quiere acompañarla para volver á su casa provisto, por lo menos, con una media docena de ellos.

Dada su afición, no es extraño el sueño que tuvo la otra noche con su rara consecuencia.

Acostose Luisito aquella noche, preocupado con la idea de que al día siguiente iría con su mamá á la tienda de «El Progreso» y que allí le regalarían uno ó dos globitos.

Cuando el sueño se apoderó de sus párpados, no tardó en figurarse que, asido del hilo de un globo, iba remontándose por el aire.



Sus acenso era fácil y sin vértigos; Luisito contemplaba las casas de la ciudad á sus pies, pequeñas como esas que venden en las jugueterías. Se sentía verdaderamente orgulloso de encontrarse tan por encima de todos sus demás semejantes.

Pero de repente una ráfaga de aire, inclinó la dirección de su globo hacia el Río de la Plata, y aquí comenzaron los esfuerzos inauditos de nuestro amiguito, para hacer que su globo siguiera la primitiva dirección que llevaba.

Todas sus tentativas fueron vanas; el globo continuaba y continuaba en aquella peligrosa direc-

ción; un poco más, y nuestro pequeño viajero aéreo se encuentra en medio del estuario del gran río y á una altura bastante considerable.

Luisito hizo su última tentativa; tiró con fuerza del hilo que lo sostenía del globo y.... se rompió. Entonces sintió que descendía con gran velocidad; se veía ya sepultado entre las aguas del río, donde le esperaba una muerte casi segura, pues nadie lo vería para prestarle auxilio. De pronto sintió un gran golpe en las espaldas y despertó, hallándose tendido cuán largo era en medio del dormitorio. Levantose como pudo y, tentándose la parte dolorida, se felicitó de haber salido tan bien de su primer descenso de la cama al suelo.

Quizás las consecuencias de este sueño le quitarán de la imaginación las ideas de viajar en globo y se dedicará con más ahinco al estudio de otras cosas que bastante falta le hacen.

90. — El perezoso.

PABLITO es un niño á quien yo conozco y que voy á tener el gusto de presentaros.

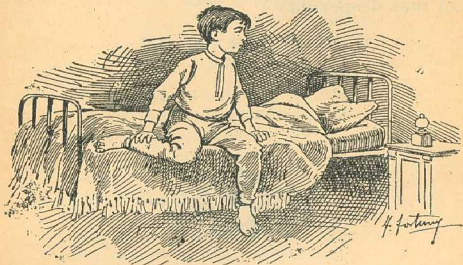
No es malo, ni tonto, ni mal educado; nada de eso tiene, muy por lo contrario, es un niño dócil, dotado de inteligencia y muy apreciable por sus cualidades morales

Pero como todo sér, tiene un pequeño defectillo, y éste consiste en ser dormilón.

Por la mañana no hay medio de hacerle levantar de la cama; se le pegan las sábanas al cuerpo de tal manera, que ni los consejos de su mamá primero, y las reprensiones después, logran hacérselas abandonar.

Esto, como vosotros lo comprendereis fácilmente, le produce mil contratiempos y hasta algunas veces desenlaces bastantes cómicos.

Casi siempre ha de almorzar corriendo, y, como



es natural, tras de llegar un poco tarde á la escuela, la comida no se le sienta en el estómago y sufre fuertes indigestiones.

Al vestirse lo ha de hacer con tanta premura, que raras veces lleva bien puestas las prendas de su traje. Para que veais hasta donde llega su apuro, no os diré más que el otro día se presentó en la clase con los pantalones puestos al revés, es decir, lo de atrás, adelante, y él no se dió cuenta

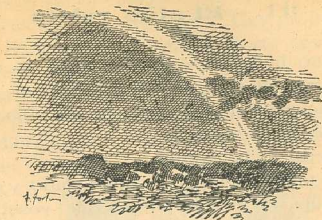
de la rara manera como se los había puesto, hasta que sus compañeros dejaron escapar una alegre carcajada al verle en aquella extraña figura.

Sería conveniente, y así es de esperar, que Pablito comprendiendo lo benéfico y útil que es levantarse temprano, abandonara la fea costumbre que le asemeja á los lirones.

Yo se lo aconsejo y le advierto que, si así lo hace, gozará de mejor salud y su inteligencia se hallará más despejada.



EJERCICIOS DE RECITACIÓN



El arco iris.

(FÁBULA)

— Desde un elevado monte
vió un niño en el verde prado,
del iris resplandeciente
los multicolores rayos,
y no contento con verlo
queriendo el niño tocarlo,
desde lo alto de la cima
bajó presuroso al llano.
Pero cuanto más bajaba
el iris iba menguando
sus engañosos reflejos,
y el niño tocó el engaño,
pues vió su luz disipada
cual humo inconstante y vano.

— Este ejemplo nos enseña
que en el mundo en que habitamos,
quien ve de lejos la dicha
ve cerca el pesar y el llanto.

RICARDO ZAMACÓIS.

91. — El niño veleta.

DESEO hablaros, queridos niños, de un conocido vuestro, íntimo amigo á quien tratáis con mucha frecuencia y al que llamaremos *niño veleta*.

¡Qué no le conocéis?

Ya lo creo, y bastante,

Ahí le tenéis, sentado á vuestro lado, y quizás... quizás ocupa el mismo puesto que vosotros ocupáis!

Su distintivo es el no hacer nada que contraiga su atención por el espacio de dos minutos.

Juega á la pelota y abandona á sus compañeros para reunirse con otros que juegan al rescate y en seguida abandona á estos para ir á entorpecer á otros que se entretienen en otra distracción.

Toma un libro: lee dos renglones y lo deja para tomar el cuaderno de escritura; escribe en él la fecha y lo cambia por el cuaderno de dibujo, en el que hay muchos mamarrachos empezados y ninguna cosa buena ni empezada, ni concluida; no ha comenzado á sacar sus compases, cuando, mudando de pensamiento, cierra la caja y el cuaderno y se dedica á cazar moscas, para dejarlas luego volar, llevando por cola pequeños apéndices de papel.

Y así se pasa la mayor parte de las horas del día, esté en la escuela ó en su casa.

Respecto de opiniones... mutabilidad completa! Aquello es un cinematógrafo! Tan pronto sostiene que Buenos Aires está al Norte como al Sur de la República.

Y otras por el estilo!

Y ahora es cosa de preguntar: ¿puede ése niño aprovechar algo y sacar algún resultado positivo de tantas y tantas veleidades?



Desgraciadamente, el tipo existe, y muchos niños que lean esto, si tienen valor para leerlo, exclamarán en voz muy baja, tan baja que ni ellos mismos la oigan: *ese soy yo!*

Los *niños veletas* son muchos, porque no piensan seriamente ni un segundo; su atención sólo se fija en aquello que más novedad les ofrece, sin calcular nunca la utilidad ó el mal que puede traerles.

¿Acaso ese defecto es incurable?

Nada de eso.

Para extirparle, basta una pequeña dosis de

firmeza de voluntad, arreglada con cierta cantidad de reflexión y una buena parte de constancia.

Usado este remedio cada vez que la veleta, digo, la atención cambia de rumbo, se conseguirán grandes resultados y los niños, los hombres pequeños de hoy, se acostumbrarán á ser constantes en sus ideas y en sus opiniones y dejarán de ser versátiles como las veletas de las torres.

92. — Los holgazanes.

N cierto pueblo reinaba una miseria espantosa y los pobres que no podían ganarse la vida, pasaban mil trances apurados, para llenar el *buche*.

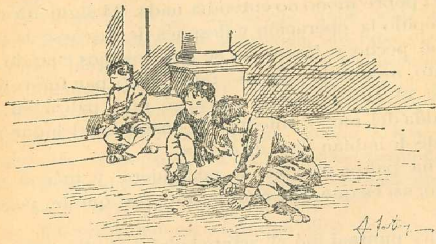
Mil tramoyas inventaban para comer bien y de balde.

Unos se convertían en escamoteadores, y mientras regateaban unas docenas de huevos en el mercado, hacían entrar alguno en su bolsillo por medio de los polvos de la *Madre Celestina*.

Un señor que usaba una gran galera y que tenía un hambre más grande aun que la misma galera, solía ir al mercado tempranito: como la estación era calorosa llevaba el sombrero en la mano. Arri-mábase á los puestos de frutas, legumbres, huevos . . . etc. y mientras preguntaba ¿cuánto vale esto? metía algo en su gran galera y llena que estaba, se la ponía y salía del mercado.

Mas un día reventóse un huevo y nuestro buen señor se puso una cabeza . . . y una cara! que parecía un mascarón de proa acabado de pintar.

En otra ocasión llevaba el cesto, digo, la galera repleta de naranjas, bananas . . . etc. y en mitad de la calle encontró unas señoras conocidas, á las que saludó, como caballero bien educado que era; pero !horror! . . . cuando se quitó el sombrero cayeron á los pies de las damas no sé cuántas clases de frutas y verduras, con lo cual todo el mun-



dó rió de gusto, menos el buen señor que se desmayó de vergüenza, y cayó al suelo pisando la cola de un perro, que salió como un rayo, furioso, mordiendo las pantorrillas á una pobre vieja.

Pero el caso más célebre fué el que le ocurrió á otro hambriento que no sabía como robar un pan. Llegó frente á una panadería en la que había un mono atado á un banco. El amo estaba comiendo. Cuando el mono vió al hambriento empezó á

hacer posturas y el busca panes, que no era tonto, empezó á rascarse las orejas; el mono por imitar, hizo lo propio. Después de las orejas rascóse la nariz, tapóse el hombre los ojos y el mono también. Entonces, viendo al mono tapado de ojos robó un pan y escapó.

Cuando el mono abrió los ojos se encontró con que el amo lo amonestaba así: — Infame! te han robado un pan! ... como se repita te daré cien rebencazos ... ¡mucho ojo!

El pobre mono no entendía nada. Al siguiente día se repitió la operación y después de rascarse la nariz, el pecho y las orejas, se tapó los ojos cuando el astuto *rapa-panes* se los tapó. Otro pan fué robado y el amo, furioso, descargó una paliza en la espalda del mono, mientras le enseñaba el lugar de donde le habían robado el pan.

Una paliza espabila á cualquiera y más á un mono; así es que éste comprendió por qué le pegaban.

Muy puntual fué el astuto ladrón al día siguiente; cuando el mono lo vió casi soltó la carcajada y empezó el juego. El hambriento ladrón se rascó las orejas; el mono hizo lo mismo. Después rascose el vientre, el mono también. Inmediatamente sacudiose la nariz, en cuya operación imitolo el mono muerto de risa. Por fin, tapose el hombre los ojos y el mono rápido como al rayo agarró el rebenque con que lo castigó el amo, y ¡pataflás! pim! pom! le sacudió tres soberbios rebencazos al

ladrón, que se quedó mudo de espanto, mientras el mono enseñaba los dientes y reía. . . . ¡jil! . . . ¡jil! . . .

El *rapa-panes* llevó su justo castigo dado por el mismo mono á quien trataba de engañar para poder comer, sin tomarse la molestia de trabajar.

93. — Un pequeño héroe.

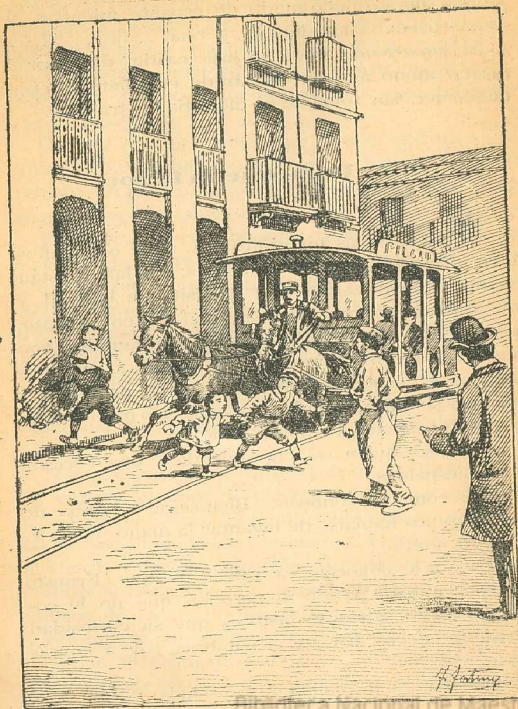
ERNESTO es un niño de unos ocho años, bien formado, de carita simpática; sus labios están siempre plegados por una sonrisita de bondad y de dulzura; es amable y atento; fino en el trato, no solo con sus superiores, sino que también con sus iguales é inferiores; quiere mucho á sus discípulos, especialmente á los más pequeños á quienes siempre atiende y ayuda. No hace mucho que salvó la vida á uno de ellos.

—Ya sé, quién es! oigo que dice una vocesita á mis espaldas.

Véis como le conocéis. Bien seguro estaba de que algunos habíais de levantar la mano y decir: Yo, yo, yo! . . .

Los que le conocéis ya sabéis lo que Ernesto hizo por uno de vosotros; pero los que no le conocen, no lo saben y justo es que su curiosidad quede satisfecha. En pocas palabras voy á contároslo.

Era la hora de salida de la escuela. Numerosos



grupos de niños había formados en toda la extensión de la calle. Estos niños, como es natural, acababan de salir de la escuela y muchos de ellos, en vez de continuar el camino de sus casas, preferían quedarse un buen rato hablando ó molestando el paso á los transeúntes, lo que, á la verdad, es bastante feo.

Varios pequeñuelos del grado primero se entretenían en jugar á las bolitas, cuando de pronto dos caballos escapados del tranvía se echaron sobre ellos. Los más listos dieron un salto salvándose del atropello; pero uno de ellos, el más chiquitín, hubiera perecido, seguramente, á no ser por el arrojo de Ernesto, que en aquel momento acababa de salir y que con la rapidez del rayo cogió al niño por un brazo y lo dejó salvo sobre la vereda. Una salva de aplausos de sus compañeros, saludó acto tan heroico y humanitario.

El niño salvado por él, le profesa hoy un cariño sin igual.

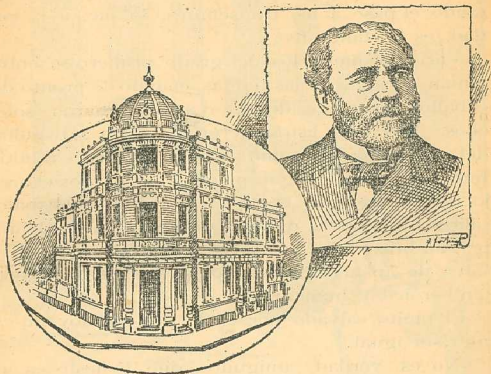
¿No es verdad, amiguitos, que Ernesto es un buen niño y que merece el aprecio de sus semejantes? No hay porque dudarlo.

94. — Don Benjamin Zorrilla.

EL verdadero continuador de la grande obra de Sarmiento: la educación del pueblo, fué su suce-

sor en la presidencia del Consejo Nacional de Educación, el doctor Benjamín Zorrilla.

Esos magníficos palacios en que funcionan las escuelas del pueblo, son monumentos imperecederos de la obra del doctor Zorrilla.



Hombre honrado, laborioso é inteligente, dedicó los mejores años de su vida y todos sus afanes al mejoramiento de la instrucción de la niñez.

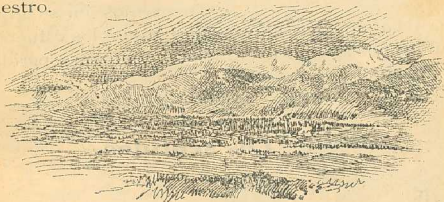
Los maestros también le querían y respetaban porque él supo dignificarles y considerarles como se lo merecen.

Cuando aun mucho se esperaba de su acción personal en bien de la administración del país, al poco tiempo de dejar la presidencia de la dirección de

escuelas, para ocupar el alto cargo de Ministro del Interior, le sorprendió la muerte el 25 de Julio de 1896.

95. — Nuestro país.

POCOS países hay en el mundo con los cuales la Naturaleza haya sido tan pródiga como con el nuestro.



Su extenso territorio, regado por caudalosos ríos, que lo fertilizan y enriquecen, abarca todos los climas de la tierra.

Las producciones son variadas, riquísimas é innumerables. Sus tierras, con muy poco esfuerzo, rinden al hombre copioso fruto.



Las llanuras inmensas, los grandes valles, las sierras y las cordilleras imponentes y majestuosas forman paisajes hermosos y encantadores, que nada tienen que envidiar á los más pintorescos y renombrados del viejo mundo.



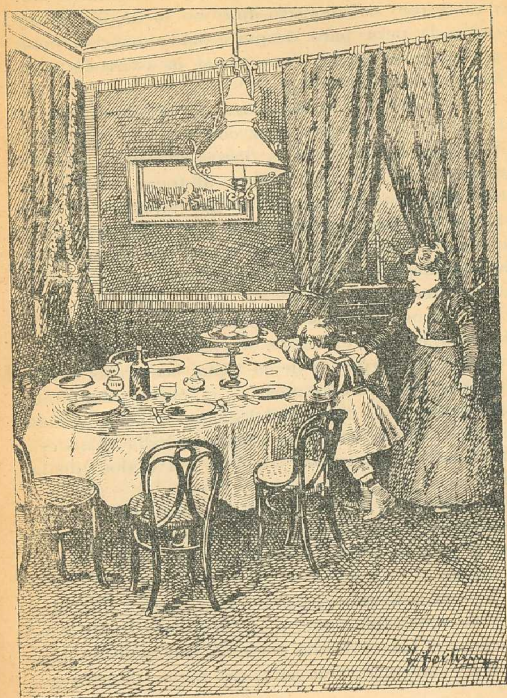
Amemos, niños, al suelo que nos vió nacer: pensemos en su grandeza y hagamos de nuestra parte todos los esfuerzos posibles por ayudar á su mejoramiento, prosperidad y esplendor.

96. — Los sentidos.

CUANDO entráis en el comedor y *oléis* el perfume exquisito que se desprende de la frutera llena de sabrosas peras, *miráis* en seguida hacia el sitio en que se encuentra y no contentos con esto, os acercáis al aparador con el objeto de *tocarlas* para cercioraros de su estado de madurez.

Al verlas tan enteras y de hermoso color amarillento ya la boca se os hace agua al pensar en el delicioso *sabor* que ellas deben tener.

La tentación os lleva á alargar la mano con el objeto de apoderaros de una; pero en aquel mo-



mento *oís* una voz que os es muy conocida y simpática, que os aconseja que no lo hagáis y que dejéis la pera para después del almuerzo, como postre, pues de no hacerlo así os exponéis á enfermarnos del estómago.

Por medio de vuestra *nariz* os disteis cuenta de la existencia de las peras; con los *ojos* buscasteis donde se hallaban y os disteis cuenta de su hermoso color; vuestras *manos* al tocar la fruta os hicieron conocer que se hallaban enteras y en buen estado de madurez; con la *lengua* hubieráis apreciado su sabor, si vuestras *orejas* no os hubieran advertido de la presencia de vuestra buena mamá al reconocer su voz.

Nuestros sentidos corporales son, pues, cinco: la *vista*, el *oído*, el *olfato*, el *gusto* y el *tacto*. Los ojos son los órganos de la vista; las orejas son los órganos del oído, la nariz es el órgano del olfato, la lengua es el órgano del gusto; el tacto se halla en toda la piel del cuerpo; pero se halla más desarrollado en las yemas de los dedos de las manos.

Considerad, queridos niños, ¡cuán desgraciados son los pobres ciegos, que nunca han visto nada y los pobres sordos, que nunca han oído un solo sonido!

En más de una ocasión habréis visto que, ciertas personas, para leer necesitan acercarse mucho el libro á los ojos: esas personas son *miopes*. Otros, por lo contrario, ven las cosas mejor de lejos que

de cerca: son los *présbites*. Los que tienen la desgracia de nacer sordos no pueden aprender á hablar y se les llama *mudos*. Hoy existen también escuelas para los *sordo-mudos*; en ellas aprenden á pronunciar las palabras, no por el sonido, sino por el movimiento de, los labios.

Aunque os parezca extraño, también los ciegos de nacimiento aprenden á leer y á escribir; pero sus libros no están escritos como los nuestros. Las letras están impresas en relieve y los infelices ciegos las reconocen por medio del tacto. Sabido es que el tacto se desarrolla de una manera asombrosa en los ciegos, de tal manera que en muchos casos les reemplaza la vista. Tienen también el oído finísimo y son muy aficionados á la música.

20 Por medio de los sentidos nos podemos dar cuenta de todo lo que nos rodea; pero para que sus órganos funcionen perfectamente y no nos engañen, es necesario conservarlos siempre sanos. Para ello lo más indispensable es el aseo.

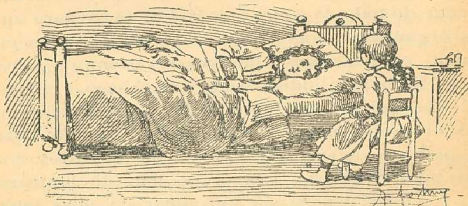
No os olvidéis de que una luz muy viva ó demasiado débil mientras trabajamos, daña la vista; los ojos no deben restregarse sino lavarlos con agua pura y fresca. Las orejas han de limpiarse con frecuencia; pero sin introducir en ellas cuerpos duros; la nariz debe sonarse con el pañuelo y, por último, es necesario evitar el hacer uso del tabaco y de bebidas fuertes que destruyen el paladar y demás órganos del gusto.

97. — Caridad.

ROSA ha estado algunos días enferma en cama y con bastante fiebre.

Hoy el médico la halló mucho mejor; pero no permitió que aun se levantara de la cama. Para la niña esto ha sido una verdadera penitencia, pues se aburre espantosamente de estar sola en su cuarto.

Ella quisiera que su mamá estuviera á su lado haciéndola compañía; pero, por más que lo desea, la pobre señora no puede darle ese gusto, porque son muchas las ocupaciones de su casa que requieren su atención.



Al cabo de un rato entra Luisa, una condiscípula de Rosa, y después de saludarla y de enterarse con cariño del estado de su enfermedad, la dice:—He venido para acompañarte un rato.—Y sentándose cerca del lecho, la refiere lo que ha

ocurrido en la clase durante los días que Rosa ha faltado, la enseña un hermoso libro lleno de figuras y le cuenta interesantes y entretenidas historietas.

Rosa no se siente tan triste ni se aburre y hasta le parece que se halla mejor. Hasta la mamá está más tranquila, porque no tiene que dejar sola á su hija mientras ella termina los quehaceres de su casa.

Cuando Luisa se retira, la dan muchísimas gracias. Y, verdaderamente, se ha hecho acreedor á tal agradecimiento puesto que ha acompañado á una enferma, ha hecho una verdadera obra de caridad.

98. — La casa de campo.

EL papá de Jorge posee una hermosa chacra ó casa de campo en uno de los pueblos vecinos á la Capital.

Como es natural, hay allí bellísimos jardines y frondosos bosques de árboles frutales y de otras muchas especies.

Jorge y sus amiguitos se divierten grandemente trepándose por los *troncos* hasta llegar á las *ramas* y escondiéndose entre las *hojas*. Inútil es decir que, cuando las hay, no dejan perder la ocasión de atrapar las *frutas* que se encuentran al alcance de sus manos.

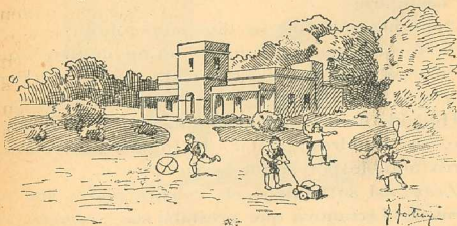
Dicen los niños que no les gustaría vivir en el campo durante el invierno, porque las plantas se quedan sin hojas y que, en cambio, nada hay más bello que verlas en la primavera echando nuevas yemas y revistiéndose con nuevas hojas y flores. Las flores, poco á poco, dejan caer sus *pépalos* y queda sólo el fruto que madura con los rayos del sol.

Para que las plantas puedan mantenerse derechas sobre la tierra es necesario que hagan penetrar en ella sus *raíces*. Todas las plantas tienen raíces; pero no todas tienen *tallo* ó tronco alto, fuerte y grueso como los de los *árboles*. Así, en el rosal, la magnolia, la vid y otras, el tallo es bajo y delgado, en cuyo caso las plantas reciben el nombre de *arbustos*. En las *hierbas* los tallos son aun menos desarrollados y más débiles.

En la chacra de Jorge se cultivan árboles frutales como el *duraznero*, el *peral*, el *damasco*, el *manzano*, el *ciruelo*, el *guindo*, la *higuera* y otros muchos. Se cultivan, también, plantas cuyas semillas dan harinas muy nutritivas, como el *trigo*, el *maíz*, la *cebada*, la *avena*, etc.; que se llaman *cereales* ó *gramíneas*. Hay plantaciones de *legumbres*, como *porotos*, *habas*, *garbanzos*, *lentejas*; también las hay de sabrosas *hortalizas*, como *lechuga*, *escarola*, *espinaca*, *col*, *coliflor*, *acelga*, *achicoria*, *nabo*, *zanahoria*, *remolacha*, *patata* ó *papa*, *batata*, de las cuales se utilizan las hojas, los tallos ó las raíces.

La mamá de Jorge, que es una señora muy prác-

tica en r medios caseros, tiene también una porción del terreno de su quinta destinado al cultivo de ciertas plantas *medicinales*, como la *malva*, el *torongil*, la *amapola*, el *llantén*, la *menta*, la *manzanilla*, el *tilo*, el *cedrón* y otras muchas. Como que existen plantas *venenosas*, terribles por sus efectos, les tiene recomendado   sus hijos, de una manera muy especial, el que no se lleven nunca   la boca hojas, flores   tallos de plantas que no conozcan perfectamente.



Es un acto de crueldad el destruir las plantas por simple divers n. Además de las muchas cosas útiles que nos proporcionan, los árboles purifican el aire, *dulcifican* la temperatura, contienen las aguas, evitan las inundaciones, regularizan las lluvias y defienden   las poblaciones contra los vientos y las tempestades.

Acostumbraos, queridos niños,   cuidar las plantas y lejos de propender   su destrucción, convertios en sus defensores y propagadores.

99 — Inteligencia y fidelidad.

POR mucho que se diga y por muchos elogios que se hagan, nunca se dirá lo bastante ni se llegará á apreciar suficientemente las virtudes de ese amigo fidelísimo del hombre, de ese ser lleno de respeto y de mansedumbre, de ese animal que lleno de gozo y sin rencor lame la mano que acaba de castigarle.

¿Será necesario que os diga su nombre?

No lo creo, pues, supongo,—no sin motivo,—que en mis palabras habréis adivinado que me refiero al *Perro*.

He leído no hace mucho tiempo en un periódico que, en Londres, capital de Inglaterra, vivió un perro notable por su inteligencia.

León, así se llamaba el célebre perro, era un hermoso Terranova que prestaba sus *servicios* en un hospital de mujeres y niños.

Todos los días salía á la calle llevando colgada del cuello una pequeña cajita, especie de alcancía, para recoger limosnas á favor del hospital.

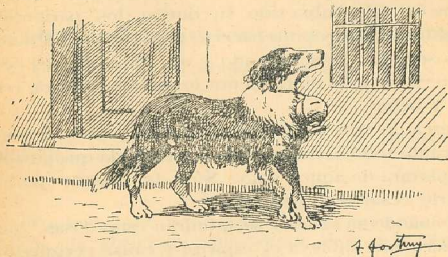
Cuando los transeuntes veían al perro, se detenían, se acercaban á él y echaban en la cajita, su limosna.

Tan popular se había hecho *León* y tan querido era en Londres, que muy pocas eran las personas que, al encontrarle, dejaran de depositar su óbolo en

la alcancía; se calcula que llegaba á recolectar anualmente unos 15.000 pesos! ¿qué os parece?

La princesa de Gales, siempre que encontraba al famoso perro, hacía detener su carruaje, lo llamaba, lo acariciaba y echaba después una moneda de oro en la cajita.

León siempre digno y siempre serio, agradecía, á la princesa sus atenciones con placenteros ladridos y con furioso movimiento de la cola.



No ocurrió nunca el caso de que *León* fuera robado.

También es cierto que el que se hubiera atrevido á tanto habría llevado su merecido, puesto que *León* defendía su tesoro con sus buenos dientes.

De casos como este, que prueban la inteligencia de que está dotado este noble animal, podrían citarse tantos, que con ellos habría para llenar un gran volumen.

De su cariño y fedelidad otro tanto puede decirse.

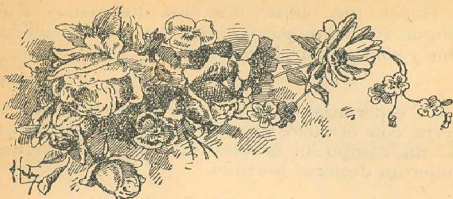
Conocidísimo es aquel caso, que solo os referiré aquí por si alguno de vosotros lo ignora, de un perrito que al fallecer su amo, acompañó su cadáver hasta el cementerio y echándose al lado de la fosa no hubo medio de hacerlo apartar de allí.

En vano se le espantó, se le castigó y hasta se le hizo pasar hambre, de ninguna manera se le pudo alejar. Vista la obstinación del pobre animalito y el cariño y fidelidad que continuaba guardando para el que en vida había sido su dueño, los parientes del difunto resolvieron hacerle una casillita al lado de la sepultura, encargando á un empleado del cementerio de que, diariamente, le suministrara de comer y beber.

Cerca de tres años vivió el perrito en esa forma y durante todo ese tiempo no se recuerda que jamás se apartara de aquel sitio. Sólo la muerte pudo hacerle cesar esa vigilancia.

Y cuando se saben y se admiran estas cosas ¿no es cierto que subleva el espíritu y causa vergüenza y honda pena el ver que existen seres *racionales* capaces de mortificar y aun tratar brutalmente á un animal de esa especie?





100. — Pensamientos y Máximas.

(DE VARIOS AUTORES)

Quien se burla de los ancianos, se mofa involuntariamente de su propio porvenir.

*
* *

Aunque sean muy grandes las miserias de la vida, no abruman tanto como las más ligeras manchas que, con suma facilidad, dejamos caer en el santuario de la conciencia.

*
* *

El tiempo, descubridor de todas las cosas, no se deja ninguna que no la saque á la luz del sol, aunque esté escondida en los senos de la tierra.

*
* *

Cuando falta el sentimiento del deber, es imposible hallar la florida senda de la virtud.

* * *

Tienes dos oídos, dos ojos, dos manos y una lengua, lo cual te enseña que, has de oír y ver mucho, y sólo hablar lo preciso.

* * *

La esperanza es la cadena de oro que une á la tierra con el cielo: sin ella la vida del hombre sería un campo sin árboles ni flores, la vida de la mujer un desierto horrible.

* * *

La ciencia es útil, la educación indispensable.

* * *

La esperanza en Dios es el supremo bien que resta á los desgraciados.

* * *

Si tu cuerpo padece, llama al médico; si tu alma está triste, llama al amigo: la voz de la amistad es el remedio más seguro contra la aflicción.

* * *

«Al que le dáis lo escribe en la arena y al que le quitáis lo esculpe en el bronce»: dura más el recuerdo de la ingratitud que la del beneficio.

* * *

Las cosechas sembradas en el suelo se cogen en el cielo.

* * *

El hogar doméstico es la fuente de todas las virtudes sociales y en él se guarda, como en un santuario, el germen de todos los hechos grandes y heroicos.

* *
* *

Quien está contento con lo que tiene, es rico, y quien domina sus pasiones es fuerte.

* *
* *

El hombre suele creerse incapaz de hacer un trabajo por pereza nada más. El que tiene buena voluntad y amor al trabajo no encuentra esas dificultades.

* *
* *

No perdáis una hora siquiera, puesto que no tenéis seguro ni un minuto.

* *
* *

El fruto del trabajo es el más dulce de todos los frutos. No hay ningún ocioso á quien alguna vez no enoje la ociosidad.

* *
* *

Cuando un árbol es joven todas las direcciones toma. Dócil á la mano que lo dirige, á todos sus impulsos se sujeta. Ni la violencia lo quiebra, ni la blandura lo encuentra inflexible. Mas cuando su corteza se halla endurecida, ¿quién es capaz de enderezar el árbol torcido?

* *
* *

Nadie debiera jamás avergonzarse de confesar sus yerros; porque haciendo semejante confesión, diría únicamente que sabe hoy más de lo que sabía ayer.

* *
* *

Frecuenta buenas compañías, que es el único camino de adquirir sanas ideas, y recibir nobles y generosas impresiones.

*
*
*

Creer que un enemigo débil no puede dañarnos,
es creer que una chispa no puede causar un incendio.

*
*
*

X Procura ser ordenado en todas tus cosas porque, como dice Franklin, el desorden almuerza con la abundancia, come con la pobreza, cena con la miseria y va á acostarse con la muerte.

*
*
*

Ninguno ha nacido en el mundo para no hacer nada. La ley del trabajo la ha dictado Dios para todos, y no ha hecho ninguna excepción.

*
*
*

Oye atentamente la voz de tu profesor y sigue estrictamente sus consejos, si quieres que no llegue el día que te arrepientas de no haberlo hecho.

*
*
*

Mejor que observar y criticar los defectos ajenos, es conocer y corregir los propios.

*
*
*

Sólo inexorable sea
El que sin culpa se crea.

*
*
*

Sin virtud la ciencia humana
Es caña frágil y vana.

*
*
*

Mirad como padre á vuestro superior, como hermano á vuestro igual, y como hijo á vuestro inferior.

* *

En seguida que te levantes lava tu cara y tus manos, enjuaga con agua pura y fresca tu boca, limpia tus dientes y peina tus cabellos.

* *

El agua fresca y el aire puro son los dos mejores médicos.

* *

Ten aseados tus vestidos y lustroso tu calzado.

* *

No basta no llegar á ser malo; es preciso no dejar de ser bueno.

* *

Dios se muestra compasivo,
Con quien redime al cautivo.

* *

El que tiene mucha caridad es el verdadero hombre de bien.

* *

Al juzgar un hecho ajeno,
Mete la mano en tu seno.

* *

Negar nuestros defectos cuando se nos reprenden, es aumentarlos con el más feo de todos.

* *

Virtud que al vicio remeda
Es como falsa moneda.

* *

La economía es hija del arreglo y de la educación.

* *
* *

Sed indulgentes con otros
Y lo serán con vosotros.

* *
* *

La liberalidad no consiste en lo que se da, sino en el afecto con que se da.

La verdadera liberalidad socorre en silencio al necesitado.

La liberalidad deja de ser una verdadera virtud moral, cuando es sugerida por la ostentación.

* *
* *

Se olvidan de la piedad los vanidosos.

* *
* *

La caridad y la codicia no pueden estar unidas.

* *
* *

El embustero intenta engañar á los demás y acaba por engañarse á si mismo.

* *
* *

No inspira respeto aquel cuya vida es objeto de general desprecio.

* *
* *

La calumnia y la mentira
De Dios provocan la ira.

* *
* *

La ciencia es templanza para los jóvenes, consuelo para los viejos, riqueza para el pobre y ornato para el rico.

ÍNDICE

Consejos	Pág.	9
1. — Saber leer	»	11
2. — El día de mamá.	»	13
3. — La merienda de Luisito.	»	14
4. — El aseo	»	15
5. — Gustos diferentes	»	17
6. — El niño goloso.	»	18
7. — La gratitud.	»	19
8. — Generosidad y honradez.	»	21
9. — Nuestros padres.	»	23
10. — La copa de leche.	»	25
<i>Ejercicios de recitación: Las moscas.</i>	»	28
11. — El vendedor de naranjas.	»	29
12. — El ladrón descubierto.	»	31
13. — Soñar despierto.	»	33
14. — Cristóbal Colón.	»	35
15. — El jorobado	»	37
16. — La avaricia castigada.	»	39
17. — La habitación	»	40
18. — No siempre las cosas útiles son apreciadas	»	41
19. — La honradez premiada	»	43
<i>Ejercicios de recitación: Toda la</i>		
<i>Higiene en una décima</i>	»	46
20. — La abnegación	»	47
21. — Relojes de arena	»	49
22. — La vanidad.	»	52
23. — Magdalena	»	54

24. — Respetad á los ancianos	Pag.	58
25. — Don Manuel Belgrano	»	60
26. — Feliz ocurrencia	»	62
27. — La envidia	»	65
28. — Las moscas y las arañas.	»	68
<i>Ejercicios de recitación: El hombre</i>		
y la culebra.	»	72
29. — Don Mariano Moreno.	»	73
30. — El perdón de las injurias	»	74
31. — Un cañón inofensivo.	»	77
32. — Justo castigo	»	81
33. — Un volcán inocente	»	84
34. — La fiesta de la Patria.	»	87
35. — El lujo	»	89
36. — Lección de higiene.	»	91
37. — El globo.	»	95
38. — Don José de San Martín.	»	98
39. — Venganza de un niño.	»	101
<i>Ejercicios de recitación: La oración</i>		
de la mañana.	»	104
40. — Malas mañanas.	»	105
41. — Las tortugas	»	108
42. — Las gracias de Juanito.	»	110
43. — Acción indigna	»	112
44. — La chismosa	»	113
45. — El huevo prodigioso.	»	115
46. — Falucho	»	117
47. — Armas de fuego.	»	118
48. — Fuegos fatuos	»	120
<i>Ejercicios de recitación: El padre.</i>		
49. — Bello ejemplo	»	123
50. — Físicos terribles.	»	124
51. — Garabatos en las paredes	»	126
52. — Un danzante burlado.	»	128
53. — No maltratéis á los animales.	»	130
54. — Tela incombustible.	»	135

55. — Amor patrio	Pag.	139
56. — Pesadilla.	»	144
57. — Los dos hermanos.	»	147
58. — Los cometas.	»	149
59. — Pintor de mal gusto.	»	151
60. — Los espejos.	»	153

Ejercicios de recitación: A mi ban-

dera	»	158
61. — Gonzalo y su caballo.	»	159
62. — Lo más precioso	»	161
63. — El rico avaro.	»	164
64. — Hija modelo.	»	167
65. — Don Bernardino Rivadavia.	»	172
66. — Arquimedes.	»	173
67. — Antonio	»	176
68. — Celia	»	178
69. — El niño enfermo	»	181
70. — Los peces.	»	182

Ejercicios de recitación: La madre.

»	»	186
71. — El niño desobediente.	»	187
72. — Las malas compañías.	»	189
73. — El embustero castigado.	»	193
74. — La niña caritativa.	»	194
75. — Don Domingo F. Sarmiento.	»	197
76. — ¡Pobre madre!	»	198
77. — Los libros	»	199
78. — ¡Pobres huérfanos!	»	202
79. — Amor filial	»	203
80. — Al fin!	»	207

Ejercicios de recitación: Patria.

»	»	209
81. — Mi maestro.	»	210
82. — La ovejita	»	213
83. — El niño perverso.	»	215
84. — El lino.	»	216
85. — El pajarillo	»	220
86. — El vidrio de aumento.	»	222

87. — Las brujerías de Carlos.	Pag. 224
88. — Pepe Distracción	» 227
89. — Por los aires.	» 228
90. — El perezoso.	» 230
<i>Ejercicios de recitación: El arco iris.</i> » 233	
91. — El niño veleta	» 234
92. — Los holgazanes.	» 236
93. — Un pequeño héroe.	» 239
94. — Don Benjamín Zorrilla.	» 241
95. — Nuestro país.	» 243
96. — Los sentidos.	» 244
97. — La caridad	» 248
98. — La casa de campo.	» 249
99. — Inteligencia y fidelidad.	» 252
100. — Pensamientos y máximas.	» 255

